

El chico de las Mil ALMAS



Maria Herrejón

El chico de las Mil ALMAS



Maria Herrejón

María Herrejón

EL CHICO DE LAS MIL ALMAS


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitos

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para mis yayos y las personas
que quieren con el corazón.*

CAPÍTULO I

Notaba la brisa mientras los mechones de pelo se le alborotaban alrededor de la cara. El intenso olor a tierra y flores le recordaba a aquellas excursiones familiares que solían hacer en bicicleta hacía ya varios veranos. Ella detestaba esas excursiones porque le restaban tiempo con sus libros y esos maravillosos mundos de fantasía donde todo era mucho mejor que la realidad. Ojalá hubiese disfrutado más de esas vacaciones en familia. Ojalá la hubiese disfrutado más a ella.

Oía los lamentos a su alrededor y aquella voz profunda pronunciando un discurso de fingida condolencia, hablando sobre lo maravillosa que era su hermana y lo mucho que le quedaba por vivir. Pero él no la conocía; ese cura no tenía ni la más remota idea de cómo era de especial Gabriela ni de lo que implicaba que ella ya no estuviese con ellos. Por horrible que pareciese, Álex tampoco lo había sabido hasta ese momento.

Se arrepentía tanto de no haber valorado todos y cada uno de los momentos con su hermana, pero ahora ya era demasiado tarde. No podía hacer nada para hacerla volver.

¿Cómo iba a saber que Gabi la abandonaría tan pronto y que dejaría de darle la plasta con esos consejos que luego ella nunca se aplicaba? «Haz lo que digo y no lo que hago», le decía siempre para hacerla rabiar.

Cuando se enteró de que su hermana había fallecido en un accidente de coche, sintió que iba a explotarle el pecho de rabia. No entendía cómo podía haberle hecho eso, cómo podía haberse marchado sin más, con todo lo que le quedaba por vivir. Veintidós años no eran nada.

Pero la rabia había dejado paso al dolor, ese dolor tan difícil de describir y que solo se siente cuando has perdido una parte de ti. Álex sentía que era un dolor que iba a dejar en ella un vacío para siempre, imposible de llenar.

Allí había muchísima gente. Todos tenían las mejillas tintadas de rosa, el rosa que aparecía cuando llevabas varias horas llorando. Su hermana fue siempre extrovertida y pizpireta, dispuesta a ayudar a todo el mundo y a embarcarse en las aventuras más arriesgadas, pero también era lista y guapa. Era muy guapa.

Las amigas de su hermana estaban situadas justo detrás de sus padres, llorando desconsoladas y abrazándose las unas a las otras. También había mucha gente del pueblo. Llevaban veraneando en aquel pueblito del norte desde que tenía uso de razón y todos los vecinos habían acudido en masa.

Una mano le rozó el hombro y la sacó de sus cavilaciones. Era Diego, el exnovio de su hermana.

—Mi más sincero pésame, Álex, qué tragedia para todos —dijo Diego con un pesar que a Álex

le pareció casi excesivo.

—Gracias, Diego —murmuró Álex desconcertada. Quizás aún no había superado que Gabi lo dejara.

Vio de reojo que las amigas de su hermana miraban hacia donde se encontraban ellos con una expresión que no terminó de descifrar. Tuvo una sensación desagradable en el pecho y se echó hacia atrás, tratando de librarse de las miradas de compasión que notaba clavadas en su espalda.

Llevaban un par de veranos sin ir al pueblo después de que sus abuelos fallecieran. Tanto para su madre como para ellas había sido imposible volver a esa casa sin que ellos estuviesen para recibirlos. Ni siquiera Gabi, que iba y venía para ver a sus amigas y a Diego, se había quedado más en la casa. Pero aquel año su madre había decidido volver. Dijo que ese era el único lugar donde podía tratar de empezar a sanar las heridas que la pérdida de Gabriela les había dejado, y quería que la enterraran junto a sus abuelos, en el cementerio del pueblo que la vio nacer.

En cambio, para Álex era todo lo contrario. Ya no solo faltaban sus abuelos, ahora le faltaba Gabi. Iba a ser el verano más horrible de su vida, una vida que ahora jamás volvería a compartir con su hermana.

Álex logró escabullirse entre la gente mientras el cura seguía su discurso monótono. Bajó la cabeza para evitar las miradas de lástima y las caricias de las abuelas, y se apartó un poco de todos. Necesitaba un minuto para respirar.

El cementerio era grande y estaba poblado con muchos árboles. Estos eran altos, frondosos y de tronco ancho. No era una gran experta en el tema, pero habría jurado que se trataba de cedros.

Hacía un día precioso. Casi hubiera preferido que lloviera, que hiciera frío, algo así. Ni siquiera hacía calor. Quería irse, o más bien quería no estar allí. Miró a su alrededor.

Vio a un chico.

Estaba apoyado en un árbol con expresión tranquila y la miraba fijamente. Sintió una punzada de inquietud. Trató de recordar si podía ser alguien del pueblo. Después de esos dos años sin veranear allí se le habían desdibujado algunas caras en la memoria, pero algo le decía que esos ojos no los había visto nunca.

Por el rabillo del ojo, observó que su padre agitaba los brazos en un intento de captar su atención y hacerla regresar a la primera fila, donde ellos estaban. Álex desvió la vista del chico y fue hacia donde estaban sus padres, justo antes de que comenzaran a meter el ataúd de su hermana en la tierra. Su madre le tomó la mano. Oía los sollozos de su alrededor como sonidos muy lejanos. Sintió que tenía el corazón helado y que todo se congelaba por momentos.

CAPÍTULO 2

Habían pasado ya dos semanas desde el funeral de su hermana y la gente del pueblo aún seguía dándole sus condolencias cada vez que se cruzaban con ella. Álex agradecía el gesto sin ganas, esperando que en algún momento se olvidaran y dejaran de recordarle que había perdido a su hermana mayor.

Sabía que la intención de la gente debía de ser buena y que su dolor era verdadero, pero ella ya tenía suficiente con el suyo y no quería cargar con el de los demás.

Paseando por el pueblo y los alrededores en su bicicleta para evitar que la pararan, Álex pasaba las tardes recordando esos veranos en los que sus abuelos las llevaban a su hermana y a ella a pasear por el campo y hacer pícnicos en la montaña, y ellas se bañaban en los ríos y cogían moras, que luego comían hasta reventar.

También recordaba ese delicioso guiso de carne que hacía su abuelo. Era una de las comidas favoritas de Gabi, eso y la tarta de manzana casera que cocinaba su abuela. Álex casi se alegraba de no poderlos volver a probar sin ella.

No había vuelto a visitar a Gabi, pero pasaba por delante del cementerio con frecuencia. Especialmente cuando, como ese día, iba andando, porque era el atajo más rápido para llegar a su casa y así evitar encontrarse a todo el mundo. De repente, Álex se paró en la entrada.

Vio que había un poste donde se ponían las esquelas que la gente escribía y enviaba sobre sus fallecidos como una especie de homenaje. No se había fijado en esto el día del funeral. Realmente, todo aquel día lo había cubierto con una especie de niebla que no le permitía recordar muchos detalles. Excepto un detalle que volvía a ella con una claridad sorprendente: aquellos ojos.

Se puso a leer las esquelas por distraerse, y enseguida con verdadero interés. Eran preciosas. Poco a poco, la invadió una sensación de rabia ante el amor y el cariño puestos en cada una de las esquelas que había ahí escritas ese día, y el recuerdo de lo escueta y cruda que fue ella escribiendo la de su hermana:

Te has ido antes de tiempo, dejándonos solos y con una sensación de vacío que solo tú podías provocar. Te recordaremos como fuiste, alegre y fuerte. Descansa en paz, Gabriela.

Esas fueron las palabras que ella le dedicó cuando murió, unas palabras teñidas por el dolor y la rabia, y también por un evidente egoísmo del que ahora Álex se sentía terriblemente avergonzada. ¿Por qué esas personas habían escrito palabras tan bonitas, mientras que ella solo fue capaz de escribir desde la amargura?

Álex apartó la vista de las esquelas, furiosa consigo misma, pero enseguida las volvió a mirar con detenimiento. Gabi siempre le decía que le gustaba demasiado meter las narices en todas partes. Pero en verdad eso era muy simple: cuando Álex no quería mirar hacia dentro, miraba hacia afuera.

En ese momento sintió curiosidad por saber más acerca de las vidas de aquellas personas y quiso entender por qué esa gente se había enfrentado mejor a la pérdida de un ser querido de lo que ella había sabido hacerlo.

Tras leer todas las esquelas, sacó el móvil para hacer una foto a una de ellas y acabó fotografiándolas todas. Ni siquiera sabía de quién hablaban, pero...

Estaba a punto de marcharse cuando de repente su cuerpo se detuvo. Sintió unos ojos a lo lejos que se clavaban en ella como dos puñales y lo supo, supo que era él. Giró lentamente la cabeza hacia la derecha y allí estaba, a lo lejos, apoyado en el mismo árbol que el día del funeral.

¿Qué demonios hacía allí? ¿Por qué la miraba? El primer impulso de Álex fue gritarle. ¿Qué se había creído? Pero, en cambio, comenzó a andar en dirección a su casa. Notó cómo los ojos la seguían y se clavaban en su espalda. Siguió caminando sin mirar atrás hasta que supo con certeza que estaba fuera de su alcance. El corazón le martilleaba en el pecho.

Se paró en seco y en un acto de locura decidió dar la vuelta al cementerio y entrar por la parte trasera. Su curiosidad por descubrir qué había ido a hacer ese chico allí era mucho mayor que su miedo a que le pudiera ocurrir algo. Además, ese tema era lo único que había conseguido despertarle alguna emoción desde que Gabi se había ido. Aunque fuera una emoción un poco absurda.

La puerta de atrás era una pequeña verja lo suficientemente antigua como para forzarla sin problema. Entró con mucho cuidado, tratando de atisbar dónde se encontraba él. Desde la puerta trasera de arriba se veía todo el cementerio. Era precioso. Además de los árboles, siempre había una capa de césped salvaje pero muy bien cuidado. Todas las lápidas estaban limpias y llenas de flores. La invadió una sensación extraña de calma al pensar que el cuerpo de su hermana reposaba en un lugar tan hermoso.

Se colocó detrás de uno de los árboles, que tenían troncos del grosor suficiente como para poder cubrirla por completo. Fue deslizándose por ellos hasta que le vio. Se quedó escondida detrás y miró con atención lo que hacía. Él estaba agachado en una lápida. Le pareció extraño: Álex recordaba que en esa lápida estaba enterrado el abuelo de Celia, una de las amigas de su hermana, hacía ya varios años. Lo sabía porque estaba cerca de las de sus abuelos. ¿Qué relación tenía con ese chico? Que ella supiera, Celia no tenía hermanos.

De repente, él se levantó. Álex se asustó y se agachó, deseando que no la hubiese visto. La adrenalina le bombeaba por todo el cuerpo y sentía taquicardia. Volvió a asomarse cuidadosamente y vio que él se detenía unas lápidas más a la derecha.

Trató de aguzar el oído, pero no conseguía escuchar qué estaba diciendo, y era imposible acercarse más porque no había ningún otro árbol cerca para refugiarse. Siguió mirándole un rato, hasta que se levantó y comenzó a andar hacia otra lápida situada un par de filas más al fondo. Era la lápida de su hermana. Él la estaba hablando.

Álex no entendía nada. ¿Qué narices estaba haciendo? ¿Pretendía asustarla o hacer alguna broma de mal gusto? ¿Por qué demonios estaba junto a la tumba de su hermana? Debía averiguar quién era y qué relación había tenido con Gabriela.

Consiguió salir por la puerta trasera del cementerio sin ser vista. No sabía cómo había logrado salir, realizaba movimientos automáticos pero sigilosos, aunque su mente iba a mil por hora. Estaba confusa y asustada, y a la vez sentía una curiosidad superior a cualquier otro sentimiento.

Eso era algo que siempre la había caracterizado. Álex era muy introvertida y generalmente prefería los libros a la gente, pero le encantaba descubrir cosas. Siempre veía series policíacas para desconectar, cuanto más complejas mejor. Podía perder horas investigando en la Wikipedia y le encantaba hacer teorías descabelladas sobre sucesos que había leído en blogs que encontraba buscando en lo más profundo de internet.

Así fue como un día, buscando un blog que hablaba sobre una teoría *conspiranoica* que envolvía la desaparición de un escritor famoso al que ella solía leer, se encontró con el blog de su hermana. Se sintió algo molesta cuando descubrió el blog, ya que Gabi jamás le había mencionado nada. Desde luego, ese no era el único secreto entre ambas, eso ya lo sabía, pero este le había molestado especialmente. Gabi se había enfadado también porque según ella el blog era privado. Todo había derivado en una pelea épica, y Álex aún rabiaba cada vez que lo recordaba. ¡Un blog «privado» con cinco mil seguidores, y encima se ofendía porque lo había descubierto!

Siguió caminando sin prestar atención al camino, con la cabeza puesta en los motivos por los que ese chico desconocido podría estar merodeando por el cementerio y sobre todo junto a la tumba de Gabi. Álex tenía que descubrir lo que había detrás de aquel extraño de ojos oscuros. Aquellos ojos guardaban algo, algo que ella iba a averiguar.

CAPÍTULO 3

Sus padres habían salido hacía media hora. Desde que murió Gabi, habían ido a visitarla varias veces, pero Álex siempre se negaba a ir con ellos. No tenía fuerzas para enfrentarse a eso todavía.

El enfado había desaparecido, dando paso a una tristeza y un vacío que Álex aún no había aprendido a gestionar y, sinceramente, no estaba segura de que pudiese aprender a hacerlo. Le costaba compartir su dolor con sus padres, como si solo ella lo sintiese. Sabía que estaba siendo muy injusta y que sus padres habían perdido a una hija, pero ella no podía evitar comportarse así.

Lo más cerca que había estado de la lápida de su hermana había sido unos días antes, cuando se encontró con ese chico en el cementerio mientras miraba las esquelas. El chico de ojos oscuros. Desde entonces no había dejado de darle vueltas. Su encuentro con él y la búsqueda sobre las historias detrás de aquellas esquelas eran lo único que le ayudaba a centrar su atención en algo que no fuera Gabi.

Pero no siempre funcionaba. Ahí estaba ella, delante del ordenador, leyendo por decimoquinta vez los posts del blog de su hermana. No sabía muy bien qué estaba buscando, pero le hacía sentirse cerca de ella. ¿Tendría su hermana un post que hablase de cómo acercarse al chico de ojos intensos que merodea por los cementerios? Soltó una carcajada y se sobresaltó. Era la primera vez que oía su risa desde hacía tiempo. Pensó que a Gabi le habría hecho mucha gracia y se quedó un rato sonriendo. Su hermana siempre había tenido un sentido del humor absurdo y se reía por las mayores tonterías del mundo.

Terminó el último post que le quedaba por releer: «Cómo hacer que tus vacaciones pasen de coñazo a ¡bombazo!», en el que contaba qué planes hacer con tus amigos y los sitios más chulos donde viajar en verano, porque, a diferencia de ella, su hermana siempre había tenido amigas con las que hacer esos planes.

Cerró el blog y abrió la página donde había copiado las esquelas del cementerio.

Luis, desde que te fuiste, traté de desplegar mis alas para llegar hasta ti. He tratado muchas veces de alcanzarte, pero mis alas todavía no son lo suficientemente fuertes para hacerlo. El día que lo sean, volaré sin cesar hasta encontrar la paz de nuevo a tu lado. Te quiere, Adela.

Álex podía sentir cada trazo de dolor que escondían aquellas palabras, pero a la vez notaba arder el amor que hablaba tras ellas. Había tratado de averiguar a quién pertenecía esa primera esquela, la que la hizo darse cuenta del error que ella había cometido. Adela se había guiado por el amor y había escrito desde lo más profundo y recóndito de su corazón para así honrar la memoria de Luis.

Puso en el buscador los nombres de esas personas seguidos del nombre del pueblo y, aunque al principio no encontró nada, logró dar con algo interesante cuando añadió alguna de las palabras de la esquila.

Adela era una mujer de 81 años que había perdido a su marido, con el que llevaba casada desde los diecinueve años. Tras estar 62 años casada con el mismo hombre, Luis había fallecido un hacía un año, a la edad de 84 años. Habían vivido toda la vida en el pueblo y tenían un pequeño bar que ahora pertenecía al hijo de ambos y que había crecido mucho últimamente.

Álex estaba decidida a conocer a Adela y averiguar más cosas sobre la larga vida que había compartido con Luis. Quería sentir el amor que irradiaban las palabras de aquella esquila.

De repente, su madre llamó a la puerta de la habitación y a Álex le dio un vuelco el corazón. No los había oído llegar. Cerró todas las ventanas del ordenador rápidamente y bajó a comer. Sus padres la esperaban ya sentados. Veía la preocupación en su mirada, pero ella solo podía pensar en esos ojos oscuros.

CAPÍTULO 4

Era por la mañana, pero no demasiado temprano. Llevaba unas horas despierta y había estado haciendo tiempo desayunando algo y cotilleando toda la información que había ido recogiendo. No sabía a qué hora se despertaría Adela, pero no quería molestarla más de lo debido.

Álex nunca había tenido problema en madrugar. A veces incluso pensaba que dormir era una pérdida de tiempo y dormía lo necesario para no quedarse frita en cualquier parte. Le gustaba aprovechar el día y, cuantas más horas pasaba durmiendo, menos tiempo tenía para leer.

Por su parte, Gabi siempre había sido lo contrario. Era un ave nocturna y disfrutaba más de la noche y lo que esta tenía que ofrecer. Odiaba madrugar y para ella las calles no se ponían hasta las once de la mañana por lo menos. Otra cosa de tantas que nunca habían tenido en común.

Álex apuró el último sorbo de café mientras arrugaba la frente. Odiaba el último trago, sabía muy dulce por todo el azúcar que se había acumulado al fondo del vaso. Se terminó lo que le quedaba de tostada y dejó el plato y la taza en el fregadero. Mejor sería fregar luego si no quería despertar a su padre, que ese verano tenía problemas para dormir. Las tuberías hacían un ruido muy estridente y no había día en que su madre no se quejara de aquello, pero tampoco hacían nada para remediarlo. A ella todo le parecía bien. La casa de sus abuelos era antigua, pero conservaba un encanto muy especial y, a su parecer, su abuela siempre había tenido mucho gusto para la decoración.

Cogió las llaves de la mesita que había justo al lado de la puerta y se cercioró de que llevaba todo lo que necesitaba. Había preparado la mochila con algunos de los recortes que encontró, un plátano y un libro. Nunca salía de casa sin uno.

Fue caminando por las calles del pueblo, no había ni un alma en ellas. Verdaderamente era un pueblo precioso, las casas parecían similares entre sí, pero todas tenían algo que las hacía diferentes: los marcos de las ventanas pintados de colores, alguna maceta o un azulejo decorativo en la fachada, incluso algunos decidían dejar puestas las luces navideñas todo el año.

Giró hacia la derecha y en unos pocos metros más estaba parada frente a una casita con los marcos de las ventanas pintados de azul índigo. Tenía un número 24 pintado a mano en negro. Se encontraba un poco borrado por el paso del tiempo, pero la casa aún conservaba un color agradable y los números se leían perfectamente.

Estaba a punto de rendirse tras el tercer timbrazo cuando de repente abrió la puerta una mujer menuda ataviada con una bata rosa y unas gafas de pasta de un tamaño desproporcionado. Tenía una cara muy amable y, a pesar de las arrugas y las marcas del paso del tiempo, se intuía lo guapa que había sido. Álex se relajó nada más verla. No sabía qué tenía aquella mujer, pero le llenaba

de paz el corazón y, en esos momentos, eso era algo que a Álex le venía muy bien.

Al principio, Álex le contó que estaba escribiendo sobre el pueblo y la gente que vivía en él. Adela la invitó a pasar sin hacerle preguntas y la condujo hasta el salón.

La casa era acogedora. A Álex le pareció muy grande para una mujer mayor que vivía sola, pero cuando reparó en todas las fotos colgadas por las paredes y puestas sobre los muebles se dio cuenta de que aquella debía haber sido una casa muy habitada y llena de amor. En las fotos se veía a tres hijos, dos chicas y un chico. Dos de ellos ya se habían casado, a juzgar por las dos grandes colgadas justo encima de la chimenea del salón. Eran muy bonitas; en ellas, todos estaban sonriendo y felices.

Adela le indicó que se sentara en un sofá. Estaba cubierto por una sábana, lo cual le hizo gracia. Le parecía la típica cosa que hacían las abuelas para que no se dañase la tapicería. Buscó las fotos de los nietos: debajo de las de boda, tres niñas con cara de trastos y un bebé gordito. Vio que en todas las imágenes en las que Adela y Luis aparecían juntos, estaban cogidos de la mano. Se le derritió un poco el corazón y se percató de que hacía un tiempo que lo sentía congelado.

Cuando se quiso dar cuenta, ya había un surtido de dulces y una taza de chocolate en la mesita de cristal que se situaba delante de ella. Pensó para sus adentros lo tonta que había sido llevándose un plátano por si luego sentía hambre. Adela tenía una edad parecida a la de su abuela y, definitivamente, su abuela jamás la habría dejado marcharse de su casa sin atiborrarla de dulces. Hacía poco que había desayunado, pero hubiera sido una falta de respeto rechazar aquellos dulces. Cuando cogió el primero y saboreó esa suave mantequilla y ese caramelo, pensó que podía comerse otros quince más, aunque explotara.

Adela se sentó en un sillón cercano con otra taza de chocolate en sus manos y un dulce de la bandeja. Desde luego, estaba estupenda para la edad que tenía. Ojalá ella llegase a su edad con la vitalidad y la salud de aquella mujer.

Empezó a imaginar que, si llegara a esa edad así, podría sentarse en el porche de la casa de sus abuelos a beber chocolate y contarse las mismas batallitas una y otra vez con Gabi... Pero, de repente, la realidad la sacudió y cayó en la cuenta de que jamás podría compartir algo así con su hermana. Notó cómo se le humedecían los ojos y trató de disimularlo ahuyentando esos pensamientos, pero era demasiado tarde. La voz de la mujer la sacó de sus cavilaciones.

—Querida, ¿qué te pasa? —preguntó Adela colocando las manos sobre las suyas.

—Disculpe, no quería ponerme así. Es solo... —Álex sentía cómo la voz se negaba a salirle por la garganta—. Hace muy poco tiempo que perdí a mi hermana y he pensado lo mucho que le habría gustado este chocolate, y entonces me he emocionado, soy una tonta. —Una lágrima le rodó por la mejilla. Estaba salada.

—Pobrecita mía, así que tú eres la hermana de esa pobre muchacha. Se me parte el corazón. Cuánto lo siento. —Adela también luchaba por no llorar.

—No se preocupe, voy haciéndome a la idea de que ya no está, pero por momentos se me olvida..., y cuando vuelvo a la realidad, me duele. Sé que el dolor no me dejará nunca, pero espero que algún día sea más fácil de llevar. —Álex se limpiaba las lágrimas con la servilleta que Adela le había dado, un poco avergonzada por haber perdido los papeles de aquella manera.

—Sé cómo te sientes. Ya va a hacer un año que perdí a mi marido, Luis, pero no hay día que pase sin que me dé por despertarlo de la siesta o llamarlo para comer. Luego me acuerdo de que ya no está conmigo y se me encoge el corazón. Pero sé que en algún lugar está esperándome y, cuando Dios lo quiera, volveremos a estar juntos. —Adela también se secó un par de lágrimas que no había conseguido contener.

—Verá, señora...

—Por favor, llámame Adela. Sé que soy mayor, pero no me gusta sentirme como tal —le dijo, sonriendo con ternura y cogiendo otro dulce.

—Sí, perdón. Verás, Adela... El verdadero motivo por el que he venido a visitarte es porque leí la esquila que le escribiste a Luis. El cementerio está de camino a mi casa y me topé con las esquelas en la entrada..., y la suya..., la tuya... —No encontraba palabras para describir cómo se sintió al leerla—. Me sacudió por dentro —dijo finalmente—. Me pareció tan hermosa y desgarradora que necesitaba conocer la historia que había detrás. —Buscó la mirada de Adela y esta la correspondió poniéndole más chocolate.

—Me parece muy bonito, cariño, y te la contaré encantada. —Adela cogió un dulce y se reclinó sobre el sillón. Álex la imitó, preparada para escuchar la historia de aquella mujer que tanta paz le infundía.

—Esa esquila la escribí dos meses después de morir Luis. No había tenido fuerzas antes para escribirla, no sabía qué decir, solo sentía que mi corazón deseaba haberse ido con él. Fueron unas semanas muy duras. Pero, pasado un tiempo, me di cuenta de que todo ocurre por algo. Y cuando sucede es porque es el momento correcto. Muchas veces nos parece injusto y nos enfadamos con Dios o con la vida por arrebatarlos a las personas que queremos. Pero, aunque nos sea difícil de comprender, hay que tener fe y seguir adelante.

Así era como Álex se sentía, estaba enfadada y rabiosa con la vida por haber sido tan cruel y caprichosa, por haberse llevado a Gabi demasiado pronto.

Adela miraba hacia la ventana como si las palabras que buscaba se encontrasen fuera de aquella casa, antes llena de amor y ahora tan vacía.

—Bien es cierto que yo no puedo quejarme. Mi marido y yo vivimos una vida muy feliz y larga juntos. En los tiempos que corren es difícil encontrar parejas que duren tanto tiempo casadas, y yo tuve la fortuna de poder casarme con el hombre del que me enamoré, y no con el que mis padres creyeron que me convenía casarme. Tres maravillosos hijos, cuatro nietos preciosos y una persona a mi lado que siempre me cuidó.

Su cara irradiaba amor y notaba cómo le brillaban los ojos cuando hablaba de su marido.

—Luis controlaba mucho todos los excesos y se hacía análisis todos los meses. De hecho, era él el que siempre me reñía a mí y me decía que con mis años tenía que dejar los dulces. —Adela se reía mientras miraba el dulce que tenía en la mano, pero Álex veía la amargura en su mirada—. No quería que me afectara el azúcar o que me pudiese provocar algo. Decía que sin mí él no quería seguir en este mundo. —Se le quebró la voz y Álex notó que las lágrimas le afloraban de nuevo—. Y un día, de la noche a la mañana, me dejó. Sufrió una neumonía y le perdí en cuestión de semanas, pero a mí se me antojaron segundos.

Adela se levantó y cogió una foto que tenía en una mesilla redonda al lado de la chimenea.

—Esta fue la última que nos hicimos juntos. Nos la hizo mi hijo Fernando y fue unos meses antes de marcharse. —Álex miró la fotografía detenidamente. Eran una pareja maravillosa y a él se le veía tan bien...

Adela le contó que le enterraron en el cementerio al poco tiempo, pero que no pudo escribir la esquila hasta que el dolor hubo menguado un poco. Le contó que no quería escribir algo desde la rabia de haber perdido a la persona que había amado durante toda su vida. Quería honrarle como se merecía. Finalmente entendió que debía quedarse para cuidar de sus nietos y contarles el hombre tan maravilloso que fue su abuelo. Y, así, pudo seguir adelante.

Volviendo a casa, Álex tenía la sensación de que podría ir rodando. Pero había sido imposible resistirse a esos dulces. Qué delicia. Fuera por ello o por Adela, o por la llorera que se había dado, se sentía bastante en paz.

Iba a subir la cuesta que llegaba hasta su casa cuando notó la vibración del teléfono. Número desconocido. Se detuvo, tensa. ¿Sería él? ¿Cómo había conseguido su número? Lo cogió justo a tiempo.

—¿Sí? —Notaba que le latía fuerte el corazón.

—¿Álex? Hola, soy Celia, la amiga de Gabi.

—Hola, ¿qué tal? —Sin quererlo, sonaba cortante. Estaba absurdamente decepcionada. ¿Pero cómo iba a ser él?

—Bueno, poco a poco. —Notaba como Celia se esforzaba por sonar tranquila—. Escucha, le he pedido tu teléfono a tu madre. Quería saber si te apetecía venirte al cine con nosotras esta semana.

—¿Te ha pedido mi madre que me invites? —dijo Álex.

—No, claro que no, es solo que nos apetecía distraernos y habíamos pensado que quizás te apetecía venirte con nosotras.

—Te lo agradezco. Ahora mismo estoy un poco liada y no me viene muy bien, pero ¡gracias!

Colgó el teléfono antes de escuchar la respuesta de Celia. Lo último que necesitaba en ese momento era que se apiadaran de ella, y mucho menos las amigas de su hermana. Cuando entró por la puerta vio que sus padres estaban en el sofá, esperándola.

—Cariño, ¿dónde estabas? Estábamos pensando en ver una película esta tarde, quizás *Love Actually*...

Álex notó cómo el estómago se le revolvía de repente.

Gabi insistía en ver *Love Actually* al menos tres veces al año. Cuando salieron del cine la primera vez, les encantó a las dos, y después la habían visto mil domingos. Últimamente ya no la veían tanto, porque Álex se terminó cansando y prefería cualquier otra película. Y ahora más que nunca.

—No, gracias. Me voy a dormir.

—Pero, Álex...

Subió corriendo las escaleras y se encerró en su habitación. Se sentía a años luz de sus padres, pero no sabía cómo evitarlo. Necesitaba su espacio y tiempo para procesar, y no quería que entrara en él nadie. Lo mismo ocurría con su corazón.

CAPÍTULO 5

Volvió de comprar el pan en la panadería de la plaza. Le encantaba ir a esa panadería. Tenían el mejor pan del mundo y unos bollos maravillosos. Los preparaba la señora Consuelo. Llevaba haciendo bollos y amasando ese pan desde que ella tenía uso de razón, y ahora Rosa, su hija, recogía el testigo de su madre. Además de las dos barras de chapata, también se había comprado un par de bollos, uno de canela y otro de chocolate. Habría sido un pecado irse de allí sin ellos.

En un impulso, decidió tomar el atajo que la llevaba por el cementerio. Sintió la necesidad de saber si estaría él y de verlo de nuevo. No sabía exactamente qué era lo que tanto le atraía, pero desde luego era un sentimiento que superaba a su racionalidad, la cual siempre la había caracterizado. Su hermana se habría sorprendido mucho de verla actuar así, de una manera tan de... Gabi.

No estaba allí.

Qué tonta, se había emocionado de pensar que iba a verlo. Era como una mezcla a partes iguales de ilusión y miedo, y desde luego era la única emoción positiva que sentía desde que ella se había marchado. Llegó a creer que jamás podría volver a sentir nada, pero esos ojos oscuros despertaban en ella sensaciones nuevas, y además estaba el misterio de qué hacía él en el cementerio. Tenía que llegar al fondo de todo eso.

Al llegar a casa, dejó el pan en el banco de la cocina. Subió a su cuarto y abrió el ordenador. Justo debajo de la esquila de Adela había otra esquila que también suscitó su interés. Esta no era tan conmovedora, pero había algo en ella que le resultaba llamativo.

Fernando, hace mucho que desapareciste. Te esperamos, pero jamás volviste. Tu cuerpo no fue hallado, así que de alguna manera te hemos enterrado aquí. Aunque tu cuerpo no esté presente, tu alma siempre estará con nosotros.

Alguien había desaparecido hacía muchos años. Pero, si no habían hallado el cuerpo, ¿cómo sabían que había fallecido? Eso le resultaba de lo más intrigante. Trató de buscar información en internet, pero esta búsqueda no estaba siendo tan fácil, y no conseguía encontrar nada.

Después de varios intentos, se rindió. No estaba concentrada y sabía por qué. Cerró el ordenador de golpe, cogió la mochila y se apresuró a bajar las escaleras.

Celia le abrió la puerta con cara de sorpresa. Se le notaban las ojeras y no parecía haber dormido muy bien. Álex la entendía perfectamente, al fin y al cabo ella también había perdido a una de sus mejores amigas.

La última vez que hablaron, Álex había rechazado acompañarlas, pero ahora necesitaba su ayuda; esperaba que no se hubiera ofendido mucho.

—¿Qué te trae por aquí, Álex? —dijo con suspicacia. Para ser sinceros, estaba en todo su derecho de sentirse así. Celia siempre le había parecido una chica inteligente y bastante dura. Vestía de negro incluso en verano y Gabi decía que solo era porque, al ser pelirroja, le gustaba el contraste con su pelo. Tenía un carácter fuerte y una voz grave. Quizás habría sido mejor ir a ver a Lucía, aunque viviera más lejos. Pero ya estaba allí y, tras pensarlo unos minutos, Celia la invitó a pasar a su habitación.

—Verás, llevo unos días dándole vueltas a algo y tengo la esperanza de que tú puedas ayudarme. —Álex empezó con tono dulce y con las manos puestas encima de las rodillas para evitar que le sudaran. Le solían sudar cuando estaba nerviosa o expectante y siempre le había resultado de lo más desagradable.

—Dispara. Si está en mis manos, sabes que te ayudaré. —Celia la miraba con expresión tranquila, y Álex notó que empezaba a relajarse.

—El día del funeral... —La voz se le quebraba y trataba de encontrar las palabras—. El día del funeral había un chico allí... —No sabía cómo explicarse. No quería que Celia pensara que ella había estado pendiente de otras cosas el día que estaban enterrando a su hermana, pero aquellos ojos...

—Te refieres al imbécil de Diego. —La rabia de Celia se podía tocar.

—No, no, no me refiero a Diego. Había un chico, apartado de todos los demás. No le había visto nunca y quería saber si tú o alguna de vosotras sabíais quién podía ser. —Notaba que iba perdiendo la voz y se sentía nerviosa... Necesitaba despejar sus dudas y las amigas de su hermana eran su única esperanza.

—Ahora mismo no caigo... ¿Podrías describírmelo?

—Bueno, no es que me fijara mucho... Pero era alto, moreno y tenía los ojos negros... y el pelo como despeinado. —Álex trató de hablar con toda la indiferencia de la que fue capaz para disimular su evidente entusiasmo.

—¡Ah! Ese debe ser el chico nuevo. ¿Y dices que le viste el día del funeral? Qué extraño, se mudó aquí hace apenas unos meses y nunca llegó a conocer a tu hermana. Me sorprende que estuviese allí, aunque ya sabes cómo es la gente de pueblo, les encanta husmear.

Celia puso los ojos en blanco con expresión de cansancio. Era una expresión que Álex le había visto muchas veces.

—Sí, debe ser eso. Y oye, por casualidad, ¿tú sabes cómo se llama? —Álex rezaba para que Celia no notase la desesperación en sus palabras.

—Creo recordar que su nombre era Teo o algo así... —Celia miraba hacia el techo como si esperase encontrar allí una respuesta—. ¡Leo! Se llama Leo. Sabía que era algo parecido —dijo con tono de satisfacción—. ¿A qué viene tanta curiosidad?

—Eh... Bueno, simplemente, yo... —La pregunta la había pillado con la guardia baja. Bajo la mirada expectante de Celia, trató de encontrar una respuesta lo más simple posible. No podía decirle que había sentido una conexión con un chico misterioso el día que enterraban a su hermana ni que le había estado espiando en el cementerio mientras él merodeaba por ahí—. Quería saber si era amigo de Gabi, ya sabes que yo estaba un poco desconectada de su vida.

Respiró al ver que Celia se contentaba con la respuesta.

—Bueno, esas cosas son normales entre hermanas. Por cierto, la invitación de acompañarnos al cine sigue en pie. Vamos a ir el viernes, así que puedes venirte con nosotras.

Celia sonreía, pero Álex sentía la tristeza en su voz. Era Gabi la que tendría que haber ido con ellas, y no Álex. Aunque ya no veraneasen en el pueblo, ella solía quedarse en casa de sus amigas algunos fines de semana. Siempre tenía tiempo para todos y por eso tanta gente la quería.

—Claro, suena genial, me apunto. —Álex sonrió. También ella estaba triste, pero se sentía agradecida de que las amigas de Gabi lo hubiesen vuelto a intentar. Le vendría bien no pasar tanto tiempo sola.

De camino a su casa no pensaba en otra cosa. Su nombre le daba vueltas por la cabeza: *Leo*. No podía quitárselo de la cabeza y solo podía ver esos ojos clavados en los suyos. Álex nunca se había sentido así.

Sentía una curiosidad irrefrenable que la animaba a hacer cualquier locura con tal de averiguar quién era él, y eso era muy impropio de ella. Gabi siempre había sido la hermana impulsiva y decidida. Era pasional, y se lo jugaba todo a una carta si era por algo que quería de verdad, pero Álex no. Ella siempre había sido mucho más comedida y racional. Era calculadora y sopesaba siempre los pros y los contras antes de arriesgarse a hacer algo que pudiese tener efectos importantes en su vida.

Pero, ahora, por primera vez estaba experimentando una emoción parecida a lo que sentía su hermana. Era una milésima parte, pero ya era algo, y le gustaba, la hacía sentirse viva. Como si también ella llevase tiempo muerta.

Cuando llegó a su habitación, abrió el ordenador y empezó a escribir:

«Luis y Adela».

Y se sintió mejor.

CAPÍTULO 6

La casa de sus abuelos siempre le había hecho sentirse segura. Era como un refugio, con rincones escondidos donde Álex solía pasar las horas leyendo sin que la molestaran.

Su abuela tenía las paredes abarrotadas con todas las fotos de sus hijos y nietos. Cuando bajaba por la escalera veía todas esas imágenes de los cumpleaños, las celebraciones, las bodas..., todo estaba ahí. Y en muchas de ellas aparecía Gabi. Sintió una punzada de dolor al verlas, pero al mismo tiempo la aliviaba que sus abuelos hubiesen fallecido antes que ella. Su abuela no hubiera soportado tanto dolor.

Por desgracia, los tíos y primos de Álex se habían mudado fuera de España un par de años antes, cuando su tío Pablo encontró un trabajo en una empresa muy importante de Bruselas. No pudieron asistir al funeral de Gabi. Pero los llamaron en cuanto se enteraron, y escribían por internet todos los días para ver cómo se encontraban ella y sus padres.

Llegó a la cocina y colocó el portátil encima de la mesa. Sus padres se habían ido a comprar y, como ese día había mercadillo en el pueblo, sabía que eso retendría a su madre más tiempo del habitual.

La cocina de la abuela había sido como su templo. Ahí preparaba todos esos deliciosos postres, y nunca podían entrar mientras los hacía porque decía que necesitaba concentrarse. Pero Gabi y Álex sabían de un pequeño hueco por el que colarse, y en cuanto su abuela salía por la puerta, ellas entraban para hacer de las suyas.

Álex sonrió mientras se preparaba un café calentito. Aunque era verano, siempre había disfrutado del café muy caliente. Se sentó en una de las sillas alrededor de la enorme mesa redonda donde solían comer. La tapaba un mantel de punto que su abuela había tejido hacía muchísimos años, pero que se conservaba intacto. Y las sillas tenían aún las manchas y marcas de toda una vida de niños veraneando en esa casa.

Seguía muy atascada con la esquila del hombre desaparecido y sentía que había llegado a un callejón sin salida. Metió en el buscador el nombre del pueblo y la palabra «habitante». Tenía la esperanza de encontrar información sobre él, pero no sabía muy bien por dónde empezar. Tras un rato de búsqueda en el que solo encontró noticias relacionadas con el pueblo y los censos que habían tenido lugar durante esos años, se rindió. ¿Qué le había ocurrido a aquel hombre y cómo podía averiguarlo?

Sin pensarlo mucho, cogió las llaves y salió de casa. Caminar la despejaría, y siempre podía evitar el mercado. Esa mañana hacía fresco, pero el sol había salido y, a pesar de la brisa, sentía cómo le calentaba las mejillas. Pensó que debería haberse puesto protección solar, pues ya se

quemó una vez cuando era pequeña y era una experiencia que no quería repetir.

Había ido hasta la parte baja del pueblo cuando se detuvo en seco. Tenía que intentarlo, necesitaba hacerlo.

Cuando entró por la puerta de atrás del cementerio, iba jadeando. Dieciocho años y no podía ni dar una carrera de dos minutos, era patético.

Gabi lo habría hecho en un abrir y cerrar de ojos. Pero ella no era Gabi.

El cementerio era un lugar muy grande y estaba construido con piedra. Tenía muchos árboles y en la parte de atrás se disfrutaba de vistas a la montaña. Era un lugar bonito a pesar de lo que significaba.

Fue atravesándolo despacio hasta que lo vio. Notó cómo se le aceleraba el corazón, y esta vez tenía claro que no era por la carrera de antes.

¿Qué le pasaba? Ella nunca había reaccionado así ante nadie. Se sentía tonta, como si fuese una niña pequeña deseando el dulce que menos le convenía.

Estaba sentado frente a una tumba y gesticulaba. Todavía tenía el pelo alborotado, más largo que los otros chicos del pueblo. Qué tío más raro. Pero ahí estaba Álex, que había corrido por todo el pueblo para encontrarse con él tras sonsacarle a la amiga de su hermana quién demonios era. Tampoco es que ella fuese la persona más normal del mundo, visto así.

Conforme se iba acercando, el murmullo se iba haciendo más audible. Cuando finalmente quedó justo detrás de él, oyó que le hablaba a la persona de la lápida. «Federica Gutiérrez Casado, 1940-2015».

De pronto le entró el pánico. Quiso salir corriendo de allí, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué haces tú por aquí? —le preguntó el chico de ojos oscuros mientras se giraba hacia ella.

Álex notó que se le secaba la boca. A decir verdad, había pensado mucho en ese momento, pero ahora que estaba ahí, justo delante, había enmudecido y se sentía pequeña.

Pensó en Gabi y en lo sencillo que habría sido para ella enfrentarse a esa situación con el desparpajo que tenía. Trató de buscar eso en ella misma, se armó de valor y respondió lo más serena que pudo.

—¿Por qué siempre estás en el cementerio? ¿Es alguna afición morbosa que tienes o algo así, caminar entre los muertos? —Si sonaba un poco borde, al menos ayudaría a disimular que estaba temblando.

—No exactamente —le respondió él con voz cansada. Álex se figuró que no sería la primera vez que alguien le decía eso.

—Entonces, ¿por qué merodeas por las tumbas? ¿Por qué estabas junto a la lápida de mi hermana el otro día? Si ni siquiera la conocías...

—Tu hermana está triste, no entiende por qué tú no acudes a verla cuando vienen tus padres. — Leo la miraba fijamente. Sentía que sus intensos ojos la analizaban.

—Mi hermana está muerta. No hables de ella como si estuviera viva o la conocieras. ¡Está muerta! —Se dio cuenta de que estaba gritando y notaba la cara ardiendo.

—Eso ya lo sé. Sé que está muerta y que no llegué a conocerla, pero su alma está triste y yo eso lo puedo sentir. —Seguía sin apartar la vista de ella. Hablaba con calma, como si lo que decía fuera totalmente razonable.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Álex notaba que su ira crecía, imparable.

—Me has pedido que te cuente por qué siempre estoy aquí, y eso estoy haciendo.

—¡No tiene ni puñetera gracia! No tienes ni idea de lo duro que está siendo todo esto, y vienes a reírte de mí diciendo estas gilipolleces. —Escupía las palabras sin control; él, mientras tanto, seguía mirándola como si estuvieran conversando sobre el tiempo.

—No me estoy riendo de ti. Puedo imaginarme lo duro que está siendo.

—¡No! No tienes ni idea. ¿Qué eres, un médium de esos que se dedica a estafar a la gente diciendo que puede ponerles en contacto con sus seres queridos? ¿Eso eres? ¿Un maldito estafador? —La rabia hablaba por ella, notaba que tomaba el control y se apoderaba de su ser.

—No soy ningún estafador. No pretendo engañar a nadie, y desde luego no juego con los sentimientos de las personas. —Vio en sus ojos que lo había herido, y en ese momento se alegró de haber conseguido una reacción.

—Debería darte vergüenza intentar beneficiarte de las personas de esa mane... ¡Eh, espera!

Leo había salido corriendo como alma que lleva el diablo y había desaparecido entre los árboles. Ella se sentó en el suelo, agotada, y no pudo contener las lágrimas. ¿Qué era todo aquello? Aún se sentía furiosa, pero a la vez le dolía el pecho al pensar en esos ojos heridos. No sabía por qué lo había acusado tan agresivamente, no entendía de dónde había salido todo eso, pero es que era de locos, él estaba loco.

¿Cómo se atrevía a decirle eso? ¿Que su hermana estaba triste por ella?

Durante el camino de vuelta a casa, la cabeza le iba dando tumbos, como si tuviese un martillo dentro que la golpease sin parar. Notaba una sensación de desasosiego y sentía que las lágrimas volvían a aflorar.

Le dijo a su madre que no se encontraba bien y que se quería meter en la cama. Ella no hizo más preguntas. Desde que Gabi murió, la comunicación con su familia había muerto también.

Se tumbó en la cama y se tapó con la sábana. Desde niña, la sábana siempre había sido como su escudo. Sentía que la protegía del mundo exterior y que nada podía hacerle daño mientras estuviera ahí debajo, pero la presión en el pecho no había disminuido. La habitación no era especialmente grande porque al ser la hermana pequeña había tenido que conformarse con la menos amplia de las dos, pero en ese momento la sentía inmensa y notaba que se le venía encima. Alargó la mano y cogió de su mesita el único refugio que le quedaba, su libro. Al cabo de un rato sintió que se le cerraban los ojos. Apagó la lamparita y se adentró en el más profundo de los sueños.

CAPÍTULO 7

No había pasado tan mala noche como creía. Había tenido alguna pesadilla, pero notaba su cuerpo descansado y lo agradeció enormemente. Se tomó un café y desayunó tres tostadas. El ayuno de la noche anterior le había pasado factura y su estómago rugía pidiendo alimento.

Vio en la nevera un tupper. Su madre había preparado macarrones gratinados la noche anterior. Era el plato favorito de Gabi. De pequeña había sido una niña que comía mal y solo le gustaban los macarrones. Su madre había pegado en el tupper un pósit amarillo que decía:

Papá y yo estaremos fuera hasta la tarde, puedes calentarlos en el microondas para comer. Mamá.

Y justo al lado de la palabra «mamá» había un pequeño corazón dibujado.

Se sintió mal por lo ausente que había estado este tiempo y lo poco que había compartido sus sentimientos con sus padres. Ella era consciente de lo mal que lo debían de estar pasándolo, pero por algún motivo era incapaz de compartir su dolor con ellos, como si guardarlo en su interior lo hiciese más llevadero.

Se dio cuenta de que sentía que, ahora que Gabi ya no estaba, ella no estaba a la altura. Su hermana era todo lo que ella no lograba ser y no podía evitar enfadarse ante eso. Le daba rabia. Gabi se había ido y Álex sabía que ella no era lo suficientemente buena.

Pero necesitaba solucionar lo ocurrido y tenía tiempo de sobra hasta que volviesen sus padres. Necesitaba aliviar la presión en el pecho que sentía desde el día anterior. Tendría que ser valiente, por una vez en su vida, y enfrentarse a la situación.

Decidió dejar la bicicleta y tomar el camino que iba por arriba del pueblo. Era un camino más apartado y no solía pasear mucha gente por allí. Estaba lleno de piedras y podías tropezar. Pero a ella le encantaba. Solía ir mucho por él en los veranos para poder aislarse del tumulto del pueblo. No se le daba bien estar con gente, se desenvolvía mejor sola y ese lugar le proporcionaba tranquilidad.

Se desvió por el sendero de la derecha, el que conducía al cementerio. Si seguías por la izquierda, terminabas llegando a un arroyo rodeado de árboles, y ese era un lugar precioso y lleno de paz.

Llevaba un rato dando vueltas por el cementerio cuando se dio por vencida. No estaba allí. Sintió la decepción apoderarse de ella. ¿Qué esperaba? ¿Pensaba que él iba a estar ahí esperándola y dispuesto a hablar con ella después de lo que le había dicho? Qué tonta.

Se dirigió hacia la puerta principal. Antes de irse, iba a ver si había alguna esquila nueva que pudiese investigar. Se disponía a mirarlas cuando lo vio aparecer. La entrada era estrecha y el poste de las esquelas estaba justo a la derecha. Se iban a cruzar, seguro. Contuvo la respiración mientras lo veía acercarse.

Pero, cuando él llegó a la puerta, pasó de largo y se metió en el cementerio sin mirarla. Álex notó que de nuevo se le escapaban las palabras, pero lo siguió, diciendo:

—Oye... Lo siento. Ayer no tuve un buen día y no supe manejar la situación. No quise decir esas cosas. La muerte de mi hermana me ha afectado mucho y las cosas que dijiste... Por mucho que lo intento no termino de entenderlo.

A medida que hablaba, Leo se fue parando y, finalmente, la miró a la cara. Parecía cansado.

—Sé que es difícil de comprender. Pero ya te he dicho que no soy ningún médium. No veo a los muertos ni finjo que lo hago, y desde luego no saco ningún beneficio de nada de esto. Yo solo trato de ayudar.

—Vale. Perdona. ¿Podemos empezar de cero?

—No sé, yo...

—Por favor... Yo soy Álex. —Le tendió la mano, dudosa.

—Leo. —Alcanzó su mano y la apretó con firmeza—. Yo tampoco quería asustarte hablando de tu hermana.

Álex sintió una corriente eléctrica recorrerle el brazo e instintivamente apartó la mano.

—¿Podrías decirme qué es lo que haces aquí? Prometo que no interrumpiré. —Le temblaba la voz y aún notaba las chispas subiendo por su brazo.

—¿Ni me llamarás estafador?

—Prometido. —Álex agachó la mirada. Le pareció que Leo sonreía un poco.

Se sentaron a la sombra de uno de los cedros. Al principio, a Leo le costó empezar. Se pasó la mano por el pelo un par de veces, sin lograr domarlo, y finalmente dijo:

—Desde hace un tiempo me di cuenta de que podía sentir energías. Al principio no sabía cómo manejar la situación, pero cuando me acercaba a alguna tumba o algún lugar donde había fallecido alguien, notaba algo muy intenso en el pecho, como la sensación de que esas personas estuvieran ahí, pero sin estarlo. —Con una mano apretándole aún el pecho, se giró hacia Álex y vio que lo miraba atónita—. Da igual, déjalo. No debería haberte dicho nada.

—No, de verdad, quiero saberlo. —Álex negó enfáticamente y se sentó más cerca de él—. No te juzgo, solo trato de comprenderlo. ¿Cómo lo descubriste? Has dicho que lo notabas cuando te acercabas a las tumbas, y de verdad que no estoy juzgando, pero no es lo más normal del mundo andar paseando entre tumbas...

—No quiero hablar de eso —dijo Leo cortante.

—Pero...

—Que no quiero hablar de eso. La cuestión es que lo descubrí. Sentía mucha energía en algunas tumbas y en otras, en cambio, la energía palidecía y apenas la podía sentir. No sabía a qué se debía eso hasta que, tras pasar tiempo investigando, me di cuenta de que estaba bastante relacionado con la cantidad de veces que los familiares o amigos iban a visitar esas tumbas.

—¿Qué quieres decir? —Estaba flipando.

—En general, las tumbas que recibían más visitas o que tenían flores nuevas cada poco tiempo eran las que más energía emanaban; en cambio, las que estaban siempre solitarias y aquellas en las que las flores se encontraban secas y marchitas eran las que más débiles notaba.

—¿Y eso qué significa? —Álex no podía ocultar el miedo que iba brotándole por dentro, pero la curiosidad se imponía a él y hacía que todo lo demás se esfumase.

—Al principio me costó entenderlo. Busqué en internet información sobre las energías y me topé con una teoría sobre las almas y las energías que estas emiten. Resulta que, una vez muertos, seguimos proyectando energía y protegiendo a nuestros seres queridos en la medida en que estos nos recuerdan. No hace falta que la gente vaya físicamente a la tumba, hay quien les habla o tiene una foto...

Leo le contó todo lo que había averiguado sobre las almas. Por lo visto, si la gente no pensaba en los fallecidos y los visitaba, las almas de estos terminaban perdiendo su luz y se extinguían. Lo que él hacía era mantener conectadas a esas personas y a las almas que notaba más débiles, averiguando cosas sobre los familiares y amigos y transmitiéndoselas a los fallecidos. Si notaba que una tumba desprendía poca energía, él trataba de conseguir la información necesaria para mantener con vida esas luces.

—¿Y cómo reacciona la gente al enterarse de lo que haces? ¿No les parece extraño que quieras averiguar cosas sobre ellos y su vida para contárselo a alguien que ha muerto?

—Al principio trataba de explicarlo. Intentaba que fuesen los propios familiares los que visitasen la tumba y la cuidasen. Pero me trataban de loco y se asustaban..., no sé si te suena. Así que finalmente decidí hacerlo yo por mi cuenta.

—¿Los espías? —preguntó Álex, probablemente con más fascinación de la debida.

—Yo no espío a nadie. Busco cosas sobre ellos, y... a veces los sigo para poder averiguar algo

que contar.

Se sonrieron.

—Comprendo. Averiguas cosas de gente para poder hablarles de ellos a sus fallecidos.

—Es una manera de resumirlo, sí, aunque es mucho más que eso.

—¿Por eso estabas el día del funeral de mi hermana? —preguntó Álex.

—Eso fue casualidad, justo estaba allí cuando vi que se celebraba un entierro. Te observé y parecías distraída, como si estuvieras molesta por estar allí.

—¡Tú qué sabrás cómo estaba! —le espetó Álex, y acto seguido se tapó la boca con la mano—. Perdona, pero no creo que puedas comprender la sensación de perder a un hermano.

Leo ya se estaba levantando.

—Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Deberías ir a ver a tu hermana. —Leo empezó a caminar hacia la salida—. Tus padres la visitan con frecuencia y mantienen la tumba cuidada, pero a veces no es suficiente.

—No me vengas con esas. ¡No tienes derecho! —Pero él ya se había marchado.

¡Maldito imbécil y su costumbre de desaparecer! Qué iba a saber él de cómo se sentía ella. No tenía ni idea, nadie la tenía. Venía con su discurso de que él ayudaba a las almas, muy bien, ¿y a ella quién la ayudaba?

Gabi se había ido y con ella se habían marchado todas las cosas buenas. Era la alegría de la casa, con ese optimismo y esa simpatía arrolladora. Álex, en cambio, siempre había sido el patito feo, solitaria, enfrascada en sus libros y huyendo de las demás personas.

Cuando llegó a casa, subió corriendo las escaleras sin ni siquiera saludar. Sus padres no le dijeron nada.

CAPÍTULO 8

Estaba terminando de vestirse. La conversación de ayer le daba vueltas en la cabeza sin parar, pero se había prometido a sí misma tratar de distraerse y pasarlo bien. Celia y Lucía vendrían a recogerla en veinte minutos para ir al cine.

Decidió aprovechar el tiempo que le sobraba para ponerse un poco de maquillaje. No se maquillaba nunca, así que no tenía mucha idea, pero había un post en el blog de su hermana que daba algunos trucillos. Cogió el estuche de maquillaje que Gabi guardaba en el segundo cajón del mueble del baño y abrió su post en el móvil. Se los sabía de memoria, así que recordaba exactamente en qué página encontrarlo.

«TRUCOS PARA UN *MAKE-UP* NATURAL EN VERANO»

Ella siempre había admirado muchísimo a su hermana, pero ahora, haciéndose la línea de los ojos, se daba cuenta de que nunca se lo había dicho. Siempre se había esforzado en fingir que quería ser lo más diferente de ella que fuera posible, aunque, a decir verdad, lo único que deseaba era ser como ella. Le habría gustado tener la fortaleza de su hermana y su gran corazón. Y también sus pómulos.

Diez minutos después miró el resultado y se sintió muy extraña. El maquillaje no era algo que llevara habitualmente y no se sentía del todo ella misma, pero se animó a probar. Cuando bajó las escaleras, su madre no contuvo la emoción:

—Hija, estás preciosa. Te sienta muy bien ese pintalabios.

—Gracias, mamá. —Álex no pudo evitar sonar cortante.

Por primera vez en mucho tiempo vio a su madre contenta por algo. Lo triste es que fuera por algo que no tenía que ver con ella. Se había maquillado como Gabi y con los productos de Gabi. No era Álex. Iba a subir a quitárselo cuando llamaron a la puerta.

Celia y Lucía la esperaban fuera. Celia iba de negro, claro. Lucía, en cambio, llevaba un vestido de verano con estampado de flores, muy cortito y ligero, y se había recogido en un moño sus largos rizos rubios.

—Vaya, qué guapa, Álex. —Lucía parecía sincera, a pesar de que iba mucho más mona que Álex.

—Quería probar a maquillarme, pero no sé...

—Estás muy bien. Tienes unas pestañas preciosas. —Celia le sonreía. Ella tampoco solía maquillarse mucho y Álex vio en sus ojos que comprendía su sensación.

—Gracias, chicas —dijo Álex.

Iban a ver una película nueva de acción que habían estrenado recientemente. No era su género favorito, pero tampoco le importaba. Cualquier cosa que la pudiera distraer un rato era bienvenida.

Ya casi olía el delicioso aroma de las palomitas haciéndose. El café molido y las palomitas recién hechas eran sin duda sus olores favoritos del mundo.

El cine estaba en uno de los pueblos de al lado. Fueron con las bicicletas y en un cuarto de hora ya habían llegado. Era antiguo y muy pequeño y solo tenía tres salas. A ella le parecía precioso. Solía ir mucho con su abuelo, al que le encantaba el cine. Gabi también iba con ellos, hasta que ya tuvo edad para salir con sus amigas; luego, siempre estaba por ahí. Pero ella y su abuelo habían estado muy unidos. Era la única persona en el mundo que sentía que la entendía de verdad y con la que podía pasar horas y horas.

Fueron dos horas de película repletas de tiros, decapitaciones y explosiones. Muchas, muchísimas, explosiones. El típico cine americano cargado de los efectos especiales que tanto les gustaba.

Álex se percató durante la película de que Lucía y Celia se cogían de la mano. Al principio pensó que sería por el momento, la tristeza y todo lo que estaba pasando. Pero ya fuera, cuando buscaban un lugar en el que cenar y tomar algo, constató que debía tratarse de algo más que eso. Álex se había quedado un poco rezagada mirando un escaparate de una librería, y cuando corrió hacia ellas, de nuevo iban cogidas de la mano. Como si le leyera el pensamiento, Celia sonrió y dijo:

—Pensaba que lo sabías.

—¿Saber qué? —Álex se hizo la tonta, pero estaba claro que la habían cazado mirando.

—Celia y yo estamos juntas —dijo Lucía muy risueña—. Somos pareja.

—No tenía ni idea... —Álex se sorprendió de lo poco que sabía del mundo de su hermana—. ¿Desde hace mucho?

—Tres años —dijo Celia.

—¿Tres años? ¡Eso es un montón! —Álex flipaba. Ella jamás había tenido una relación. Bueno, ni nada por el estilo, y tres años se le antojaban un mundo.

—Sí, aunque teniendo en cuenta que nos conocemos desde los ocho, tampoco parece mucho —contestó Celia, mientras Lucía se reía alegremente—. Pero tres años se pasan volando si estás con

la persona adecuada.

Ahora que lo sabía, lo notaba, veía el amor que se tenían y era muy hermoso.

—Me alegro muchísimo, de corazón —dijo Álex con toda la sinceridad del mundo. Le parecía algo precioso que dos personas que habían sido amigas encontraran el amor la una en la otra. Esas debían de ser las relaciones más fuertes, las que se construían sobre la confianza.

¿Se habría sentido su hermana así alguna vez? Apenas sabía nada de su relación con Diego, pero siempre le habían parecido la pareja perfecta hasta que un día Gabi rompió con él.

—Seguro que mi hermana estaba muy feliz por vosotras. —Los ojos empezaron a empañarse y respiró hondo para contener las lágrimas. Celia y Lucía también parecían combatir el llanto.

Encontraron un pequeño restaurante italiano a unas calles del cine. Era un sitio muy acogedor, con velas en las mesas y enredaderas que trepaban por las paredes de la terraza. A pesar de ser verano, las noches en el norte eran frescas y nunca sobraba una sudadera o un jersey.

—Por cierto, hablando de estar con la persona adecuada... —Celia parecía nerviosa—. ¿Qué te dijo Diego el día del funeral?

—Solo vino a darme el pésame —dijo Álex, desconcertada.

—Menudo sinvergüenza —susurró Lucía, tan bajito que a Álex le pareció casi inaudible. Le chocó, viniendo de Lucía, que siempre le había parecido tan dulce.

—¿Qué ocurre con Diego? Estuvieron juntos dos años, es lógico que viniera al funeral, ¿no?

—Sí, tienes razón. —Celia trataba de sonar convencida, pero Álex sabía que estaba mintiendo—. No tiene importancia.

El resto de la cena transcurrió tranquilamente. Apenas hablaron de Gabi, todavía dolía mucho, pero fue un alivio poder compartir ese dolor con alguien de manera indirecta. Estando allí, juntas, expresaban su dolor aunque no dijese nada. Por primera vez desde el funeral, pudo repartir un poco la carga que llevaba sobre sus hombros con personas que también habían querido a su hermana.

Al volver al pueblo, se despidió de ambas y tomó el atajo que llevaba hasta su casa. No era un lugar muy iluminado, la mayoría de las farolas se habían fundido y el Ayuntamiento aún no las había cambiado, ya que nadie solía usar esos caminos de noche. Y aún aguantaban algunas, las suficientes para ver por dónde continuaba el sendero. Cuando pasó al lado del cementerio, le pareció oír algo. ¿Sería Leo?

Dejó la bicicleta apoyada en el muro de la entrada y sin pensárselo se adentró en el cementerio. Solo había dos focos de luz que habían instalado en los dos mausoleos que había justo a los dos

lados de la entrada. Siguió caminando alumbrándose con la linterna de su móvil.

—¿Quién sigue a quién? —preguntó Leo detrás de ella.

Álex no pudo contener el grito y se le cayó el móvil al suelo.

—Me has dado un susto de muerte. —Recogió el teléfono y se cercioró de que no había sufrido lesiones graves. Por suerte, estaba intacto.

—Perdona, no quería asustarte —dijo Leo, riéndose—. Bueno, en realidad sí.

—No hace falta que lo digas —afirmó ella con una irritación exagerada.

—Ahora, en serio, dime qué haces aquí; es peligroso venir por la noche —dijo él, cruzándose de brazos.

—Sé valerme por mí misma, gracias. —Álex sonó cortante. Le costaba mantener la compostura cuando estaba cerca de él, como si fuese una niña tonta. Aún se acordaba de la electricidad que había sentido cuando le dio la mano. Era como algo tangible.

—No lo pongo en duda, pero el cementerio no es el lugar más común para frecuentar por las noches. —Leo parecía divertirse. ¿Se reía de ella? ¿Estaban tonteando?

—Tú también estás aquí. —Álex enarcó una ceja, decidida al menos a no parecer tonta.

—Por eso has venido, ¿no? —Leo la miró fijamente. Ahí estaba otra vez esa mirada que se adentraba en lo más profundo de su ser.

—Sí. Quería hablar contigo —dijo Álex—. Venía a pedirte ayuda.

—¿Y en qué puede ayudarte alguien como yo?

—Bueno... A ver, es que yo... —Álex no sabía cómo explicárselo.

—Te conté que me siento en las tumbas a hablar con los fallecidos, creo que podré entenderlo. —Le pareció ver una media sonrisa, pero enseguida se esfumó. Quizás se lo habría imaginado.

—Estoy investigando esquelas. Me fijé en las esquelas que hay en la entrada del cementerio y trato de escribir las historias que hay detrás de ellas —dijo Álex finalmente.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Leo no parecía entender—. Siento las energías de los fallecidos, pero no sé las historias que hay detrás. Y no me paso el día espiando a la gente del pueblo, a pesar de lo que puedas creer. —Aún sonaba molesto.

—Hay una que no sé descifrar. Estoy perdida y pensé que quizás tú podrías ayudarme...
Hubo un silencio. Seguramente serían segundos, pero a Álex se le antojaron eternos.

—Vale, te ayudaré —dijo Leo finalmente.

—¿De verdad? —Álex no se lo esperaba—. Pensaba que no querrías ayudarme después de, eh..., nuestro tormentoso comienzo.

—Si puedo ayudarte de alguna manera, lo haré. Bueno, ayudaría a la gente fallecida de las esquelas, quería decir. —Leo carraspeó y se pasó la mano por el pelo.

Álex notó que le subían los colores y que las mejillas se le encendían como dos bombillas. Rezó para que la oscuridad de la noche no delatara esa fea costumbre que tenía su cuerpo de ponerla en evidencia.

—Gracias. ¿Te parece bien mañana a las 11.30 en la biblioteca? —propuso, tratando de parecer tranquila.

—Ahí estaré. —Leo la miraba fijamente, pero le pareció notar algo distinto. No habría sabido decir qué era.

Álex sonrió y comenzó a caminar hacia la salida. Notaba esos ojos negros clavados en su nuca. Pero ya no sentía miedo. Sentía muchas cosas, y el miedo no era una de ellas.

CAPÍTULO 9

Se había levantado más temprano que nadie. Había preparado un café bien calentito y reunió todos los recortes y apuntes que llevaba anotados de las esquelas. Se había quedado atascada en la esquila de la desaparición. Aún no había conseguido averiguar de dónde procedía esa persona y cuál era su familia y, por lo tanto, no podía escribir una historia sobre dicha esquila. Quizá Leo pudiese ayudarla y viese algo que a ella se le había escapado.

Leo... Ese nombre daba vueltas por su cabeza sin cesar. Si su hermana se hubiese enterado de que le interesaba un chico, no la habría dejado en paz. Se habría pasado todo el día lanzándole miraditas y pullitas. Ya escuchaba en su cabeza esa voz infantil que tanto la irritaba, cantando «Leo y Álex besándose en un árbol...». Cuánto habría dado por poder escuchar de verdad esa voz infantil de nuevo.

Pensaba en Leo, en esa responsabilidad hacia los que ya no estaban que había decidido asumir él solo. No sabía si lo de las energías era cierto, pero igualmente le parecía bonito. ¿A cuántos fallecidos mantenía cerca de sus seres queridos? El cementerio era grande, tenían que ser muchos. Miles de almas a las que ayudar. Ese era Leo, el chico de las mil almas.

Iba de camino a la biblioteca del pueblo, donde había quedado con él. Hacía un día espléndido y la brisa le alborotaba el flequillo. Llevaba flequillo desde que tenía uso de razón. Cuando eran niñas, ambas lo llevaban. Su madre decía que era muy práctico y Álex estaba de acuerdo, por eso jamás se lo había cambiado. Nunca había sido una persona especialmente preocupada por su imagen. Anteponía la comodidad a lo estético. Tenía el pelo castaño, algo rizado, y no demasiado largo. Le gustaba llevarlo por los hombros, era un largo fácil de manejar y se podía atar en coleta con facilidad.

Gabi, en cambio, se quitó el flequillo en cuanto pudo, nunca había soportado llevarlo. Tenía una melena corta difícil de peinar, pero a ella le quedaba perfecta, pues era preciosa. Se había cortado el pelo en un acto de rebeldía contra su madre y desde entonces fue su seña de identidad esa melena corta y oscura.

Entró en la biblioteca y pasó los tornos. La biblioteca tenía dos plantas; la de abajo era para el estudio y la de arriba era donde se encontraban todos los libros, los archivos de información y los ordenadores. Subió las escaleras que se encontraban a mano derecha y entró en la sala de ordenadores. Leo aún no había llegado.

Miró la pantalla del móvil: las 11.15 h. Ella siempre llegaba pronto a todas partes, debería asumirlo ya. Decidió aprovechar el tiempo que tenía para seguir buscando información y se sentó en uno de los ordenadores libres. No había mucha gente, pero la zona de los ordenadores era normalmente la más concurrida. Suponía que estaba estrechamente ligado a la falta de wifi en la

mayoría de las casas de veraneo y a la necesidad de la gente de cotillear el Instagram y divertirse con los juegos en línea.

Estaba esperando a que se cargara un enlace cuando notó una mano en el hombro. Le sacudió todo el cuerpo, y no fue del susto. Había vuelto a notar esa corriente eléctrica recorrerle todo el cuerpo. Era electricidad pura.

Leo apartó la mano, mirándola. Parecía que hasta se había peinado. Álex se dio cuenta de que estaba rígida y trató de parecer relajada.

—Hola, estaba aquí... tra-tratando de, de avanzar —dijo. «Menuda idiota», pensó...

—¿Qué información buscas exactamente?

—Pues, por lo visto, la esquila está relacionada con un antiguo caso de desaparición, pero no he conseguido encontrar nada.

—Creo que deberíamos buscar en otro sitio, quizás ahí encontremos algo más. —Leo empezó a caminar hacia una de las estanterías del fondo.

Se detuvo en una que tenía archivadores colocados en orden alfabético. En una de las carpetas se leía «Desapariciones» escrito en negro. Algunas de las letras empezaban a desaparecer, pero seguía leyéndose sin problema. El archivador era de color rojo y tenía un grosor considerable.

—¿Qué son estos documentos? —preguntó Álex extrañada.

—Son recortes de periódicos y noticias de desapariciones vinculadas a personas del pueblo y de otros pueblos cercanos —dijo Leo—. La antigua bibliotecaria solía guardar las noticias de prensa que tuvieran que ver con alguien que había vivido o vivía por aquí y las iba archivando, antes de internet, claro. Pero aun así se ha mantenido. También hay carpetas relacionadas con gente que ha fallecido en circunstancias trágicas o incluso algún asesinato.

—Qué horror —murmuró Álex.

—Sí, bueno, cosas que ocurren. —Leo se pasó la mano por el pelo, como nervioso, y Álex se distrajo por completo—. En fin, ¿hay algún dato importante que nos ayude a buscar?

—Lo único que sé es que la persona desaparecida se llamaba Fernando. El nombre aparece en la propia esquila, pero no he conseguido averiguar nada más.

—A ver si hay suerte —dijo Leo mientras le entregaba la mitad del montón de documentos que había sacado de la carpeta.

Después de veinte minutos, ya casi habían terminado sus respectivos montones y no había aparecido nada. La frustración se apoderó de ella. ¿Cómo podía desaparecer alguien así, sin más, sin dejar ni rastro? ¿Le habrían matado? Se llevó la mano al pecho instintivamente, horrorizada

ante la idea. La voz de Leo le sacó de sus cavilaciones.

—Mira, aquí parece que hay algo. La noticia es de 2008 —dijo con cierto punto de entusiasmo—. «Fernando Gil López, varón blanco de 30 años, desaparece misteriosamente después de adentrarse en el bosque de los lobos». —Notó que se le quebraba un poco la voz. Álex se apartó un poco; estaban con las cabezas prácticamente pegadas.

El «bosque de los lobos» era como llamaban en el pueblo al bosque que se extendía justo detrás del cementerio. A ella siempre le había parecido que ese bosque no tenía fin. Solía ir mucho con sus abuelos y su hermana a bañarse en el río. Era un río grande que estaba bien adentrado en el bosque y donde solía acudir la gente de todos los pueblos de alrededor a bañarse. Tenía rocas grandes desde donde tirarse al agua, para los más valientes, y una cascada preciosa que mantenía el río siempre lleno.

Su abuelo solía hablarles de la leyenda que giraba en torno al llamado «bosque de los lobos» y les contaba que, si te adentrabas más allá de las rocas, desaparecías para siempre. Su hermana la pinchaba para que explorasen esa zona cuando sus abuelos se distraían, pero ella no se atrevía. Gabi era muy temeraria. Recordaba cómo le gritaba desde lo alto de la roca para que fuera a lanzarse con ella, pero a Álex se le ponía la piel de gallina solo de pensarlo. Una mala caída y las consecuencias podían ser fatales.

—Al parecer, según dice aquí, el hombre hizo una excursión por el bosque y jamás regresó. —Leo parecía haber recuperado la compostura—. La familia notificó la desaparición a la policía un día después, al ver que no regresaba. Peinaron la zona, pero jamás encontraron nada, así que terminaron por creer que el hombre simplemente se había marchado sin decir nada a nadie. Por lo visto, nunca más volvió, así que la familia dio por hecho que, después de tantos años, Fernando habría fallecido. Les parecía inconcebible que no se hubiese puesto en contacto con ellos, al menos para comunicarles que estaba bien. Siempre había estado muy unido a sus padres.

—Pobre familia, debe de ser muy duro perder a alguien en esas circunstancias. Si ya es doloroso saber que alguien a quien quieres ha fallecido, me figuro que lo es más todavía la incertidumbre. —Álex hablaba más para sí misma que para Leo.

Ella sabía lo desgarrador que había sido el dolor de perder a alguien y no podía ni imaginarse lo que habían sufrido esos padres sin volver a saber de su hijo, sin poder encontrar su cuerpo para enterrarlo como se merecía. Qué cruel podía ser la vida.

Respiró hondo cuando empezó a notar que las lágrimas acudían a sus ojos y consiguió contenerlas.

—Hum —dijo Leo, dubitativo. Álex lo miró—. Ya sé qué lápida es: «F. Gil Fernando», ¿verdad? Sí que está muerto —dijo con su tono solemne.

Álex parpadeó, mirando el artículo sin verlo, y volvió la vista a Leo. Claro. Si él podía sentir las energías, podría saber estas cosas.

—Lo siento —dijo Leo finalmente—. ¿Quieres que averigüemos quiénes eran los familiares? Por si necesitas hablar con ellos para ampliar tu historia. Todavía piensan mucho en él.

—No, no. Han pasado diez años. No creo que hayan conseguido que remita el dolor, pero no quiero ser yo la que abra de nuevo las heridas. Con el recorte tengo más que suficiente para escribir la historia de Fernando.

A Álex le ardía el pecho. Por lo menos Adela pudo despedirse de Luis. Por lo menos ella había podido despedirse de Gabi.

CAPÍTULO 10

Eran fiestas en el pueblo de al lado. La noche anterior, Celia le había escrito un mensaje diciéndole que irían a cenar y luego a la verbena. Ella le había contestado con un «¡Ok, mañana te confirmo! Bss».

No estaba muy segura de cuánto le apetecía ese plan, pero no quería decir que no, así que ya lo decidiría a lo largo del día. La última vez que salió con ellas estuvo muy cómoda, le hicieron sentirse parte de algo. No se sentía como una extraña ni alguien a quien compadecieran. Compartían las tres ese dolor y fue agradable poder repartirse el peso sin necesidad de decir nada.

Era una sensación que no había experimentado hasta el momento. Con sus padres le era imposible abrirse y sentía que llevaba mejor la carga si no hablaba de ello. Veía en los ojos de su madre la necesidad de hablar, pero ella no podía satisfacerla.

Se preparó el café y volvió a subir a su habitación. Abrió las ventanas de par en par para ventilar la estancia, pero se cercioró de que la mosquitera estaba bien sellada. En el campo era asombrosa la cantidad de insectos que se podían colar en tu cuarto. Se puso una chaqueta y se sentó en la silla delante del ordenador. Entraba un aire fresco muy agradable. Encendió la pantalla y abrió un documento que tenía guardado en el escritorio con el nombre de «Las historias».

Ya había escrito sobre Adela y Luis. Tenía la esquila puesta en cursiva y ella escribía la historia justo debajo. Utilizaba siempre la fuente Courier, que era su favorita. Emulaba las letras de una máquina de escribir y le daba la sensación de estar redactando un documento antiguo.

Copió la esquila de Fernando justo debajo de la de Luis. Había fotocopiado en la biblioteca el recorte que encontraron en el archivador rojo. Le gustaba fotocopiar los papeles en vez de hacerles una simple foto con el móvil. Así podía guardarse el recorte y anotar cosas en él. Redactó la historia siguiendo la información que narraba el artículo, aunque hubo de admitir que añadió algunos elementos que solo existían en su imaginación. Tampoco tenía importancia, ya que eso era algo que guardaría para ella misma, y añadirle un poco de fantasía le daba un toque romántico.

Cuando hubo terminado de redactar la historia, volvió a introducir el nombre del blog de su hermana en el buscador: «Los consejos de Gabi». Lo que habría dado por uno de sus consejos en ese instante... Por mucho que hubiese leído ese blog un centenar de veces, no se cansaba de hacerlo. Era como si de esa manera, solo por un momento, Gabi todavía siguiese viva.

De repente notó un nudo en el estómago y las palabras de Leo le retumbaron en la cabeza. *Tu hermana está triste, deberías ir a verla.* ¿Sería cierto lo que Leo le había dicho? Por más que le

daba vueltas, seguía pareciéndole una locura y un disparate. ¿Cómo iba alguien a poder sentir a la gente que ya no estaba?

Por otro lado, recordaba la mirada de Leo y lo herido que se sintió cuando ella le llamó mentiroso y estafador. Esperaba de corazón que hubiera podido perdonarla. No pretendía herirle, pero en ese momento no supo procesarlo; era demasiada información, era demasiado cercano. Pero ¿por qué iba alguien a inventarse algo así? Lo único que conseguía era que le tacharan de loco, y nadie quería eso. Ni siquiera Leo.

Un grito de su padre la sacó de sus pensamientos.

—¡A comer! —Oyó que gritaba su padre desde el hueco de la escalera.

Se había quedado traspuesta, con los ojos mirando a algún punto fijo de la pantalla donde aún estaba el blog de su hermana abierto. Cerró el blog, apagó el ordenador y bajó las escaleras aún con el nudo en el estómago. Comenzó a deshacerse el nudo cuando le llegó el olor del guiso de su padre, que precisamente era su favorito.

—¿Cómo estás, hija? —Ahí estaba la pregunta. Era inevitable.

—Estoy bien, papá —contestó sin mirarlo mientras se servía una ración del delicioso guiso de ternera.

Echaba mucho de menos la comida de su padre. Las primeras semanas, su padre se movía por la casa como un fantasma. Y su madre era incluso peor. Los tres trataban de cruzarse lo menos posible para evitar ver el dolor en los ojos del otro.

Habían tardado en volver a sentarse todos juntos en la mesa. Ese era el momento que compartía su familia. No importaba lo diferentes que se hubiesen hecho y que prácticamente perteneciesen a mundos distintos, porque ese era su momento. Se sentaban todos alrededor de la mesa de la cocina y comían y cenaban en familia. En el pueblo, cuando estaban sus abuelos, tenían que abrir los laterales extensibles de la mesa para poder caber todos. Ahora la mesa se les antojaba enorme incluso plegada.

Que su padre hubiera vuelto a cocinar le parecía importante porque esa era su manera de volver a la normalidad. Él era muy «cocinillas» y dejar de cocinar era como si le hubiesen arrancado parte de él. Aunque, a decir verdad, así era: le habían arrebatado a una hija, y jamás la volvería a recuperar. El sueño de su padre siempre había sido publicar un libro de recetas junto con la abuela, que fue la que le enseñó todo lo que sabía de cocina cuando se casó con su hija. Gabi siempre le animó a ello y estaba segura de que tendría muchísimo éxito. «Y que se titule *Las recetas de mi suegra*, papá», decía siempre riéndose.

—Hace mucho que no hablamos —dijo su madre cuando estaban ya los tres sentados a la mesa. Su voz sonaba triste.

—Lo sé, he estado de aquí para allá, sin parar, ya sabes, tratando de distraerme —respondió Álex con evasivas. Quería que aquella conversación acabara.

—Tu padre y yo solo queremos que sepas que estamos aquí para cualquier cosa que necesites. Puedes contar con nosotros siempre. —Ambos sonreían, pero sus ojos no reflejaban lo mismo.

Los dos parecían más viejos que solo unos meses antes, más cansados. Álex sentía que su pena la ahogaba. Ella no era Gabi, ni podría compensarlos nunca siendo como su hermana.

—Estoy bien, de verdad —dijo al final.

El resto de la comida transcurrió en silencio. Un silencio que ella agradeció.

—Voy a ir al arroyo a leer, aprovechando que hace algo de fresco. No sé cuándo volveré —explicó cogiendo las llaves de la mesita de la entrada.

Llevaba su libro, una toalla, una botella de agua, un par de piezas de fruta y una sudadera gruesa por si al final terminaba de nublarse. Pero en ese momento con la chaqueta estaba perfecta.

Con la bicicleta, llegar al arroyo era cosa de un momento. Esperaba de corazón que no hubiese nadie. Le apetecía mucho disfrutar del silencio y de la tranquilidad. Desde siempre, ese había sido su rincón para leer y pensar tranquila cuando estaba fuera de casa.

Cuando Gabi y sus amigas empezaron a salir sin la vigilancia de sus padres, ella pidió que también la dejaran ir sola. Al principio su madre se negó en redondo, pero finalmente accedió, siempre y cuando le escribiese un mensaje cada diez minutos y no estuviese fuera de casa durante más de tres horas. Al fin y al cabo, Álex siempre había sido más responsable que Gabi. Y así era como ella había conseguido disfrutar de las tardes en el arroyo.

Oyó un crujido detrás de ella. Se dio la vuelta enseguida, pero no vio a nadie. El corazón le latía muy fuerte y casi sentía que se podía escuchar desde fuera. Siguió andando un poco más, aunque no pareció ocurrir nada.

Llegó al arroyo más calmada. Había una pareja situada justo en la parte opuesta a donde ella se encontraba. Al final agradeció que hubiese alguien. Volvió a echar una ojeada para cerciorarse de que nadie la seguía. Nada.

Extendió la toalla muy cerca del borde, se sentó con el libro en las rodillas y metió los pies dentro del agua. Le encantaba notar la sensación del agua fría en los pies, era una de las cosas más relajantes del mundo. Abrió el libro por la página 248 y se metió de lleno en aquella aventura que había comenzado a leer con la esperanza de que le ayudara a sobrellevar la muerte de su hermana. La historia trataba sobre una chica que descubría un portal secreto en su sótano, el cual conducía a un mundo paralelo del que no sabía si podría salir. Así era Leo, era como un portal a un mundo de emociones que ella no había sentido hasta la fecha y que la hacían comportarse de un modo poco habitual. Y, como la protagonista de la historia que ahora leía, no sabía si ella podría salir de

aquel mundo paralelo de almas, energías y esos ojos oscuros que le llegaban hasta el corazón.

Cuando se quiso dar cuenta, la pareja que estaba enfrente se había marchado. Miró el libro. La página 248 seguía ahí. La lectura no había sido muy productiva. Tampoco lo era la mayoría de las cosas que hacía, porque él rondaba siempre en su cabeza. Él y las palabras que había dicho sobre Gabi. Sabía que le rondaban porque, ahora que se había acercado un poco más a Leo, sentía que eran ciertas, y eso la rompía por dentro. Ella no quería que su hermana se sintiera triste, pero había cosas que aún no podía hacer. No estaba preparada.

Un ruido la sacó de sus pensamientos. Se levantó instintivamente y se giró, pero no veía a nadie. Aun así, empezaba a sentirse muy incómoda y observada. Desde que había cogido el sendero que llevaba al arroyo sentía que alguien observaba cada uno de sus pasos.

Recogió su bolsa y el libro que había tirado después de levantarse tan bruscamente y emprendió el camino. Cuando estaba a punto de coger el sendero que conducía hacia su casa, notó que la agarraban del hombro por detrás.

Su primer impulso fue gritar, al tiempo que trataba de zafarse de la mano. Entonces oyó esa voz que ya le resultaba familiar:

—Tranquila, cálmate.

Sintió que las pulsaciones de su corazón se le regulaban un poco, aunque aún estaban disparadas. Y también sentía que el corazón se le iba a salir por la boca.

—¿Por qué me haces esto? ¿Tienes idea del susto que me has dado?

—Perdona, de verdad, no quería asustarte —dijo él sinceramente.

—Pues menos mal, casi me da un infarto. —Aún tenía la mano en el pecho sujetándose el corazón. Sentía que lo iba a perder.

—De verdad que lo siento. No debería haber hecho eso.

—¿Eras tú el que ha estado siguiéndome? —Le miró fijamente.

—No exactamente. Cuando estabas de camino al arroyo, yo iba hacia el cementerio. Pensaba que me habías visto, pero al ver que seguías andando me he desviado por el sendero que lleva a la parte de atrás. De vez en cuando entro por ahí para evitar que los vecinos sepan que paso tanto tiempo allí. No es que me importe, pero..., bueno, da igual. El caso es que, cuando he terminado lo que tenía que hacer, he pensado que quizás aún seguirías en el arroyo y me he acercado.

—¿Para qué querías saber si seguía en el arroyo? —El enfado había dado paso a un interés mucho mayor.

—No tenía pensado decirte nada. No quería que pensaras que me estoy entrometiendo ni nada

así, pero al final..., bueno, he cambiado de opinión.

—¿Y qué querías decirme? —Álex trataba de no hacerse ilusiones, aunque su emoción crecía por momentos.

Leo hablaba tranquilo, pero Álex creía percibir que una parte de él también estaba emocionada. Esperaba que no fuesen solo figuraciones suyas. Aunque su postura parecía relajada, solo la miraba a ratos, volviendo la mirada al camino y al horizonte cada vez que sus ojos se encontraban.

—Pues verás... Cuando ya iba a irme del cementerio me he acercado al poste de las esquelas para ver si habían puesto alguna nueva que te pudiera interesar.

—Vaya, ¡qué detalle! ¿Y has encontrado algo? —No era exactamente lo que esperaba escuchar, pero eso también tenía que significar que él pensaba en ella, ¿no?

—Sí, habían puesto un par de esquelas, pero una en concreto..., creo que podríamos averiguar qué historia hay detrás.

¿Podríamos? Había dicho «podríamos», confirmado. Pensaba en ella y quería que compartieran tiempo juntos. Álex sentía que le ardían las mejillas como si fuesen dos bombillas encendidas. Trató por todos los medios de no parecer una niña que ha conseguido el cromó de Pokémon que le faltaba para completar su colección. Gabi se habría hecho la dura.

—Claro. ¿Por qué no? Suena interesante. ¿La has apuntado? —Bueno, quizás no se le daba muy bien hacerse la dura con él, pero no había estado del todo mal.

—Sí, le he hecho una foto con el móvil. Si quieres, apúntame tu número y te la mando. —Leo tenía en los ojos un brillo distinto. Definitivamente, era recíproco. ¡Le había pedido el número! Eso no era por nada, ¿no?

Álex le apuntó su número en el móvil y se lo devolvió.

—Bueno, me tengo que ir, ya me mandarás la foto cuando puedas —dijo mientras comenzaba a caminar hacia su casa. Creyó escuchar un «hasta mañana», pero no habría podido jurarlo.

Estaba eufórica. Sacó su móvil y escribió a Celia:

¡Chicas, al final me apunto a lo de esta noche! Voy a tu casa a las 22 h. Un beso.

Se decidió por un atuendo bastante sencillo, aunque, en honor a la verdad, no es que el resto del tiempo fuera diferente. Ella era más de ir cómoda y no solía emperifollarse mucho. También era cierto que nunca había tenido la capacidad para arreglarse que tenía su hermana. Gabi podía ponerse cualquier cosa y brillaba, pero porque era ella quien la hacía brillar.

Al final se puso un vestido negro con cuello *halter* que no había estrenado todavía. Se lo había comprado el año pasado. Cogió el estuche de maquillaje de Gabi y se decidió a probar algo más

arriesgado. Se puso un poco de sombra dorada, trató de hacerse la raya del ojo como mejor pudo y se puso un pintalabios oscuro que marcaba mucho los labios. Estaba guapa. Nunca había creído que lo fuera, pero así se veía cierto parecido con Gabi que nunca creyó que existiera.

—Mamá, ¡voy a ir a las fiestas con Celia y Lucía! —le gritó desde la entrada mientras cogía las llaves.

Su madre se asomó por la puerta del comedor.

—Me alegro, cariño. —La miró de arriba abajo, sorprendida—. Sé que no te gusta que te lo diga, pero estás muy guapa.

—Ya, ya me dijiste que ponerme maquillaje me favorece... —De nuevo se sentía molesta.

—Para mí, tú estás guapa siempre. No te hace falta nada. Es solo que ese vestido te favorece mucho y quería decírtelo. —Sabía que su madre se lo estaba diciendo de verdad.

—Gracias, mamá —contestó sinceramente.

Lucía y Celia la esperaban en la puerta con las bicicletas. En veinte minutos habían llegado y decidieron cenar en una hamburguesería que había cerca de la plaza del pueblo. Ya había gente dispuesta en torno al escenario con sus bolsas de plástico blancas, tratando de disimular de una manera bastante pésima las litronas que llevaban dentro.

De todos los años que llevaban veraneando ahí, jamás había ido a las fiestas de los pueblos de los alrededores, y las fiestas de su pueblo se celebraban cuando ellos ya se habían marchado.

Aunque las fiestas no era el lugar más recomendable al que llevar a una hermana pequeña, Gabi insistía en que fuera con ellas. Pero Álex siempre se negaba. No le gustaban esos entornos, los sitios llenos de gente y las personas pasadas de alcohol que se empeñaban en demostrar con ahínco lo mucho que apreciaban a sus amigos. No era su rollo. Gabi, en cambio, no se perdía una. Adoraba las verbenas y cantar como si no hubiera un mañana cada una de las canciones que tocaba la orquesta.

Pero ese día, Álex iba a descubrir qué era eso que tanto le gustaba a su hermana. Ojalá hubiera podido descubrirlo con ella.

—Estás guapísima, por cierto —dijo Lucía.

Álex se sobresaltó un poco, pues se había quedado un poco ausente.

—Ya, ya..., el maquillaje —contestó desganada. No sabía que el maquillaje surtiera tanto efecto en la gente.

—No, no es por eso. Tú estás guapa con o sin maquillaje. Son tus ojos, te brillan —insistió.

Celia la miraba con la cabeza ladeada, como si tratara de encontrar algo.

—Exacto, estás diferente. No te había visto ese brillo en los ojos, ni siquiera antes de lo de Gabi... —Ahí estaba, la voz que se quebraba mostrando lo mucho que aún dolía.

—Bueno..., no, qué va, seguro que es el pintalabios o el rímel, nunca me pongo rímel y seguro que... —No sabía qué decir.

—¿Cómo se llama? —preguntaron al unísono. Vaya, sí que se compenetraban bien.

—¿Qué? —Álex intentaba desviar el rumbo que había adquirido la conversación.

—Esa mirada es la que aparece cuando descubres a alguien especial. Yo la conozco de sobra —dijo Celia mirando a Lucía. Esta se sonrojó un poco y apoyó la cabeza en su hombro.

A Álex seguía pareciéndole precioso y fascinante que después de crecer juntas descubrieran la una en la otra al amor de su vida. Le habría gustado que Gabi se lo contara, pero ellas no se contaban esas cosas.

—No es nadie, de verdad; además, es... ¡Uy, me encanta esta canción! —Salió corriendo hacia el centro de la plaza y empezó a saltar junto a los demás.

Era verdad, le encantaba esa canción. Estaban tocando una de sus canciones favoritas de Estopa, *Como Camarón*, y siempre que sonaba sentía la necesidad de gritar a los cuatro vientos. Eso sí era algo que compartía con Gabi. Cuando se compraron el primer CD, siempre obligaban a su padre a ponerlo de camino al pueblo y lo cantaban juntas como si no hubiera un mañana. Bajaban las ventanillas y sentían que eran invencibles cantando al ritmo de *La raja de tu falda*.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba gritando el estribillo con lágrimas en los ojos. Estopa era seguramente de las pocas cosas que habían unido sus dos mundos en uno solo, y ahora apenas podía escucharlos sin que se le rompiese el corazón. Pero, por un momento, decidió dejar de pensar. Saltó, gritó y se aferró al recuerdo de su hermana saltando y gritando, como si aún estuvieran cogidas juntas de la mano. Volvió a unir sus mundos por unos minutos. Y es que, por unos minutos, Gabi volvía a estar viva.

Justo entraba por la puerta cuando notó la vibración del móvil. Debían ser las tres de la mañana. Supuso que serían Lucía o Celia para decirle algo. Había sido una bonita noche y se sintió durante unas horas más cerca de su hermana de lo que quizás se sentía cuando ella aún seguía viva. Ahora entendía por qué le gustaba tanto a Gabi ir a las fiestas.

Se metió en la cama después de desmaquillarse y ponerse el pijama. Por fin miró el móvil y ahí estaba:

Perdón por las horas, aquí te mando la esquila que vi. ¿¿Mañana a las 12.30 donde los ordenadores??

Justo debajo había una foto.

Tuvo que contenerse por no soltar un grito de emoción. Y respondió al momento:

Tranquilo. ¡Recibida! Claro, mañana a las 12.30 ahí. :)

Sin duda había sido un gran día.

CAPÍTULO II

Abrió los ojos y miró la hora. Las 12.15. Mierda... Se había quedado frita. Estaba segura de haber puesto la alarma, pero también creía que se había desmaquillado y tenía la boca como si fuese Joker. Se vistió con lo primero que encontró, aunque asegurándose de que al menos fuese una combinación medianamente aceptable. Cogió su mochila y bajó corriendo las escaleras.

Llevaba el pelo recogido en una coleta, que básicamente se traducía en que su pelo estaba algo sucio y no le había dado tiempo a lavárselo. Por fortuna, no tenía tendencia a tener el pelo muy graso y al ser rizado se disimulaba un poco más. Cualquier parecido que hubiese ayer con Gabi ya no existía.

Subió las escaleras. Las 12.38. Podría haber sido peor. Giró hacia la sala de ordenadores y le vio. Ahí estaba esa corriente. La sentía brotar cuando le miraba, pero se intensificaba muchísimo cuando se rozaban casualmente para estrecharse la mano o él intentaba matarla de un infarto tocándole el hombro.

—Perdona por el retraso, me he entretenido un poco... —Notaba que se ruborizaba. Maldito cuerpo el suyo, que nunca se ponía de su parte.

—No te preocupes. He aprovechado para ver si encontraba un poco de información. ¿Pudiste leer la esquila que te mandé? Sé que era tarde y puede que... —Estaba frente a la pantalla del ordenador y la miraba con la cabeza ladeada.

—Sí, la pude leer. La verdad es que me pareció preciosa, entiendo por qué te llamó la intención. Por cierto, ¿la has encontrado en el ordenador? Me gusta imprimirlas y guardarlas...

—Por ahora la esquila no. He encontrado algunos datos relacionados con los familiares, pero puedes imprimir la foto que te mandé, si eso te sirve, claro. —Leo miraba el ordenador, enfrascado en los datos que había hallado.

—Sí, es justo lo que voy a hacer —dijo Álex sentándose en el ordenador que estaba al lado.

Se mandó la foto al correo desde su móvil. Abrió la bandeja de entrada y esperó unos minutos hasta que el mensaje nuevo apareció. Pulsó la tecla de imprimir y fue a recoger la hoja que había salido de la impresora. En ella se leía:

Mi querida Carlota. Siempre fuiste la primera. Mi primer beso, mi primer amor, mi todo. Eras la primera en empezar las discusiones y también en acabarlas. La primera en amanecer y en caer rendida por las noches. La primera de los dos en marcharse. Fuiste siempre la primera, y siempre serás la última. Te amo, Carlota.

—¿Qué has averiguado? —dijo Álex sentándose junto a Leo.

—La esquila la ha escrito un hombre que se llama Manuel Torres, de 50 años de edad. La mujer de la esquila, Carlota, murió de un infarto repentino a los 48 años, hace apenas dos meses —explicó Leo.

—Qué horror, era una mujer muy joven... —Álex negó con la cabeza, notando que se le hacía un nudo en el estómago—. Pobre hombre, se quedaría destrozado.

Se imaginó a su madre y a su padre. Eran muy jóvenes, y no se le pasaba por la cabeza que uno de los dos pudiera marcharse tan pronto. Tampoco hubiera imaginado que su hermana los abandonara de esa forma. El dolor le retorció las entrañas: la vida había demostrado ser muy cruel cuando quería.

—... esta tarde si quieres —estaba diciendo Leo. Mierda. No se había enterado de nada, se había quedado presa de sus recuerdos y del dolor, e ignoraba que le estaba hablando—. ¿Estás bien? —preguntó él. Y posó su mano sobre la suya.

Álex sintió tal descarga que apartó la mano por instinto. Él se sobresaltó. No quería que pensara que le había molestado. Nada más lejos de la realidad. Era una tontería, aunque para ella valía mucho. Pero no había podido evitar apartar la mano; habría jurado ver la corriente con sus propios ojos. Era muy fuerte. ¿La sentiría él también? Posiblemente no.

—Sí, sí, perdona, estaba un poco distraída. —Sonrió con la esperanza de que él no le diera importancia—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que, si te apetecía, podríamos ir a visitar al viudo esta tarde. Quizás le venga bien poder abrirse con alguien. —Leo la miraba expectante, pero no hizo ningún amago de volver a tocarla.

—Claro, genial. Me encantaría poder escribir esa historia. Es evidente que el amor que sentían el uno por el otro era muy fuerte.

—Genial. Oye, ¿te apetece que comamos algo? Podemos hacer tiempo hasta la hora de comer y revisar algún caso más que sea de tu interés —dijo Leo, otra vez sin mirarla directamente.

Álex cayó en la cuenta de que no había comido nada desde ayer y que le rugían las tripas como si fuesen una manada de lobos hambrientos. Además, la idea de poder compartir tiempo con Leo la llenaba de emoción. Se sentía extrañamente segura con él, como si pudiese expresar hasta el más oscuro de sus secretos sabiendo que quedarían enterrados al instante y nunca más verían la luz. Su chico de las mil almas.

—Eso sería estupendo, la verdad es que me muero de hambre.

—Ya, el rugido de tus tripas me ha hecho sospechar algo. Bueno, y a media biblioteca... —bromeó Leo sonriendo.

—Vaya, hombre —dijo Álex riendo mientras se rascaba la cabeza.

Era la primera vez que le veía sonreír así y sintió un calor que amenazaba con derretir el corazón que llevaba congelado desde el día en que recibió la noticia de la muerte de su hermana.

Fueron a un bar que había cerca de la biblioteca donde la gente que estudiaba para los exámenes solía ir a hacer un breve descanso. Ahora no estaba muy concurrido, así que pudieron sentarse en la terraza, a la sombra, y hablar tranquilamente sin miedo a que todos los vecinos participasen en la conversación. El lugar era agradable, pintado de blanco y con mesas de madera que tenían una maceta en el centro como adorno.

La comida transcurría tranquilamente. Ella se sentía muy cómoda y notaba que él también estaba a gusto con ella. Le estuvo preguntando más acerca de lo que hacía, y ahora que empezaba a conocerle más sabía que todo lo que le contaba debía ser cierto. Le parecía fascinante el hecho de que invirtiese su tiempo en tratar de hacer que las almas de la gente que ya no habitaba este mundo descansasen en paz y siguiesen teniendo fuerza. Trataba de ir con cuidado; no quería decir nada que le pudiese molestar o que le hiciese cerrarse de nuevo con ella. Habían progresado mucho, y ya conocía su tendencia a marcharse sin avisar.

—Y, solo por curiosidad, ¿hay algún motivo en concreto que te llevase a interesarte tanto por esto? Quiero decir, lo descubrirías por algún motivo... —dijo Álex fingiendo un desinterés que claramente no existía. Le interesaba todo de Leo.

Él pareció sopesar la respuesta unos segundos, y finalmente dijo:

—Cosas que pasan.

—Sí, claro, cosas que pasan... —Álex presentía haberse acercado a algo demasiado personal, así que por el momento se aguantó las ganas y fingió estar satisfecha con esa respuesta.

—¿Y a ti? —dijo Leo mirándola fijamente.

—A mí, ¿qué? —Álex estaba desconcertada.

—¿Qué te ha llevado a ti a investigar y escribir sobre las esquelas que lees en el cementerio? —Leo tenía la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, como un perro que espera atento una respuesta.

—Pues... —Álex pareció dudar. Sentía que eso era algo solo suyo, pero, a la vez, pensó que, si alguien podía entenderlo, esa persona sería él. Además, había sido ella la que había ido en un primer momento a pedirle ayuda con la esquela de Fernando, el hombre que desapareció en el bosque—. Lo cierto es que fue a raíz de la esquela que yo le escribí a mi hermana.

—¿Le cogiste el gusto al mundo de las esquelas? —dijo Leo, burlón.

—Ja, ja, ja —contestó, algo molesta. Esperaba que Leo la comprendiera, no que bromeara con eso.

Leo debió leerle el pensamiento porque acto seguido dijo:

—Perdona. Ha sido de mal gusto, no quería bromear con algo así. —Parecía arrepentido—. Solo quería restarle algo de hierro al asunto.

Álex se relajó. Agradecía las disculpas y sinceramente era reconfortante ver que a él le importaba que ella se enfadase.

—Disculpas aceptadas —dijo Álex.

—Bueno, entonces, ¿qué relación guarda con la esquela que tú le escribiste a tu hermana? —Leo hablaba con tranquilidad, pero se notaba la curiosidad detrás de sus palabras.

—Cuando vi las esquelas que había en el poste del cementerio me enfadé muchísimo. Me enfadé conmigo misma por la esquela que yo le había escrito a mi hermana. —Álex miraba a la mesa con los ojos entrecerrados mientras negaba con la cabeza—. Aquellas esquelas eran preciosas. El amor traspasaba el papel y era tan tangible como nosotros.

Tenía en su mente el recuerdo de la adorable Adela hablándole de su querido Luis y su hermosa vida juntos.

—Necesitaba entender cómo habían sido capaces de dejar la tristeza a un lado y escribir algo tan bonito cuando la vida les había arrebatado a alguien a quien querían tanto. Mi esquela... estaba escrita con ira, con rabia. Estaba enfadada y no honré a mi hermana como ella se merecía... No estuve a la altura. Nunca lo he estado —terminó de explicar, parpadeando para evitar echarse a llorar.

Entonces él le limpió una lágrima. Deslizó el dedo pulgar por su mejilla como si de una pluma se tratase, tan delicadamente que apenas la tocó, pero eso bastó para erizarle la piel de los brazos.

El corazón se le aceleró, levantó la mirada y ambos clavaron sus ojos en los del otro. Y lo supo.

No era solo cosa suya.

Llegó a casa como flotando. Subió a su habitación tras saludar distraídamente a su padre en la cocina.

—¿Por qué sonríes tanto? —le preguntó él con interés mientras rebozaba croquetas. Álex solo le supo sonreír antes de huir a su habitación.

Allí se encontró con su madre sentada en su cama. Llevaba unos papeles en la mano. La sorpresa le sentó como un jarro de agua fría.

—Álex, ¿qué es todo esto? ¿Hay algo que necesites contarme? —Su madre estiró el brazo y le dio los recortes que había impreso de las esquelas—. ¿Por qué guardas esquelas?

—¿Y tú por qué has cogido esto sin mi permiso? ¡Eso es invadir mi intimidad! No vuelvas a rebuscar entre mis cosas, no tienes derecho.

—Pero, Álex... —Su madre la miraba con lágrimas en los ojos. Álex negó con la cabeza, se sentía traicionada.

—Sal de mi habitación, mamá.

Le quitó las esquelas de las manos y le devolvió el cesto de la ropa limpia que había dejado en su mesa. Su madre la miró como si no la conociera, pero se levantó y salió del cuarto.

Y entonces Álex cerró la puerta.

CAPÍTULO 12

La mañana siguiente se levantó un poco más tarde. Se pasó el día escribiendo sobre la historia de Manuel y Carlota. Leo y ella fueron después de la comida a la casa del viudo y estuvieron charlando con él cerca de una hora. Les contó lo repentino que había sido y que eso lo había hecho mucho más difícil de superar. Cuando sabes que algo llega a su final, lo aprovechas hasta el último segundo, pero, si te arrebatan algo de repente no te da tiempo a hacerte a la idea. Álex entendía eso muy bien.

Fue amable con ellos, pero a Álex se le hizo duro ver el dolor que mostraban sus ojos. Era el mismo que reflejaban los suyos, el dolor de perder a alguien repentinamente. Aún era muy reciente y ella le comprendía. Había gente que se enfrentaba a las cosas hablando de ellas y otra que hacía de tripas corazón y llevaba la procesión por dentro. Era evidente que Manuel era del segundo grupo y que llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie y sin exteriorizar nada.

Se sintió muy identificada con él, porque hasta cierto momento, ese en el que abrió una parte de ella y dejó que Leo mirara dentro, no había sido capaz de hacerlo con nadie más. Ella había creído que era mucho más fácil llevar la carga en silencio y en soledad. Estaba segura de que nadie salvo ella misma podía entenderla. Pero, por algún motivo, Leo podía hacerlo. Comprendía exactamente lo que a ella le pasaba, cómo se sentía y por qué se comportaba de esa manera. Esperaba que Manuel tuviese también a una persona así.

Leo la acompañó a casa y le invitó a ir con él al cementerio al día siguiente. Quería enseñarle lo que hacía, y ella quiso demostrarle que se interesaba por conocer más de su mundo. Disfrutaba cada minuto que pasaban juntos. Era como si el tiempo se detuviese de alguna manera y ella consiguiese aislar un poco el dolor que sentía.

Miró el reloj, las 19.45. Mierda. Habían quedado a las ocho. No podía volver a llegar tarde. Se puso unas mallas negras, una camiseta blanca y cogió un suéter grueso de lana gris. Bajó a toda prisa las escaleras, cogió la mochila y las llaves del cesto de la mesita de la entrada. Sus padres no estaban y el coche tampoco, así que supuso que se habrían ido a la ciudad a hacer algunos encargos. Era su manera de dejarle su espacio, suponía. Esperaba que ellos también se distrajeran y que salieran a cenar.

Echó a correr por el camino de arriba que atajaba de su casa al cementerio. De nuevo se maldijo a sí misma por no ser la más hábil de las dos hermanas en cuestiones de deporte; sentía que estaba a punto de salirse el pulmón por la boca. Se detuvo justo antes de llegar a la puerta del cementerio y sacó un paquete de pañuelos de la mochila. Se secó el sudor de la frente y comprobó con un gesto bastante poco glamuroso si las axilas le olían a sudor y si habían aparecido dos cercos que delatasen que se había pegado la carrera de su vida. Respiró aliviada al

comprobar que no era así. Las 19.58. Perfecto. Se anudó el suéter a la cintura y se encaminó hacia la entrada.

A pesar de ser aún de día, el cementerio siempre tenía un aura oscura debido a todos los árboles que había en su interior. Lo cubría una gran cantidad de cedros, pero también abedules y flora típica del norte. Era todo muy verde y daba sensación de calma y paz. Para tener un poco más de luz, había unos farolillos que iluminaban el camino de entrada y algunos más situados entre las lápidas.

Ahí estaba él, sentado junto a uno de los mausoleos de la entrada. Miraba hacia el suelo con los codos apoyados en las rodillas y jugaba con un colgante. Hasta ese momento, Álex no había reparado en que lo llevaba. Siempre se perdía en esos ojos negros que tenían la profundidad del más oscuro de los abismos. Cuando escuchó el crujido de las hojas bajo sus pies, se giró para mirarla.

—Vaya, las once en punto, qué precisión. ¡Quién lo iba a decir! —afirmó Leo con esa media sonrisa.

—Muy gracioso. Que sepas que siempre soy muy puntual, solo fue aquella vez —contestó Álex fingiendo sentirse ofendida.

—Claro, seguro que sí. Anda, vamos, señorita *Siempresoypuntualsalvoaquellavez* —dijo mientras se levantaba y comenzaba a andar hacia el interior.

—Vaya, no sabía que tenías sentido del humor —se burló Álex, algo provocadora, mientras se esforzaba por seguir sus pasos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dijo Leo girando la cabeza para mirarla.

Aquella mirada. Llena de luz y también de oscuridad. Clara como el agua, pero que escondía el mayor de los secretos en el fondo. Y era verdad. Había muchas cosas que Álex no sabía de Leo. Lo que sí sabía era que quería conocerlo todo.

Unos minutos después habían llegado hasta una lápida. Y Leo se sentó con las piernas cruzadas justo delante. Le hizo a Álex un gesto con la cabeza para que se sentara a su lado y ella le obedeció. Estaba expectante, nerviosa, emocionada y muy intrigada. No sabía exactamente qué esperar de todo aquello, pero ahora iba a averiguarlo.

Se dio cuenta de que el farolillo junto a la lápida estaba fundido, pero se podía leer «Margarita Rubio Castro. 1922-2013». Tenía unas flores de plástico un poco raídas encima.

—¿Por qué ella? —preguntó Álex.

—Bueno, suelo andar mucho por aquí, como ya sabes, y voy paseando por las tumbas. En algunas de ellas noto la energía enseguida y en otras es casi imperceptible. La de Margarita apenas la percibo, es prácticamente inexistente —constató Leo.

—¿Y eso se debía a que no la visitan con frecuencia? —dijo Álex.

—Sí, se podría decir. No hace falta que vengan hasta aquí para contactar con ella, pero... Eso sucede porque, al no recibir visitas, tampoco recibe información del estado en el que se encuentra su familia y existe una desconexión. Cuando algo que funciona con energía no está conectado a algo, termina por apagarse. Eso es lo que ocurre también con las almas. Y por eso yo trato de volver a conectarlas, para que tengan energía que las una de nuevo.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—He averiguado cosas sobre la familia de Margarita. No ha sido nada fácil, pero al final lo conseguí. Solo espero que no sea demasiado tarde.

—Ojalá no lo sea.

Leo se puso serio y se quedó fijamente mirando a la lápida.

—Hola, Margarita. Mi nombre es Leo. He venido para contarte qué tal está tu familia. Se acuerdan mucho de ti, pero por circunstancias de la vida no pueden venir a verte todo lo que les gustaría.

Leo estuvo hablando con ella un buen rato. Había averiguado que Margarita tenía tres nietos. Sus dos nietas vivían fuera por motivos de trabajo y no había logrado mucha información de ellas. El único nieto que tenía había regresado al pueblo hacía un año a vivir en la casa familiar. Leo le contó que su yerno había sufrido un grave accidente de tráfico que le dejó paralítico, y que el nieto se había mudado para cuidar de él. Aunque habían sido unos años duros, ahora todos estaban bien. Su nieto se había casado con una chica del pueblo y tenía dos hijos pequeños.

—Así que puedes estar tranquila —dijo Leo—. Estoy seguro de que se acuerdan muchísimo de ti, pero a veces es complicado compartir las etapas difíciles con la gente a quien echas de menos. Tienes dos bisnietos estupendos, y seguro que cuando sean un poco más mayores su padre les traerá a conocer a su bisabuela Margarita.

Leo se puso de pie e instintivamente yo hice lo mismo. No sabía qué debíamos esperar ahora o si debía de suceder algo. ¿Qué narices esperaba que pasara? ¿Que de repente apareciese el espíritu de Margarita para darle las gracias a Leo? Era de locos. Yo quería creer de verdad en Leo y en lo que hacía, pero era absurdo estar ahí de pie esperando a que la vida lanzara una señal.

Pero sucedió.

De repente el farolillo comenzó a parpadear de manera intermitente con el mismo sonido que hacen las moscas al chocar con una lámpara de luz. Como si se fuese a fundir de un momento a otro. Era el farolillo junto a la tumba de Margarita. Al cabo de unos segundos dejó de parpadear y volvió a iluminarse. Ese farolillo, que cuando habían llegado estaba sin luz, ahora brillaba como si nunca hubiese estado apagado.

Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. ¿Sería una casualidad? ¿Cómo demonios iba a ser una casualidad! Era cierto. Todo lo que Leo le había contado era cierto. El alma de Margarita brillaba de nuevo y era gracias a Leo. Ella lo había visto con sus propios ojos.

—Dios mío... No me lo puedo creer —balbuceó Álex.

—Parece que no era demasiado tarde. —Sonrió Leo.

—Eso ha sido increíble... Yo..., yo no... ¿Cómo? —Álex no podía ni articular dos palabras seguidas, estaba en *shock*.

—Es mucho más fácil de lo que parece, solo hay que pararse a mirar lo que no se ve —dijo Leo.

De repente, a Álex la inundó el pánico.

—¿Es eso lo que sientes cuando te acercas a la lápida de mi hermana? —dijo Álex sin poder contener el llanto.

—Por supuesto que no, Álex —dijo Leo con firmeza—. A tu hermana la visitan tus padres todas las semanas. En ocasiones, incluso dos veces.

—Soy una persona horrible. Soy lo peor, ¡mierda! —Álex no podía dejar de llorar. Sentía que el suelo se tambaleaba—. He defraudado a todo el mundo y, sobre todo, a ella.

Álex cedió al temblor de sus piernas y se dejó caer. Se tapó la cara con las manos y dejó que todo lo que había tratado de retener escapara. Ahora ya no podía aguantarlo más.

—Escucha, Álex, eso no es así. No eres una persona horrible, todo lo contrario. Por favor, deja de llorar...

—¿Y por qué me dijiste que Gabi estaba triste? Si me dijiste algo así es porque es verdad...

El torrente de lágrimas estaba lejos de acabarse.

—Álex, te dije eso porque tenías que saberlo. No quería hacerte daño, pero es lo que siento cuando me acerco a la lápida de Gabi —dijo Leo, visiblemente preocupado—. Eso no quiere decir que el alma de tu hermana se esté apagando o esté desapareciendo. Las almas son un reflejo de las personas. Cada persona es diferente y las almas también lo son, y por lo tanto proyectan cosas distintas.

—Pero... —Álex trataba de encontrar las palabras.

—Yo solo te dije que tu hermana te echa de menos. Las energías que proyectan las almas son parecidas a sus estados de ánimo o formas de ser cuando estaban vivas. Cuando una persona es

enérgica, desprende una energía distinta a una persona que es tímida. Y cuando un alma está en paz, desprende algo muy distinto a un alma que está en pena —dijo Leo.

—Yo no quiero ser la razón por la que el alma de mi hermana no descansa en paz, jamás podría perdonármelo... Pero yo..., yo... —Le escocían los ojos de tanto llorar.

—Lo sé. Sé que ahora mismo no te sientes con fuerzas para hacerlo. Es normal, las personas gestionan el dolor de manera diferente. Tus padres se comportan como si ella estuviese viva y por eso vienen tan a menudo, porque siguen sin asumir que se haya ido. A ti también te cuesta asumirlo, pero lo gestionas levantando un muro a tu alrededor... —Leo la miraba y ella veía la angustia en sus ojos.

Él tenía razón. Había levantado un muro a su alrededor y al único al que le había permitido acceder era a él. Y, por primera vez desde que comenzó toda esta locura y le dejó entrar, deseó que saliese de nuevo y cerrar la puerta para siempre.

Pero entonces Leo le cogió la cara entre sus manos, levantó su rostro y sus ojos se encontraron. Sus ojos decían tantas cosas que ella sabía que eran verdad, pero el dolor era tan fuerte...

—Álex. —Leo la miró fijamente—. Yo estoy contigo y cuando te sientas preparada para enfrentarte a esto, lo haremos juntos. No vas a estar sola.

Acto seguido, la corriente eléctrica estalló.

CAPÍTULO 13

Aún se rozaba los labios pensando si lo del otro día habría sucedido de verdad. Todo había sido una locura, todo.

Comía, dormía, investigaba esquelas y pensaba en Leo y en lo que había visto. No paraba de darle vueltas y de hacerse preguntas en la cabeza. Miró el móvil y vio que tenía un mensaje de Celia:

¡Hola, guapa! ¿¿Cómo estás?? Has estado un poco desaparecida y nos tienes preocupadas. Nos molaría verte para tomar un café aunque sea, ¡ya me dices! Un beso.

Se maldijo a sí misma por haberse distanciado de ellas, bueno, y de todo el mundo, después de lo que habían hecho por ayudarla. Era como si tuviese la cabeza demasiado llena de preguntas y de pena y no hubiera espacio para ver a gente. Pero no podía seguir así.

Abrió la conversación y contestó:

¡Hola, Celia! Perdona que haya estado tan ausente... Estuve ocupada... Me encantaría veros, ¿os apetece tomar un café esta tarde? ¡Por la mañana tengo unas cosas que hacer! Un beso.

Al cabo de un par de minutos, Celia le contestó con una carita con corazones en los ojos y le dijo que podían verse a las 17.30 en la plaza del pueblo.

Se puso unos vaqueros y una chaqueta de algodón negra con cremallera. Le quedaba enorme, pero le encantaba la ropa grande.

Esa noche había estado reflexionando. Quería cerciorarse de que lo que ocurrió no fue fruto de una casualidad, pero tampoco estaba segura de saber cómo hacerlo. Solo sabía que esto debía hacerlo sola.

Al cabo de un rato estaba de pie frente a la puerta del cementerio. Llevaba ahí unos diez minutos y era como si algo le impidiese entrar. Pero debía tener fuerza. Debía ser valiente por una vez. La fortaleza de Gabi era algo que ella siempre había admirado mucho. Para ella su hermana era indestructible, sentía como si nada le pudiese pasar. Pero la vida le había demostrado que ni las personas más fuertes son intocables.

Se armó de todo el valor que encontró y entró en el cementerio. Cuando llegó frente a la lápida, se sentó. Estaba muy limpia y había flores puestas en el lado derecho. Eran rosas rojas y azules y parecían nuevas, así que supuso que su madre las habría puesto la última vez que vino.

Respiró hondo y habló.

—Hola, abuelo... Te echo de menos. Sé que no he venido mucho por aquí últimamente. Espero que no estés enfadado conmigo, pero no he podido hacerlo... Sigo sin poder hacerlo. —Álex comenzó a llorar—. Es tan doloroso, abuelo, siento como si me hubiesen arrancado un trozo de mí, un trozo que antes no valoraba, que daba por sentado que siempre estaría conmigo, que ni siquiera creía que necesitase. Y ahora que no lo tengo me duele su ausencia a cada paso que doy.

Álex lloraba con la vista perdida en otro lugar. Como si en ese lugar se hallasen todas las respuestas que necesitaba encontrar.

—Sigo enfadada. Y me siento la persona más egoísta del mundo, pero estoy enfadada porque se ha marchado, se ha marchado para siempre y me ha dejado sola. —Ahí estaba de nuevo la rabia—. ¿Cómo ha podido abandonarme de esa manera? Ella siempre era la que sabía qué hacer, la que sabía qué decir... Ella era... —Se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta—. Ella era todo para mí y yo nunca se lo dije, abuelo. Espero tener la fuerza para decírselo algún día y que ella lo sepa.

De repente, una corriente de aire la hizo salir de su mundo de cavilaciones y se quedó mirando fijamente la lápida. Una lágrima cayó por su mejilla y se fundió con la comisura de sus labios.

¿Era una imaginación suya? ¿Había sucedido de verdad? ¿Sería su abuelo diciéndole algo, o era una simple corriente de aire que casualmente había decidido aparecer en ese momento, a pesar de que no se movía ni una sola hoja?

Ya no sabía qué pensar. Pero esperaba de corazón que fuera su abuelo y que le estuviese diciendo que todo estaba bien, que la perdonaba y no la juzgaba por la manera en que estaba llevando todo.

Su abuelo siempre la había entendido. Estaban muy unidos y Álex sentía que él la comprendía más que nadie. Siempre habían tenido un vínculo fuerte y se sentía muy cómoda con ella. Gabi, su madre y la abuela tenían un don de gentes, y ellos no. Álex y su abuelo se sentaban con la radio y un libro y apenas hablaban, pero tampoco les hacía falta. Les gustaba pasar tiempo juntos.

Y eso era lo que le sucedía con Leo. Le encantaba pasar tiempo con él. Era como si el tiempo que pasaban juntos le hiciese olvidar todo lo malo que había detrás del muro que ella había levantado en torno a sí misma.

Había gente a la que, poco a poco, a Álex le costaba menos dejar entrar en su interior. Celia y Lucía eran unas chicas estupendas y solo podía tener palabras de cariño hacia ellas después de cómo se habían portado. Su madre y su padre luchaban por derribar sus propias murallas y avanzar por un camino sin tantos obstáculos y dolor...

Pero Leo... Él podía quedarse dentro de ella todo el tiempo que quisiera.

CAPÍTULO 14

De camino a casa no podía dejar de pensar en su hermana, en su abuelo, en esa corriente de aire... Ojalá pudiese saber qué significaba aquello.

Se había dado cuenta de muchas cosas desde que Gabi no estaba. Sobre todo, se había dado cuenta de cuánto necesitaba a su hermana ahora que ya no la tenía junto a ella. No podía evitar echarse en cara una y otra vez el no haberse dado cuenta antes de que fuese demasiado tarde. Había tantas cosas que quería contarle, y ya no podía hacerlo... A su parecer, nunca habían estado muy unidas, no se parecían en nada y apenas compartían cosas.

Álex siempre había visto a su hermana como la mujer que ella nunca sería, con una vida perfecta y despreocupada y rodeada de gente que quería disfrutar de pasar el tiempo con ella. Y ahora se reprochaba no haber sido una de esas personas.

La realidad era que Álex no quería estar cerca de Gabi porque le recordaba continuamente todas las cosas que ella no era pero que la gente esperaba que fuese.

Veía en los ojos de sus padres la admiración por su hermana; en cambio, ella siempre se sintió como la oveja negra de la familia. Pero todo eso daba igual ya. Todas esas cosas le parecían tan ridículas ahora. Se la habían llevado y no quedaba nada de todo eso, solo quedaba ella intentando luchar por no resquebrajarse y sucumbir porque no tendría nunca más a una hermana con la que pelearse.

Se prometió a sí misma y le prometió a su hermana que se tragaría el dolor y se enfrentaría a lo inevitable. Pronto.

A las 17.20 estaba lista para salir de casa camino de la plaza. Seguía resultándole muy extraño quedar con Celia y con Lucía sin estar su hermana ahí con ellas. Eso solo reforzaba la sensación de vacío, pero a la vez ambas conseguían rellenar una pequeña parte del vacío que había dejado Gabi en su interior. Celia y Lucía eran las personas que más habían compartido el tiempo con Gabi y, seguramente, y muy tristemente, la conocieran mejor que ella misma.

Cuando llegó a la plaza vio a Celia y a Lucía sentadas en uno de los bancos que estaban al fondo. La plaza del pueblo siempre le había parecido un lugar precioso, pero no solía frecuentarlo mucho debido a la gente que se agrupaba allí. Esa plaza era el centro del pueblo y el sitio donde todo el mundo se reunía con sus amigos o familiares a pasar el tiempo. Ella siempre había huido de esas cosas.

Era una plaza con forma de cuadrado y podías acceder a ella desde cualquiera de las esquinas. Había varios bares, una fuente enorme en el medio y los balcones solían tener macetas llenas de

flores que la dotaban de mucho color y frescos aromas. Justo en el lateral derecho se levantaba el edificio del ayuntamiento.

Este era un edificio antiguo pero con mucho encanto. Tenía un reloj en lo alto y vigas de madera a lo largo de todo el balcón. El balcón a su vez se sostenía sobre unas columnas que creaban un espacio donde resguardarse del sol en los días calurosos y de la lluvia cuando el clima del norte hacía de las suyas. El banco donde estaban sentadas las amigas de su hermana era el más alejado de la puerta del ayuntamiento.

Álex saludó con la mano y se encontraron en mitad de la plaza, junto a la fuente. Celia y Lucía iban cogidas de la mano y Álex se molestó al percatarse de las miradas furtivas que lanzaban algunas de las personas del pueblo.

Como si Lucía le hubiese leído el pensamiento, dijo:

—Es normal que algunos se escandalicen. Al fin y al cabo es un pueblo y gran parte de las personas que viven aquí es gente de la edad de nuestros abuelos y nos conocen de toda la vida. — Lucía miró a Celia con cariño y sonrió—. Pero he de decir, rompiendo una lanza a favor del pueblo, que son muchos más los que nos hacen sentir bien que los que nos hacen sentir extrañas.

—Es que nadie debería haceros sentir extrañas porque no lo sois. La gente tiene derecho a decidir con quién comparte su vida. No es asunto de nadie salvo de esas dos personas —gruñó Álex visiblemente molesta.

—Tu hermana reaccionaba justo igual que tú. Al final resulta que no vais a ser tan distintas. — Celia se reía en alto—. Solía enfadarse mucho cuando alguien nos miraba de manera demasiado curiosa o condenaba nuestra manera de sentir el amor. Ella se plantaba en el sitio y se quedaba mirándolos hasta que se incomodaban tanto que apartaban la vista y se marchaban —decía Celia mientras imitaba con gestos a Gabi—. Menuda era tu hermana.

—Ya te digo —siguió Lucía también riendo—. Una vez incluso se puso a gritarle a alguien: «¡Debería darte vergüenza!» y «¡Aquí el único problema es su manera de ver el mundo!».

—Me la imagino diciéndolo con esa vena de la frente que se le hinchaba cuando se enfadaba tanto —dijo Álex riendo a carcajadas.

No recordaba el sonido de su risa. Le parecía como un extraño que solía conocer, pero del que le costaba acordarse.

—¡Sí! Exacto, la vena de la frente, madre mía. —A Celia se le caían las lágrimas al reír—. Parecía que le iba a estallar siempre.

Estuvieron un rato riendo y recordando todas las tonterías que solía hacer Gabi y lo divertido que era verla cuando se ofuscaba. Esas cosas tan corrientes y sencillas que no ocurrirían de nuevo, pero que siempre permanecerían vivas mientras ellas las recordaran.

Cuando se sentaron en una de las cafeterías y Álex tenía un café bien caliente entre sus manos, Celia le preguntó:

—Bueno, ¿qué es lo que te ha tenido tan ocupada estos días? Has estado muy desaparecida.

—Sí, lo sé... He estado..., ya sabéis, haciendo cosas y tratando de despejarme un poco. —Álex no sabía qué decir y era perfectamente consciente de lo mal que se le daba mentir.

—Así que haciendo cosas... —dijo Lucía, vacilante. Se enrollaba uno de sus rizos en el pelo una y otra vez—. ¿Eso es todo? ¿Has estado pasando el tiempo con alguien?

—¿A qué viene este interrogatorio en plan FBI, chicas? —Álex estaba desconcertada e irritada ante el aluvión de preguntas.

—Álex... —dijo Celia, preocupada—. Hemos hablado con tu madre porque estábamos preocupadas por ti. No queríamos entrometernos ni agobiarte, sabemos que eres una persona a la que le gusta estar sola, pero tu madre nos contó lo de las esquelas.

—¿Qué? ¿Y se puede saber qué narices es lo que os ha contado?

—Álex..., tranquila. Ella solo... —intentó decir Lucía, pero Álex estaba furiosa.

—¡No! ¿Es que ya no puedo tener ni un poco de intimidad sin tener a todo el mundo preocupado por cada cosa que hago?

—La gente habla, Álex, y saben que el chico nuevo...

—Se llama Leo. —Álex sintió como escupía cada una de las palabras.

—Leo. Que Leo siempre anda merodeando por el cementerio. —Celia tomó la iniciativa de nuevo. Lucía las miraba, seria—. Y cuando tu madre encontró las esquelas y se enteró de lo de este chico, le dio miedo que todo tenga algo que ver con él o te esté metiendo ideas en la cabeza aprovechando tu vulnerabilidad en este momento.

—Basta.

—¿Qué sabes de él, Álex? —le instó Celia.

—¡Lo suficiente! —Le ardían las mejillas de rabia—. No voy a seguir con esto. Leo y yo somos amigos y me gusta. Me agrada pasar tiempo con él y lo que me hace sentir cuando estamos juntos. Lo de las esquelas lo empecé yo por mi cuenta. ¿Está claro? Él solo me ayuda porque se lo pedí. Pero Leo es la única persona con la que me siento bien. Y ha quedado claro que la única que me comprende y respeta —espetó Álex, tan enfadada que sentía que iba a explotar.

—Álex, eso no es cierto. Nosotras te comprendemos perfectamente, y tus padres...

—No entendéis nada, y mis padres mucho menos. Me lo habéis demostrado. Podrían haberme preguntado en vez de andar husmeando en asuntos que no les conciernen. Ya le dije a mi madre que dejara de meterse en mis cosas, pero contároslo a vosotras es pasarse de la raya. Gabi siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, viviendo la vida como ella quería, con sus amigas y su novio perfectos, nadie la cuestionaba ni dudaba de ella.

—Estás muy confundida, Álex. Tu hermana no tenía una vida perfecta, ni mucho menos —intercedió Lucía mirando al suelo, visiblemente afectada.

—¿Ah, no? No veo que a Gabi le cuestionara nadie con quién salía o dejaba de salir. Si nadie le dijo que no podía salir con Diego, ¿por qué a mí sí me lo tienen que decir, eh? ¿Por qué yo me tengo que alejar de Leo?

—Ojalá hubiésemos sabido lo suficiente para poder decir algo —dijo Celia levantando los ojos de la mesa y mirándola fijamente.

El tono de su voz le heló la sangre.

—Qué... ¿Algo de qué? —respondió Álex a la defensiva. No entendía nada, se suponía que Diego y su hermana eran la pareja perfecta.

Pero Celia y Lucía se levantaron.

—Solo te pedimos que vayas con cuidado. A veces creemos conocer a las personas, pero no todo es lo que parece. Hablamos más adelante, cuando estés más tranquila.

Antes de que pudiera reaccionar, Lucía y Celia se alejaban a paso rápido hacia una de las salidas de la plaza.

¿Qué demonios había querido decir Celia? ¿A qué venía todo ese misterio y esas frases tan crípticas? Se le empezó a formar un nudo en la garganta y sentía una presión en el pecho como si le aplastara una losa de una tonelada. Había algo que ella no sabía y sentía la imperiosa necesidad de comprender.

A sus ojos, Diego siempre había sido un chico agradable y se habían llevado bien. Nunca había escuchado a su hermana mencionar ningún problema y, según ella supo, su relación se acabó porque Gabi se había aburrido y necesitaba conocer cosas nuevas. Ella nunca lo puso en duda, pues conocía a su hermana, o eso creía, y sabía que le gustaban los cambios. Pero, más allá de eso, Álex nunca percibió que algo fuese mal.

Seguro que eso es lo que tanto le inquietaba de esta situación. Claramente había algo que ella no sabía.

Ya en su casa, la cabeza le iba a mil por hora. Le dolía horrores y sentía como si le clavasen

agujas justo en el centro de la frente. Las palabras de Celia le retumbaban en los oídos con el peor de los ecos. «No todo es lo que parece».

Para Álex no había nada peor que no saber.

El ser humano está capacitado para superar muchas cosas. Una tristeza infinita, un estrés asfixiante, el más horrible de los enfados, pero hay algo que el ser humano no procesa bien y que le impide avanzar y cerrar heridas. Y eso es el no saber. Si algo atormentaba al ser humano, a su parecer, era la incertidumbre.

Cuando no sabemos algo, hacemos miles de conjeturas, muchas veces infinitamente peores de lo que son en realidad. Pero ¿cómo sabemos que no son ciertas? No lo sabemos. No podemos saber si eso tan horrible que estamos pensando es lo que está sucediendo de verdad o si por el contrario son figuraciones nuestras. Y, si nunca lo averiguamos, la duda nos consume y nos impide avanzar.

Ya lo dice el refrán: «Quién no arriesga no gana». Porque, si alguien se arriesga y gana, será por haberlo intentado; y, si pierde, el tiempo le ayudará a superarlo. Pero, si no lo hace, le perseguirá hasta el fin el «Y si...».

«¿Y si le estaba ocurriendo algo que yo no sabía? ¿Podría haber evitado lo que ocurrió?». Necesitaba conocer esa respuesta, aunque eso terminara de destruir lo que le quedaba de corazón.

CAPÍTULO 15

No había pegado ojo. Sentía el cansancio por todo su cuerpo, pero el miedo y la necesidad de saber sobre ese tema eran más fuertes. Leo le había mandado un mensaje el día anterior mientras estaba con las chicas:

¿Cómo estás? ¿Te encuentras un poco mejor? Ayer vi una esquila muy bonita y me acordé de ti. Si te apetece que la investiguemos, puedo hacerle una foto y mandártela. Un beso.

Se dijo a sí misma que luego respondería, pero después todo había sido una vorágine de información y cosas que procesar en su interior, y se había olvidado por completo.

Cogió el teléfono y vio que le había escrito otro mensaje:

Espero que estés bien. No quería agobiarte ni nada así, solo estoy preocupado. Dime al menos si todo está ok.

Se sintió fatal por no haberle dicho nada, sobre todo después de lo que pasó. Le apetecía mucho verle, pero tenía que solucionar muchas cosas antes.

Perdona, he estado un poco out. Suena muy bien lo de la esquila, ¡mándamela! Ahora mismo tengo que solucionar unos temas, pero te escribo pronto. Un beso.

Sintió un ligero calor dentro. Que él se hubiera preocupado y buscara motivos para pasar tiempo con ella era algo que le hacía sentir muy bien. Pero en ese momento tenía una sensación de angustia dentro que le impedía pensar en otra cosa. Debía descubrir qué le había escondido Gabi cuanto antes.

No recordaba la última vez que había dormido tranquila. Necesitaba seriamente descansar. Las ojeras que se encontró al mirarse al espejo no hicieron más que confirmar lo que sospechaba, que parecía un muerto en vida. Se maldijo a sí misma por ese símil y por la falta de tacto que tenía algunas veces. *Menuda eres, Alejandra.*

Había repasado mentalmente todas las cosas que quería preguntarle al exnovio de su hermana, pero conociéndose sabía que llegado el momento seguramente se quedaría en blanco. Eran demasiadas las cosas que le rondaban por la cabeza y que necesitaba saber.

Diego vivía en uno de los pueblos cercanos. El pueblo estaba a menos de quince minutos en bicicleta y, aunque hacía frío, le vendría bien ese paseo para despejar y aclarar un poco las ideas. Le dejó una nota a su madre en la cocina diciéndole que estaría de vuelta para la hora de comer, bajó al garaje y sacó la bicicleta.

Estuvo a punto de caerse de la bicicleta dos o tres veces. Iba completamente absorta en sus pensamientos y la falta de atención no es un buen aliado cuando estás montando en bicicleta. Al final había resultado no ser tan buena idea. El sendero tampoco estaba en las mejores condiciones. Había tomado un atajo que cruzaba por el bosque, pero las ramas y rocas del suelo a veces ralentizaban el avance.

El corazón le latía muy fuerte, de nervios y por verse obligada a subir varias cuestas ligeramente empinadas que volvían a dejar en evidencia por milésima vez el poco entrenamiento que tenía. Repasó cuántas veces había visto a Diego desde que su hermana empezó a salir con él y se dio cuenta de que no habían sido muchas. Sabía que su hermana sí pasaba bastante tiempo en el pueblo de él y que había ido bastantes veces con su familia, pero no recordaba que Diego hubiese estado muchas veces con ellos.

Soplaba una brisa fría y ella lo agradeció. El frío la ayudaba a despejarse un poco y a pensar con algo más de claridad.

Al cabo de unos pocos minutos ya estaba subiendo por la calle que llegaba a la casa de Diego. El pueblo era algo más pequeño que el suyo. Las casas estaban muy pegadas las unas a las otras y en la plaza del pueblo solo había un bar. Por eso, la mayoría de la gente de los pueblos de alrededor se iban al suyo a pasar la tarde, pues había locales y más ambiente. También tenía el pueblo cuestas más empinadas, por lo que se vio obligada a bajar de la bicicleta y subir la cuesta andando si no quería terminar expulsando un pulmón.

En ese momento se dio cuenta de que podía no estar en casa, o que quizás estarían sus padres. ¿Qué iba a decirles? Se culpó a sí misma por ser demasiado fan de las series y películas policíacas y de suspense. En su cabeza, el factor sorpresa era lo mejor en estos casos, para así pillar a la persona desprevenida y no darle tiempo a pensar las respuestas. ¿Qué se había creído que era esto, *Mentes criminales*? En fin...

No sabía qué esperar y desconocía lo que debía averiguar. Lo único que tenía claro era que tendría que actuar con normalidad y no mostrar sus dudas o inquietudes.

Respiró hondo varias veces hasta que consiguió calmarse un poco y bajar las pulsaciones del esfuerzo físico. Llamó al timbre. Le pareció escuchar una voz a lo lejos, pero no estaba segura de si había sido real o su imaginación. Al cabo de un minuto abrieron la puerta y ahí estaba él. Diego puso cara de sorpresa cuando la vio, pero enseguida cambió su expresión y trató de parecer lo más tranquilo posible.

—Álex, ¿qué haces tú aquí? Qué agradable sorpresa. —Sonrió y se acercó para darle dos besos. Álex sintió el impulso de tenderle la mano.

Diego le estrechó la mano, visiblemente contrariado, y la invitó a pasar dentro. No sabía qué era. No sabía si era por lo que las chicas le habían dicho o a qué se debía, pero había algo que le provocaba una sensación de inquietud muy grande. Recordó haberse sentido inquieta también el

día del funeral de su hermana. La mirada de Diego le resultó extraña aquel día. «No todo es lo que parece». De repente, la voz de Diego la sacó de sus cavilaciones:

—¿Quieres un café o algo?

—Un café está bien, gracias.

—¿Solo?

—Con leche, por favor.

—Claro, vuelvo enseguida.

Diego salió de la sala y ella se quedó sentada en el sofá mirando a su alrededor. La habitación estaba llena de fotos de Diego y de sus padres. Él era hijo único. Aunque la habitación estaba decorada demasiado para su gusto, le resultaba acogedora. Los sofás eran de cuero marrón y la madre de Diego parecía tener una pequeña obsesión por los jarrones con flores, ya que solo en esa habitación se podían contar cinco.

Dio un respingo al notar la vibración de su teléfono. Era un mensaje de Leo:

Aquí la tienes. :) Ya le echas un vistazo y me cuentas si te gusta. Me quedo más tranquilo sabiendo que estás bien. Un beso.

Se dio cuenta de que le habría gustado que Leo estuviera ahí con ella. Se habría sentido segura. Como a su madre no le había dicho que había ido a casa de Diego, por un momento barajó la idea de contarle a Leo que estaba ahí, por si acaso... ¿Por si acaso qué? Se estaba poniendo paranoica con sus propias cavilaciones. Abrió el chat y simplemente le dijo:

Ahora en cuanto pueda la veo. Estoy ocupada haciendo unos recados con mi madre, pero en cuanto la lea te aviso. Un beso.

Miró hacia arriba y vio a Diego en el umbral de la puerta. No pudo evitar soltar un grito. ¿A qué venía ese sigilo? Diego se rio, pero a ella se le había acelerado el corazón.

—¿Con quién hablabas? —dijo Diego con una sonrisa que a Álex le provocaba de todo menos tranquilidad.

—Era solo mi madre, que quería saber si llegaría a comer —respondió tratando de parecer lo más tranquila posible.

—Pobre, debe estar destrozada —afirmó mientras dejaba las tazas en la mesa y le pasaba el azúcar. Se sentó en el sillón junto a la mesa, visiblemente más relajado.

¿Qué demonios había sido eso? ¿Qué narices le importaba a él con quién hablaba o dejaba de hablar?

—¿A qué has venido, Álex? —preguntó Diego tratando de sonar lo más educado posible.

—Bueno, solo quería saber qué tal lo estabas llevando. Desde que mi hermana te dejó, no te había vuelto a ver, y no tuve ánimos de hablar en el funeral. ¿Cómo estás? —dijo Álex.

—Bueno, eso no es del todo cierto. No fue Gabi la que me dejó a mí. Nos dejamos ambos de mutuo acuerdo.

Álex esperó, pero él no dijo nada más. Empezó a incomodarse. ¿Gabi había muerto y lo único que tenía que decir era que a él no le había dejado nadie?

—Vaya. No es eso lo que yo tenía entendido —dijo Álex finalmente.

—Pues estabas equivocada —afirmó Diego cortante. Pero acto seguido volvió a sonreír—. La cosa es que simplemente pensamos que era mejor así. Ella no se portó muy bien a veces, y yo siempre le tendré cariño a tu hermana. Por eso fui al funeral a pesar de todo —explicó más tranquilo.

—¿Y por qué lo dejasteis? —Álex trató de sonar amable. Se le estaba formando una idea en la cabeza—. Es que, bueno, lo cierto es que tengo la sensación de que quizás no llegué a conocer a mi hermana del todo y estoy tratando de averiguar cosas de ella para saber más sobre cómo era su vida ahora que ya no está—. No tuvo que forzarse por mostrar pena, pues esa última frase arrancó unas lágrimas que rebosaban sinceridad.

Esperaba de corazón que eso apaciguara la tensión que se había creado y que hiciera a Diego hablar.

—Lo entiendo. Yo conocía a Gabi muy bien. Seguramente, mucho mejor que ella misma. Yo sabía lo que era bueno para tu hermana y lo que no. A veces trataba de hacerle ver que solo pretendía protegerla y hacer lo mejor para ella, pero bueno, tu hermana siempre estuvo un poco loca. —Tenía la mirada fija en la mesa y los ojos demasiado abiertos—. No era consciente de que muchas veces se comportaba de manera estúpida y hacía tonterías, y siempre era yo el que tenía que pararle los pies, ¿entiendes? Por eso se terminó la relación —explicó Diego.

—Sí, claro. Gabi siempre fue muy alocada. —Álex luchaba contra la rabia y trataba de contener las ganas que tenía de zarandearle por hablar así de su hermana fallecida—. Seguro que era muy difícil estar con ella —dijo Álex.

Esperaba de todo corazón que fingir que le entendía le hiciera hablar un poco más. Creía estar acercándose a algo y no podía tirarlo ahora por la borda. Diego no pareció darse cuenta del horror de Álex y continuó:

—¡Uff, sí que lo era! Se empeñaba en ocultarme cosas, pero yo tenía que asegurarme de que no cometiese ninguna locura. Incluso a veces me veía obligado a registrarle el teléfono por si acaso.

Álex no daba crédito. No sabía si le daba más miedo que su hermana hubiese estado viviendo algo así o que la persona que hacía eso hablara como si fuera lo más normal del mundo. Diego prosiguió:

—Seguro que sí sabías que Gabi era una persona muy caprichosa que creía que debía tener lo que ella quería y que estaba dispuesta a todo para conseguirlo. Pero eso no podía ser. A veces salía hasta las tantas con esas amigas tuyas y estaba horas sin escribirme. ¿Crees que eso es normal, Álex? ¡No!

Álex dio un respingo en el sofá. El tono con el que hablaba de una persona a la que supuestamente había querido y ahora estaba muerta daba miedo. Solo había rabia y rencor. Quería salir de allí corriendo.

—Y al final me tocaba a mí ir hasta allí para asegurarme de que todo iba bien y llevarla a casa. Tu hermana era muy irresponsable. Una chica no puede andar por ahí por las noches hablando con todo el mundo. Por eso debía pararle los pies. Tú me conoces, Álex, y sabes que todo lo hacía por su bien. Yo intentaba ayudarla, pero no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado. Por eso finalmente decidimos dejarlo.

«Tú me conoces, Álex». No, era evidente que no solo no lo conocía de nada, sino que era una persona completamente distinta a la que ella creía.

Se armó de valor y contestó de la manera más sosegada que pudo.

—Te agradezco mucho todo lo que me has contado, Diego. Tengo que marcharme, me están esperando mis padres para comer.

—Dales muchos recuerdos de mi parte. Son tiempos complicados para las personas que queríamos a Gabi. —La cara le había vuelto a cambiar y de nuevo estaba ahí esa sonrisa encantadora.

Álex se tragó el impulso de cruzarle la cara, respiró hondo y se encaminó hacia la puerta.

Lo último que vio antes de marcharse fue una mirada de Diego que le heló la sangre.

CAPÍTULO 16

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue escribirle a Leo:

*He leído la esquila y me encantaría que me ayudaras a averiguar la historia que hay detrás.
¿Nos vemos mañana? Un beso.*

En realidad no había tenido tiempo de leer la esquila, lo único que tenía claro es que necesitaba verle.

Entró en la cocina donde estaban sus padres, ya sentados en la mesa y con la comida preparada.

—¿Dónde has ido esta mañana? —preguntó su madre, visiblemente preocupada.

—A dar una vuelta. —Seguía molesta por la tendencia de su madre a meterse donde no la llamaban.

—¿Has ido con alguien? —dijo su padre.

—No, he estado yo sola. ¿Por qué os preocupa tanto? —dijo ya sin poder ocultar su mosqueo.

—Solo te hemos preguntado. Estamos preocupados y no queremos que te pase nada... —explicó su madre.

—Sé cuidarme sola.

—¿Qué es eso? Álex, ¡estás sangrando! —dijo su madre alterada señalándole el brazo.

En el camino de vuelta se había caído de la bicicleta. Iba tan nerviosa y sentía tanta angustia dentro que no vio una de las piedras y se tropezó, haciendo temblar el manillar y cayendo finalmente contra el suelo. Se debió hacer una herida, pero ni siquiera lo había notado.

—¿Qué te ha pasado? —Su madre se comportaba como si Álex tuviese tres años y se hubiese caído del columpio, y eso no hacía más que irritarla.

—No es nada, he tropezado y ya está. Solo es una rozadura. Me voy arriba —dijo Álex ya encaminándose hacia la puerta.

—Pe..., pero si no has comido nada. Papá ha hecho ensaladilla —le contó su madre, elevando el tono.

—Se me ha quitado el apetito.

Subió escaleras arriba y cerró la puerta. Necesitaba estar sola, tenía demasiada información que procesar y muchas ideas que se agolpaban en su cabeza. La visita a casa de Diego le había dejado un sabor de boca horrible y no conseguía saber qué era exactamente lo que lo que le causaba más inquietud. A fin de cuentas, su hermana no le contó nunca nada.

Seguramente, eso era lo que más le inquietaba, el hecho de que su hermana nunca le hubiese contado nada. Y le dolía. Era cierto que no estaban todo lo unidas que podrían haber estado, pero ella quería mucho a su hermana, y si algo le hubiese preocupado mucho se lo habría contado.

Bueno, siendo sinceros, puede que no fuese así. Puede que realmente no hubiese tenido nunca la idea de contárselo. Por mucho que quisiera a Gabi, eran de mundos totalmente distintos y seguramente habría creído que ella no la habría comprendido. Igual así se sentía su hermana respecto a ella. Por eso no le había contado nada.

Pero estaba claro que había algo oculto. *Tenía que pararle los pies*. Dios, esa frase retumbaba en su cabeza como si le estuvieran dando golpes con un martillo. Necesitaba averiguar más cosas y estaba segura de que Celia y Lucía lo sabían todo, pero no podía preguntarles. No podía contarles que había ido a ver a Diego después de lo que ellas le dijeron. Y tampoco podía pedirles que le contaran los secretos de su hermana. ¿Qué podía hacer?

Se dio cuenta de que, por un momento, había estado pensando como si su hermana aún estuviese viva. Como si fuese su deber averiguar qué le pasaba y ayudarla. Pero Gabi ya no estaba. Ahora no podía hacer nada por ayudarla. Aunque sí podía tratar de entender qué le sucedió y de esa manera unirse más a ella. Para eso, al menos, no era tarde.

Con lo mucho que le gustaba a Gabi escribir sobre lo que hacía, siempre le había sorprendido que no tuviese un diario. Que ella supiera, claro. Quizás estaba muy bien escondido y no lo habían encontrado aún.

Tratando de ser lo más cautelosa posible para no alertar a sus padres, fue a la habitación de Gabi y rebuscó por todas sus cosas. Armarios, mesitas, escritorio, cama..., e incluso se tumbó en el suelo a ver si alguno de los listones de madera del suelo estaba ligeramente levantado, lo suficiente como para ser un buen escondite. A veces se dejaba llevar demasiado por su vena de detective privado.

Nada.

No encontró nada por ningún lado. Qué desesperación. Estaba segura de que su hermana tendría que haberlo puesto en algún sitio. En ese tiempo desde que ella no estaba se había dado cuenta de que había muchas cosas de su hermana que ella no conocía, muchísimas... Pero había algo que siempre había caracterizado a su hermana, y era su necesidad de compartir lo que le ocurría, subiendo fotos a sus redes o publicando en su blog.

¡El blog!

Pero cómo podía ser tan tonta a veces. Sí que es cierto cuando en las series policíacas dicen que a veces la verdad está justo delante de nuestras narices y siempre es lo último que sospechamos. Por eso el asesino siempre termina siendo un familiar muy cercano o el mayordomo. Ahí, a plena vista.

Se sentó en la cama de su hermana, mirando hacia la ventana sin ver nada. *Me veía obligado a registrarle el teléfono por si acaso.* Qué desgraciado. Y, de repente, se acordó de aquella vez que su hermana le preguntó cómo se creaba una contraseña segura.

Gabi era la mejor en casi todo, pero los ordenadores y los libros eran el terreno de Álex. A ella le encantaba investigar sobre conspiraciones y casos reales y leía mucho sobre esto. Un día, en la primavera pasada, su hermana se le acercó y le preguntó que si sabía cómo instalar una contraseña segura. Álex la ayudó a cambiar la contraseña del mail y la del blog; incluso tuvo que explicarle que bajo ningún concepto podían ser la misma. En su momento no cayó en la cuenta de por qué podía ser y pensó que sería algo sin importancia, mera cuestión de seguridad, pero ahora todo tenía sentido. Diego.

Por eso su hermana debió pedirle la contraseña segura. Para tener al menos un lugar en el que sentirse confiada lejos de las acusaciones de ese desgraciado.

Se sentó en el ordenador de su hermana y abrió la página del blog. Tenía la sesión cerrada. Y claro, mierda, ahora no se acordaba de cuál era la contraseña segura. Cuando ayudó a su hermana a instalarla, Gabi se la dijo para que ella la pusiera, pero ya hacía bastante de eso. Solo recordaba que empezaba por Justin, porque su hermana de toda la vida había sido fan de Justin Timberlake. Y la segunda mitad era una fecha. Debía ser algo importante para ella.

Introdujo el mail como usuario y probó suerte con la fecha de nacimiento de su hermana. Nada. Tenía sentido. Diego habría averiguado eso enseguida. Probó con la suya, pero tampoco hubo suerte. Notando que la frustración empezaba a hacer mella, y sin querer bloquear la cuenta con más intentos fallidos, se levantó para estirarse un poco. Se acercó a un corcho que tenía su hermana lleno de fotos. No pudo evitar sonreír al ver que ella estaba en una de ellas.

Era una foto de cuando eran niñas. Su madre se empeñaba en vestirlas iguales a pesar de la diferencia de edad, y en esa en concreto llevaban el mismo bañador de flores. Estaban en el río. Seguramente sería una de esas excursiones que hacían en familia junto a sus abuelos. Esas excursiones las habían hecho desde que ella tenía uso de razón.

Se dio cuenta también de que había varios huecos en los que se notaba por la marca en el corcho que había habido fotos colgadas. Supuso que serían de Diego y que las habría quitado en cuanto lo dejó con él. Menos mal. Todas las demás fotos eran de ella con Lucía y Celia. También había otras amigas suyas del pueblo, pero en la mayoría salían siempre ellas tres. *Las tres mosqueteras*, solía llamarlas su madre, ya que iban juntas a todas partes.

Álex siempre había envidiado a Gabi por eso. De forma sana, claro. Ella se alegraba por su hermana y le gustaba que fuera feliz, a pesar de tener sus desencuentros como hermanas. Pero eso era algo que Álex nunca había tenido. Mejores amigas. Siempre le costó mucho hacer amigas y se llevó bastantes decepciones con gente a la que ella le había abierto su corazón, así que desde hacía unos años se había formado una coraza para impedir que volvieran a hacerle daño y se refugió en los libros. Ellos no la hacían daño. Pero a Álex le habría encantado tener unas amigas como Lucía y Celia a su lado.

¡Eso era! Lucía y Celia, claro. Se dio varios golpes con la mano en la frente y se recordó a sí misma lo bien que se le daba a veces olvidar cosas importantes. Pero también se felicitó por ser capaz de caer en la cuenta de esos detalles tarde o temprano. Hay que ser crítico con uno mismo, pero el refuerzo positivo también es importante.

Se alejó un poco del corcho y observó todas las fotos desde lejos. Ahí estaba. Era una polaroid en la que aparecía su hermana, muy iluminada en primer plano, haciendo el símbolo del corazón con las manos y, justo detrás, al fondo y más oscuras, Lucía y Celia dándose un beso en los labios. Debajo ponía una fecha: 28/06/2015. Hacía tres años de la foto, los que Celia le dijo que llevaban saliendo ella y Lucía. El hecho de que la foto tuviese la fecha escrita debajo debía ser significativo. Debía ser el día que empezaron a salir juntas de manera «oficial» o algo así. Tenía que ser esa.

Volvió rápido a la mesa del ordenador y debajo del mail, en la casilla de la contraseña, introdujo: «Justin28062015». Un segundo después, había accedido al blog. Por fin. Deslizó el ratón hacia la pestaña en la parte superior derecha y se desplegó un menú. Dentro de él estaban los nombres de las categorías donde publicaba su hermana: Viajes, Maquillaje, Trucos, etc., y todas tenían el dibujo de un lápiz justo al lado.

Deslizó el cursor hasta abajo del todo, y allí encontró lo que buscaba: había una pestaña que ponía la palabra «Privado» y un candado justo al lado. Estaba en modo oculto, por eso tenía el candado, y solo lo podía ver la persona que era propietaria del blog. Cuando entró, Álex se quedó blanca.

Ahí estaba todo. En ese espacio era donde su hermana había contado todas las cosas que no iban bien de esa relación que ella había creído que era perfecta, pero que era de todo menos eso.

Entre los títulos de las entradas se leían cosas como:

«Esta relación me está asfixiando».

«He dejado de ser yo».

«No puedo estar tranquila».

«Me siento encarcelada».

«PRISIONERA».

También había publicaciones posteriores a la ruptura:

«Necesito que me deje en paz».

«No puedo hacer mi vida».

«Necesito seguir adelante».

Y la última entrada del blog. La última publicación que Gabi había escrito antes de morir:

«Voy a acabar con esto de una vez».

La fecha era del día anterior a su muerte. Justo el día anterior al que la policía encontró el coche de su hermana hecho pedazos en la carretera secundaria que iba desde el pueblo de Diego hasta la ciudad. Era una carretera pequeña y estaba muy mal iluminada, pero se trataba del camino más rápido para volver a casa. En esa ocasión, para Gabi fue el más largo porque nunca llegó.

La policía preguntó en su momento a Diego si sabía algo de ella o si había ido al pueblo para reunirse con él, pero él aseguró no saber nada de ella desde que dejaron la relación. Todos creyeron entonces que Gabi se habría ido de fiesta por la zona con algunos amigos, pues ella conocía a mucha gente allí. Nunca se dio más vueltas al asunto.

Álex presionó el título de la publicación y se abrió el texto completo. Respiró hondo varias veces y trató de mentalizarse para lo que iba a leer. Lo único que sentía eran ganas de abrazar a su hermana y decirle que todo iba a ir bien. El texto comenzaba así:

Hoy voy a ponerle fin a todo de una vez por todas. Estoy tan cansada de sentirme atrapada aun después de haber salido de la jaula. No puedo seguir viviendo así, seguir viviendo con miedo y con la sensación de que de un momento a otro aparecerá. Me merezco ser feliz y libre.

El texto continuaba explicando cómo Diego había seguido acosándola con mensajes aun después de haberlo dejado.

Lo dejamos ambos de mutuo acuerdo. Desgraciado. Gabi no le dejó, tuvo que apartarlo a la fuerza y huir. Maldito mentiroso y manipulador.

Contaba que ya había aguantado suficiente y que no podía seguir así. Que ni siquiera podía salir con sus amigas porque siempre había alguno de los amiguitos de Diego por ahí haciendo de intermediario. Era como sentir la constante sensación de que estaba ahí espiándola y aguardando el momento para atacar.

También contaba que Celia y Lucía la habían intentado ayudar, pero que ella nunca les había podido contar con total sinceridad lo que ocurría con Diego. Sabía que ellas se habrían enfrentado

a él y no quería poner en peligro a ninguna de las dos. Esa era una de las principales razones por las que se había abierto ese blog privado.

Aquí lo puedo escribir todo, sin filtros, porque sé que así nadie más se verá afectado por esta situación que he provocado. Esto es algo que tengo que solucionar yo y debo hacerlo sola. Espero que esta sea la última entrada sobre esto y que todo termine hoy.

Y así había sido. Esa era la última entrada del blog, y siempre lo sería. Álex sentía como si unas espadas le atravesasen todo el cuerpo. Le dolía tanto que era como si el dolor fuese algo material que estaba presente en esa habitación con ella y que podía tocar. ¿Por qué no pidió ayuda? ¿Y por qué jamás se lo dijo? ¿¿Por qué??

En realidad creía saber la respuesta. De repente, esa frase que le decía su hermana y que tanto le sacaba de quicio cobraba más sentido que nunca: «Haz lo que diga, no lo que haga». Sabía que su hermana solo había tratado de protegerla, pero en su empeño de proteger a la gente a la que quería..., a ella, a sus padres, a sus amigos, dejó de protegerse a sí misma.

Aunque esto le dolía como si le estuviesen arrancando el corazón, lo cierto era que una parte de sí misma no podía evitar sentir cierto alivio al conocer por fin muchas cosas que ella desconocía. Era como darle un significado a muchas partes de su vida que había sentido como si estuviesen en blanco. Y despejar esa incertidumbre y esas dudas que habían ido surgiendo fue algo que agradeció. El hecho de saber de alguna manera lo que había ocurrido era algo que sin duda le ayudaría a afrontar de manera distinta la tristeza que sentía. Claro que había cosas que solo sabía Gabi, y esas cosas murieron con ella cuando se marchó.

Ya en su cuarto, se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo. Estaba compuesto por vigas de madera que atravesaban la habitación de un lado a otro. Recordaba el miedo que le daban cuando era pequeña. La luz solía proyectar sombras en ellas, y como la madera ya era antigua, solía hacer ruidos al contraerse. Pensó en todas las noches que se escabullía al cuarto de su hermana y se abrazaba a ella para protegerse del monstruo que vivía en el tejado. Su hermana siempre se hacía la valiente y decía que no había nada que temer, pero ella sabía que en el fondo Gabi tenía tanto miedo como ella.

Pero así había sido siempre. Gabi la había cuidado aunque su miedo fuese incluso más real que el suyo. La había protegido de los monstruos ficticios que Álex creía que habitaban en los rincones oscuros, pero de quien más había que protegerse era de los monstruos que salen a la luz disfrazados de personas.

Aquella noche, Gabi debió de ir con la intención de poner fin de una vez por todas al acoso al que Diego la tenía sometida. Según había leído en las entradas del blog, le mandaba mensajes a todas horas y sabía a quién veía y a quién dejaba de ver. Su hermana debía de sentir miedo de que Diego pudiese cruzar la línea y hacer daño a alguna de las personas que estaban a su alrededor.

Recordó la sensación que tuvo cuando estaba en casa de Diego, la necesidad que había tenido de salir corriendo de allí, sin más idea de lo que había pasado que la que ella misma se había

formado en su cabeza. Recordaba también la sensación de inquietud y angustia constante de sentirse encerrada ahí dentro y de necesitar salir de aquel lugar para respirar. Le bastaron veinte minutos con Diego para sentir parte de lo que su hermana tuvo que aguantar durante tanto tiempo. Se cayó de la bicicleta porque su cabeza estaba aún en lo que había sucedido. Pero para Gabi no fue una bicicleta. Era un coche, una carretera oscura y algo que Gabi no debió de ver.

Se limpió las lágrimas que le caían por la mejilla. Cogió el móvil y leyó en la pantalla un mensaje de Leo:

¿A las 12.00 mañana en la biblioteca te parece bien?

Ella respondió:

Nos vemos en la puerta.

CAPÍTULO 17

Extrañamente, esa noche descansó más de lo que lo había hecho en los últimos días. Lloró hasta caer rendida, pensando en su hermana y en todo lo que debió pasar. No era capaz de hacerse a la idea de lo mucho que tendría que haber sufrido tratando de aparentar que todo iba bien, pero luchando contra esos demonios ella sola.

Se miró al espejo y se vio los ojos hinchados como si fueran dos peces globo. Apenas podía abrirlos y, desde luego, el tono rojizo que teñía sus córneas tampoco ayudaba a disimular nada. Se hizo una coleta alta, se puso una sudadera, unas mallas y sus deportivas más viejas. Le encantaba ir con ropa cómoda porque en cierta forma le daba la sensación de no haber salido de casa. Buscó en el cajón de la mesita y sacó sus gafas de sol. Eran de pasta, negras y lo suficientemente grandes como para tapar una gran parte de su cara. Las metió en la mochila y bajó las escaleras.

Miró por la ventana y vio que el coche de sus padres ya no estaba. Fue un alivio para ella. Por muy mal y ausente que estuviese su madre, no habría podido pasar por alto la cara de Álex esa mañana, y habría tenido que enfrentarse a otra rueda de preguntas al estilo del FBI a las cuales ella no tenía ni fuerza ni ganas de responder.

No podía evitar seguir un poco molesta por la constante necesidad de sus padres de meterse en sus asuntos, pero, después de los acontecimientos recientes, se sentía culpable por haberles hablado así. Era normal que se preocupasen por ella, y más con todo lo que había sucedido, aunque Álex odiaba sentirse como una niña pequeña a la que siempre tenían que proteger.

Pero sus padres no tenían la culpa de nada, y seguramente les destrozaría el corazón en mil pedazos saber lo que ocurrió realmente. Ella no podía permitir eso. Sus padres ya estaban sufriendo la más grande de las pérdidas y echar más leña al fuego no aportaba nada. Ya no había nada que se pudiera hacer.

Llegó quince minutos antes, así que se sentó en un banco que había justo en la acera de enfrente a esperar. Sacó las gafas de sol de la mochila y se las puso, esperando que Leo no se diese cuenta de que llevaba gafas estando nublado.

Había dos pájaros jugueteando justo a sus pies y se quedó mirándolos. ¿Qué pensarían? ¿Tendrían miedo? ¿Qué sentían cuando veían acercarse a las personas, esos seres infinitamente más grandes que ellos? Seguramente ellos no tendrían miedo, porque disponían de alas, unas alas para salir volando de cualquier situación que los asustase. Eran libres. O eso creía. ¿Qué sabía ella? Desde luego, poca cosa.

Trataba de pensar en qué cosas sabía ella de Leo. ¿De dónde era él? No lo sabía. ¿Alguna vez le había hablado de su familia? No, nunca. ¿Sabía algo más de él además de su «afición» de

ayudar a las almas perdidas? Realmente no.

Lo único que conocía de Leo era que algo de él le hacía sentir como en casa, pero ¿podía estar segura de eso si realmente no le conocía? Podría ser que Celia y Lucía tuvieran razón, e igual no debía dejarse llevar ciegamente por lo que sentía sin saber primero dónde se metía. Pero esa corriente...

—Hola —dijo Leo.

Álex dio tal brinco que los pájaros salieron volando como alma que lleva el diablo.

—¡Hola! No te he oído llegar, vaya susto —respondió, tratando de recomponerse.

—No pretendía asustarte, pero parece que se está convirtiendo en una costumbre —dijo él sonriendo.

Su sonrisa en persona era mucho mejor que la que ella recordaba cuando no estaba con él. Realmente le parecía tremendamente atractivo, y sus ojos negros seguramente habrían sido el lugar que ella habría escogido para refugiarse el resto de su vida si hubiese podido. Encontraba calma y sosiego en ellos, pero ahora no podía evitar ver también un abismo de preguntas sin resolver.

—Sí, parece que sí —contestó ella devolviéndole la sonrisa—. Oye, no he desayunado nada. ¿Te importa si tomamos algo antes de entrar?

—Claro que no... ¿En la cafetería del otro día?

—Esa es perfecta.

Tenía tantas sensaciones contradictorias. Por un lado, Leo seguía suscitando en ella lo mismo de siempre. Le daba un calor que le ayudaba a sentir cosas que el dolor le había impedido sentir hasta ahora. Pero, al mismo tiempo, ahora no podía evitar tener dudas y sentirse contrariada. Realmente no sabía apenas nada de él, por mucho que la conexión fuese tan fuerte. No podía obviar el hecho de que él seguía siendo un desconocido para ella en muchos aspectos. Bueno, en casi todos.

Nunca había sido propio de ella hacer las cosas de manera tan impulsiva, pero con él no había podido evitarlo. Seguramente, el momento de su vida en el que se encontraba había propiciado ese comportamiento. Se aferraba a lo que le había hecho sentirse viva desde que Gabi había muerto. Qué irónico era que hubiese sido su hermana la que se había ido, pero que ahora fuera ella la que se sentía así.

Eso no quería decir que el atractivo que veía en Leo y lo que le gustaba de él no fuesen cosas reales, pero, de no haberse encontrado en esa situación, era probable que lo hubiese dejado pasar. Nunca se habría atrevido. Ser valiente siempre había sido el terreno de su hermana. Y ahora ella también jugaba en ese campo.

Llegaron a la cafetería y, después de pedir, Leo se sentó justo en la misma mesa en la que se habían sentado la última vez que estuvieron ahí. Qué *déjà vu*.

—Oye, solo por curiosidad... —dijo Leo dubitativo—. ¿Por qué llevas gafas de sol? —Sonrió, esperando que no le hubiese molestado su comentario.

Mierda. Se había dado cuenta.

—¡Ah! Ya, sí..., vaya —dijo Álex riendo nerviosa mientras se quitaba las gafas—. Pensaba que hacía más sol... Qué tonta.

—Álex... —exclamó Leo cambiando el semblante por completo—. ¿Has estado llorando? Tienes los ojos muy hinchados y rojos. —Se le notaba la preocupación en cada sílaba.

Álex no podía evitar sentirse reconfortada cuando Leo se preocupaba por ella. ¿Cómo iba a dudar de él?

—Sí, bueno, no te preocupes. Ha sido una noche mala, nada más —explicó ella tratando de sonar convincente—. Por las noches a veces me dan bajones, pero estoy bien. De verdad.

—Álex, ¿hay algo que no me estás contando? —preguntó muy serio—. Estoy preocupado, te noto ausente... Creo que me ocultas algo.

—¿Por qué dices eso? —Álex no entendía nada.

—Ayer pasé por tu casa cuando volvía del cementerio —dijo Leo—. Y vi a tu madre por la ventana de la cocina, pero tú no estabas y me preocupé. Me dijiste que tenías que hacer unos recados con ella y, claro, yo...

—¿Me estabas espiando? —le cortó Álex sin dar crédito.

—¿Qué? ¡Claro que no! Fue cuando te mandé el mensaje con la esquila. Había ido al cementerio a hacerle una foto y tu casa me pillaba de camino. Al ver a tu madre en casa y a ti no, me preocupé, eso es todo. —Leo estaba muy desconcertado—. ¿Por qué crees que te iba a espiar?

—Porque no sé quién eres, Leo —le espetó Álex sin poder contenerse.

Acto seguido se paró en seco. Leo se había quedado con los ojos como platos, pero las palabras se le habían escapado sin poder retenerlas. Después de la conversación con las chicas y todo lo que había descubierto sobre Diego y su hermana, ya no estaba segura de nada. No es que antes lo tuviera claro, y no se había parado a pensarlo tan detenidamente.

—Lo siento. No quería gritarte. —Álex no sabía cómo explicarse—. Pero lo cierto es que, si me paro a pensarlo, no sé nada de ti —dijo finalmente.

—Álex, sabes muchas cosas de mí. Sabes más que nadie —le respondió Leo, perdido, y apartó

la vista. Parecía estar a punto de llorar.

—No, Leo. Sé lo que haces. Lo he visto con mis propios ojos y es maravilloso. Pero lo cierto es que eso es lo único que sé —dijo Álex con el corazón en la boca. Era la verdad.

—Eso es lo único que tienes que saber. Ese soy yo, es quien soy. —Leo sonaba desesperado, como si tratara de evitar por todos los medios algo que veía llegar de forma inminente.

—¿Y el resto del tiempo? —le preguntó ella—. No sé nada de tu vida. No sé de dónde vienes. No sé dónde vives. No sé quiénes son tus padres y si les parece bien que siempre andes solo, o si saben lo que haces. No sé si tienes hermanos o si...

—Se acabó —dijo Leo levantándose. El chirrido de la silla hizo que varias personas que estaban en la cafetería giraran la cabeza para contemplar el espectáculo.

El ser humano es curioso por naturaleza, y todo lo que sea contemplar problemas que le hagan olvidar los suyos por unos instantes, bienvenido sea.

—Pe... ¡Pero, Leo! —Álex se levantó torpemente de la silla y trató de detenerle como pudo—. ¡Deja de hacer eso! ¿Por qué siempre tienes que huir cuando intento saber algo más de ti? —Sentía tanta frustración que se le hacía una bola en la garganta.

Leo se giró y clavó en ella esos dos pozos sin fondo que tenía por ojos:

—Ya te he contado todo lo que tienes que saber de mí. Si eso no te basta, lo mejor será que no nos veamos más. —Leo se giró y comenzó a andar con una rapidez que a Álex le habría sido imposible igualar.

Además, tenía que pagar las bebidas si no quería que la señalasen con el dedo por el pueblo como si fuese una morosa.

¿Cómo podía confiar en él? ¿Quién demonios era Leo?

CAPÍTULO 18

Necesitaba hablar con ellas. Necesitaba darles un abrazo y contarles cómo se sentía. En cierta manera, Lucía y Celia se habían convertido un poco en la figura de su hermana. O al menos así quería que fuese. Se arrepentía mucho de no haber formado parte de la vida de Gabi tanto como hubiera debido, de que no se hubiesen apoyado más la una en la otra y se hubiesen confiado sus miedos y preocupaciones. Así que quería tratar de enmendarlo de alguna manera, y ella sabía, ahora más que nunca, que su hermana seguía viva de alguna manera gracias a ella y a personas como Celia y Lucía.

Dudó mucho si escribirles un mensaje o no, ya que la última vez la cosa no había ido precisamente bien. La verdad es que habían tenido mucha paciencia con ella. No era la primera ocasión en que Álex se comportaba así, pero la última vez se había pasado de la raya. Al final se armó de valor y les escribió que quería verlas y que necesitaba hablar con ellas sobre algo importante.

Respondieron enseguida, y Celia le dijo que iban a estar en su casa las dos, que podía pasarse cuando quisiera.

Unos minutos después, ya había llegado a casa de Celia. Lucía vivía algo más lejos, aunque «lejos» en lenguaje de pueblo se traducía por diez minutos andando como mucho. Celia vivía en su misma calle, que tenía forma de U. La casa de sus abuelos estaba justo en el centro de la curva y la casa de Celia estaba bajando por el lateral derecho. Las dos estaban separadas por unas cuatro casas en total.

Desde niñas, siempre estaban las tres juntas y solían ir a casa de Celia porque tenía una buhardilla enorme donde jugar. Cuando eran más pequeñas jugaban a inventarse historias con los muñecos. Ya de adolescentes, se dedicaban a crear coreografías que ellas consideraban dignas de concurso, pero que a Álex le parecían ridículas. Era lo único para lo que ella había subido allí. Las chicas le pedían siempre que subiera a ver sus bailes antes de mostrárselos a todo el mundo en el escenario que ponían en la plaza cuando eran las fiestas del pueblo. Hacían un concurso en el que participaban todos los años, sin excepción. Álex pensaba que a ella le habría dado un infarto de haberse subido ahí a bailar delante de toda esa gente. Seguramente se hubiese desmayado en cuanto hubiesen pulsado el *play*. Pero ellas no, las tres amigas bailaban convencidas de ser las reinas de la pista, como si la canción *Dancing Queen* de ABBA la hubiesen escrito pensando en ellas. Nunca habían tenido ninguna vergüenza, pero, desde luego, su hermana era la que menos tenía de las tres.

Celia abrió la puerta y, como si alguien la hubiese empujado por detrás, Álex se lanzó a abrazarla. Celia le devolvió el abrazo y le acarició la cabeza. Sintió cómo se le humedecían los ojos.

—Perdóname por lo del otro día, sé que solo querías protegerme —dijo Álex con la cabeza aún hundida en su hombro.

—Está todo olvidado, Álex —le dijo Celia separándola de ella y limpiándole las lágrimas de las mejillas—. Vamos. ¿Quieres un café? Lucía está arriba, en la buhardilla.

—Sí, por favor, me vendrá bien. —Álex siguió a Celia hasta la cocina.

—¿Con leche, verdad? —preguntó Celia sacándola de la nevera.

—Sí. Muy caliente si puede ser.

—Vaya. —Celia rompió a reír—. Otra cosa más que teníais en común.

—Sí, bueno —dijo Álex, también riendo—: Las cosas frías, muy frías, y las calientes...

—Ardiendo —concluyó Celia—. Mujeres de contrastes.

Celia le tendió el café. Olía delicioso.

Subieron los dos pisos que conducían a la buhardilla. La recordaba más grande, aunque seguramente tenía mucho que ver el hecho de que la última vez que subió ahí tendría unos diez años.

Lucía estaba sentada en uno de los pufs que había junto al sofá, en la pared del fondo. Álex le tendió el café a Celia y corrió a abrazarla también. Lucía le devolvió el abrazo y le dijo que no se preocupara, que todo estaba bien y que solo querían ayudarla. Álex ocupó el otro puf que había al lado de Lucía y Celia se sentó en el sofá con las piernas cruzadas. Le devolvió el café a Álex.

—Chicas, teníais razón. Nada es lo que parece —soltó Álex sin poder contener las palabras, pues hablaba rápido y de manera torpe—. Pero hay otra cosa en la que nos parecemos mi hermana y yo, y es en lo testarudas que somos.

—Ya nos imaginábamos que no ibas a poder mantenerte al margen. También os parecéis mucho en eso, sí. Hasta que no averiguáis lo que queréis, no paráis —dijo Lucía con una sonrisa cálida.

—Ayer descubrí algo, algo que creo que debéis saber —dijo Álex en tono serio—. Ayer fui a ver a Diego y me di cuenta de cómo hablaba de Gabi. Y empecé a preocuparme, me di cuenta de que había algo allí que no sabía.

—¿De qué estás hablando, Álex? —preguntaron las dos al unísono.

—Veréis..., tenía muchas ideas rondándome la cabeza y estaba muy abrumada por la situación. —Álex trataba de ordenar sus pensamientos. —Me sentía culpable por no haber estado ahí para Gabi y de algún modo quería compensárselo averiguando algo que me permitiera acercarme más a

ella.

—Álex, tu hermana te quería mucho. Nunca pensó que no la apoyarás, simplemente erais distintas, pero eso no hace que... —Celia no pudo acabar la frase.

—Encontré el diario de mi hermana —dijo Álex.

—¿Tu hermana tenía un diario? —dijo Lucía sorprendida—. Jamás nos había hablado de eso. Gabi nos lo contaba todo.

—No os lo contó para protegeros, igual que vosotras hicisteis conmigo —explicó Álex—. Yo tampoco tenía constancia de que mi hermana tuviese un diario; de hecho, no es un diario como tal. —Trataba de explicarse lo mejor que podía.

—¿Entonces qué se supone que es? Álex, no entiendo nada. —Celia estaba confusa y notaba la impaciencia en su voz. Lucía le tocó el hombro para calmarla.

—¿Os acordáis del blog de mi hermana? —preguntó Álex mirándolas a ambas.

—Como para no acordarse. Tu hermana siempre estaba hablando del blog y nos obligaba a leer las entradas antes de publicarlas. Ya sabes cómo era de perfeccionista. —Celia puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza.

—Pero ¿qué tiene que ver el blog con todo esto? —dijo Lucía —Espera... —Abrió mucho los ojos y, mirándola fijamente, dijo—: El blog era el diario.

Celia se pasó las manos por su espesa melena, estupefacta.

—Exacto —aclaró Álex, asintiendo con la cabeza—. Al principio no reparé en eso. Me tiré un buen rato buscando un diario porque conocía a mi hermana y sé que tenía la necesidad de expresar todo lo que tenía en la cabeza, así que debía de estar en algún lado. Pero el diario no aparecía por ninguna parte. Estaba a punto de rendirme cuando pensé en el blog. Gabi me había pedido ayuda para instalar una contraseña segura en el blog hacía un tiempo y pensé que eso podía estar relacionado.

—¿Por qué iba tu hermana a ponerse una contraseña segura en el blog? Acaso pensaba que alguien iba a... —Pero, de repente, Celia miró a Lucía.

—Diego —dijeron ambas.

Notó cómo sus caras cambiaban de expresión por segundos. Si la rabia y la ira hubiesen tenido rostro, serían esos.

—Maldito hijo de... —Celia respiró hondo y trató de contenerse. Lucía la cogió de la mano y le acarició la espalda. Se volvió de nuevo hacia Álex.

—¿Cómo lograste entrar en el blog? ¿Gabi te dio la contraseña? —preguntó Lucía, extrañada.

—Me la dio cuando se la instalé. No recordaba cuál era, solo recordaba que era Justin y una fecha. —Las tres sonrieron, recordando lo fan que era Gabi—. Lo intenté un par de veces, pero no tuve suerte.

—Tras dar un par de vueltas para intentar recordar la vi delante de mis narices. —Álex gesticulaba con las manos—. Mi hermana tenía un corcho con fotos y en él había solo una foto que tenía fecha. Introduje esa y conseguí iniciar sesión.

—¿Qué fecha era? Si se puede saber, claro. —Celia se había calmado un poco.

—La fecha en la que comenzasteis a salir.

Celia y Lucía se miraron.

—Había una foto vuestra dándoos un beso y ella haciendo la forma del corazón con la mano. Supongo que fue un momento importante para ella.

Celia y Lucía comenzaron a llorar. Se limpiaron las lágrimas la una a la otra. Se había esfumado la hostilidad. Por ahora. Álex no sabía cómo decirles todo lo que había encontrado en el blog.

—En el blog... —prosiguió Álex— había una etiqueta que se llamaba «Privado». Ahí es donde encontré todo. Había muchas entradas escritas desde hacía tiempo que tenían lugar mientras estaba con Diego. Pero también había algunas posteriores a la ruptura. La última... tenía la fecha del día anterior a cuando la encontraron.

Ambas la miraron fijamente, pálidas y con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué quieres decir con eso, Álex? —Lucía casi le rogaba, más que preguntar.

—Por lo visto, Diego siguió molestándola y acosándola después de la ruptura y ella finalmente se hartó y decidió acabar con eso. —Vio que Celia abría la boca y Álex cayó en que no se había explicado bien—. ¡No! Por supuesto que no es lo que estás pensando, ¡por Dios, no! Lo que quería era enfrentarse a él y decirle que la dejara en paz definitivamente. No podía seguir así más tiempo. Seguramente, después de pelearse cogería el coche estando muy nerviosa y, en fin... —No pudo terminar la frase—. No sé cuánto sabíais vosotras de la historia, pero imagino que ella no os lo quiso contar todo por protegeros y alejaros de alguien como él.

—Maldita sea esa necesidad que tenía de proteger a todo el mundo menos a ella misma. Esa tozudez es la que nos ha arrebatado a Gabi —dijo Celia. El blanco de su cara se había transformado en rojo y se tapaba la cara con las dos manos—. Si algún día me vuelvo a cruzar a ese cabrón, te juro que le...

—Ya está, mi amor. —Lucía le cogió la cabeza entre las manos y le dio un beso—. Ya está.

Nunca sabremos lo que ocurrió, pero no te hagas mala sangre. Gabi no habría querido eso. Estoy segura de que ella está aquí con nosotras de alguna manera y lo único que podemos es recordarla como la persona que era, un ser de luz.

Si ellas supieran..., pensó Álex. Su hermana estaba mucho más cerca de lo que ellas creían y, mientras todas la recordaran como la persona que era, eso siempre sería así.

—Álex, ¿ahora entiendes por qué debes alejarte de ese chico? —dijo Celia.

A Álex le pilló con la guardia baja. Se había dado cuenta de que realmente no conocía a Leo, pero él no era como Diego, de eso estaba segura. Porque lo estaba, ¿no?

—Celia... Leo no es así, de verdad. Sé que no lo conozco lo suficiente, pero lo siento dentro. Algo me dice que él es bueno, y siempre que hemos estado juntos se ha portado muy bien conmigo. —Álex casi le imploraba a Celia que la comprendiese.

—Seguramente eso creía tu hermana también de Diego, y las cosas no resultaron ser como ella creía... —dijo Lucía con suavidad.

—Chicas, sé que lo decís por mi bien. Pero tengo que averiguarlo por mí misma y mi corazón me dice que Leo es alguien que solo necesita que le comprendan. Os juro que iré con cuidado, pero necesito resolver esto —sentenció Álex.

—Por favor, no te fíes de nada, y ante cualquier cosa rara llámanos al momento, ¿de acuerdo? —le pidió Celia. Estaba claro que no era una pregunta.

—Prometido —dijo Álex.

Les dio un abrazo a cada una cuando estaban en la puerta y se marchó a casa. Sentía como si le hubiesen quitado veinte kilos de encima, pero aún le quedaban cosas que solucionar.

CAPÍTULO 19

Le había escrito un mensaje a Leo el día anterior y seguía sin haber respondido. A Álex le dolía en el alma que las cosas estuviesen así y necesitaba ponerle fin a esta situación. Abrió el chat que tenían en común y buscó la esquila que él le había mandado. Nunca llegó a abrir la foto. Todo se había complicado.

Pequeño, te fuiste, pero enorme es el espacio que ocuparás por siempre en nuestros corazones. Eres nuestro ángel de la guarda. Algún día mamá y papá volverán a buscarte. Te queremos más que a nada. Pablo, 2014-2018.

Dios mío. Era un niño pequeño, qué horror. No podía imaginarse algo peor que perder a un niño tan pequeño. Al menos su hermana tuvo tiempo para disfrutar de la vida, hacer amigos, enfadarse, estar triste, reír, llorar... Pablo nunca podría hacer nada de eso.

La facilidad con la que lloraba últimamente era pasmosa, pero estaba aprendiendo a sacar sus emociones fuera y no retenerlo todo dentro. Y era algo natural que tras la muerte de su hermana estuviese mucho más sensible. Todo le afectaba muchísimo y algunas cosas se le hacían un mundo.

Respiró hondo y escribió un nuevo mensaje:

Leo, de verdad que me gustaría poder hablar de todo esto y solucionarlo juntos. Voy a ir a la biblioteca a investigar la esquila que me mandaste, me gustaría que vinieras. Te espero allí. Un beso.

Se quedó un rato sentada en la cama pensando en todo lo que había pasado. Pensó en la conversación que tuvo con su abuelo. En esa brisa de aire y lo que eso podía significar. Pensó en todas las cosas que había sentido estando con Leo. La electricidad cuando él la tocaba, el calor que le hacía sentir solo con sonreír y la calma que reinaba en ella cuando estaban bien. No había podido contarle lo de su abuelo, porque habían pasado demasiadas cosas.

Pensó en sus padres, en lo mucho que estaban sufriendo y en lo poco que ella se había esforzado por ponerse en su lugar. Claro que Álex tenía también su propio duelo, pero no por eso debía pagarlo con ellos. Ese era un momento de estar unidos y ella no había contribuido a ello. Su padre estaba destrozado, pero llevaba el dolor a su manera. Era una persona más racional y práctica, y eso lo aplicaba a todo. Supervivencia. Pero su madre no era así. Su madre era emocional, visceral, y siempre se había preocupado en exceso por sus hijas.

Se había enfadado con su madre por sobreprotegerla y meterse tanto en sus asuntos, pero ¿cómo podía culparla? Ahora que era consciente de todo lo que sabía, no podía sino entenderla. Tenía la cara de Diego grabada a fuego en la cabeza. Esa mueca en forma de sonrisa. Malnacido.

Dudaba enormemente de que su madre supiera exactamente lo que le estaba pasando a Gabi antes de morir. De saberlo, habría sido ella la que habría ido a casa de ese desgraciado sin pensarlo dos veces. Pero una madre es una madre. Una madre sabe cuándo algo le pasa a su hija, aunque no sepa en realidad qué es. ¿Y qué es lo que más afecta al ser humano? Exacto, la incertidumbre. Para su madre, sentir que su hija no estaba bien y no saber qué era lo que le preocupaba debió de ser un infierno. Pero su hermana era así, ella tenía que solucionar todo sola.

¿Cómo no iba su madre a preocuparse por lo que hacía o con quién estaba? Ya había perdido a una hija. Conocía a su madre lo suficiente como para saber que se culpaba día tras día de no haber sabido evitarlo. Pero nadie podía evitarlo.

Quizás eso era lo que la brisa de aire significaba. Quizás era su abuelo tratando de hacerle ver que, además de pensar en su hermana, tenía que pensar en su madre. Que ella aún estaba aquí y tenía que ayudarla, debían ayudarse mutuamente.

Bajó las escaleras y entró en la cocina. Encontró a su madre sentada con un café y haciendo esos pasatiempos del periódico que tanto le gustaban. La miró desde el marco de la puerta.

—Nunca te cansas de hacer esos crucigramas, ¿eh? —dijo Álex ladeando la cabeza.

—Me ayudan a distraerme y no pensar. Hay que estar concentrado. Parecen fáciles, pero no lo son tanto —contestó su madre sin levantar la vista del papel.

Llevaba esas gafas rojas tan divertidas que se le resbalaban hacia la punta de la nariz y siempre utilizaba el boli que le regaló el abuelo.

—Bueno, eso está bien, mamá —dijo sentándose a su lado—. Oye, quería decirte algo.

—Claro, hija, dime. —Su madre soltó al fin el boli, se colocó bien las gafas y se volvió hacia ella.

—Mamá, siento cómo me he comportado estos días. Sabes que siempre he valorado mi intimidad y que a veces puedes parecerme, cómo decirlo, demasiado protectora —dijo Álex con tacto.

—Lo sé, hija, y no quería molestarte. Es solo que después de lo de tu hermana, yo...

—Lo sé, mamá, lo sé. Sé que lo haces con la mejor de las intenciones y de verdad que te lo agradezco. Estoy bien, dentro de lo que cabe, claro, y quiero que estés tranquila —dijo Álex cogiendo la mano de su madre.

—Pero, cariño, no puedo evitar preocuparme. Si te pasara algo, yo...

—Mamá, tranquila, me conoces. —Álex le acarició la cara a su madre—. No me va a pasar

nada. No estoy haciendo cosas peligrosas ni nada de eso, simplemente necesito tiempo para mí y para llevar esto de la mejor manera posible —explicó Álex.

—Vale, hija. Pero prométeme que si necesitas ayuda me lo dirás, por favor. —Álex le secó una lágrima a su madre de la mejilla y la abrazó.

—Prometido, mamá.

Cuando Álex iba a salir de la cocina se giró y le dijo:

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, cariño —dijo su madre con una sonrisa. Era una sonrisa sincera y llena de complicidad, y Álex sintió que el corazón se le derretía un poco más.

Al cabo de veinte minutos estaba en la puerta de la biblioteca. Tenía el corazón en un puño. Leo no le había respondido tampoco al último mensaje, pero esperaba que estuviera allí. Subió al piso de arriba para ir a la sala de los ordenadores. Buscó por encima con la mirada. Ni rastro de él. Se sentía tonta por creer que iba a aparecer. Así era Leo.

Se sentó frente al ordenador e introdujo la esuela en el buscador. No aparecía nada. Trató de utilizar palabras clave como lo había hecho en casos anteriores, y no obtenía resultado. Se sentía realmente frustrada. Desde que le pidió ayuda con aquella esuela, la búsqueda se había convertido en algo de los dos. Se complementaban muy bien y Leo era de mucha ayuda. Realmente no quería hacerlo sin él, y tenía la esperanza de que quizás viniese a la biblioteca.

«Niño muere trágicamente». Probó suerte con ese titular y puso el nombre del pueblo y también de los pueblos de los alrededores con la esperanza de abarcar más posibilidades.

Había dos cementerios. El de su pueblo era el más grande e incluía también a los fallecidos de otros tres pueblos más pequeños de los alrededores. El segundo, que, aunque también era grande, no llegaba al tamaño del otro, estaba situado junto a un pueblo no muy lejano. Ese era también el pueblo de mayor tamaño después del suyo, pero no había tantas opciones de ocio, por lo que mucha gente venía a su pueblo.

Pablo podía ser de otro pueblo y por eso no estaba saliendo información si lo acotaba solo al suyo. Cuando pulsó el botón de «buscar», apareció un enlace: «Desaparece un niño en el río». Pinchó en el titular y este le condujo a un artículo.

El artículo hablaba de un niño pequeño que había desaparecido en el río. Se daba por supuesto que el niño no sabía nadar del todo bien y que una corriente podría haberle arrastrado hasta ahogarlo. Se señalaba que fue su hermano mayor, quien resultaba ser el tutor del pequeño en ese momento, el que alertó a la policía. Todo tuvo lugar en un tramo del río que cruza el bosque que une los pueblos.

El río tenía un tamaño muy considerable. Cada pueblo tenía un trozo de río cerca. Mientras que

algunos solo tenían un riachuelo, otros disfrutaban de pozas donde poder incluso tirarse desde las rocas.

Podría haber sido el niño que estaba buscando, pero no se llamaba Pablo y no tenía cuatro años. Su nombre era Hugo y, según afirmaba el artículo, el pequeño tenía ocho años cuando sucedió todo.

Ya que no había encontrado nada de Pablo hasta el momento, pensó en preguntarle a la bibliotecaria acerca de ese otro niño, a ver si podía descubrir algo más sobre él. La gente suele recordar tragedias como esas, pues es imposible olvidarlas por mucho que uno quiera.

Bajó al piso de abajo y esperó a que un chico terminara de devolver unos libros que por lo visto debería haber devuelto hacía tiempo, a juzgar por la cara de la bibliotecaria y la sanción que le impuso.

Cuando por fin estuvo frente a la bibliotecaria, le mostró la foto del artículo que había hecho con el móvil.

—¿Usted se acuerda de este caso? —preguntó Álex sin poder contener su ansia.

—Cómo olvidarlo... Dios mío, ese pobre niño, qué desgracia. —La bibliotecaria, que según ponía en la chapa que llevaba enganchada en el chaleco se llamaba Margarita, negaba con la cabeza. Tenía la mano en el centro del pecho, como si se sujetase el corazón.

—¿Qué pasó con el niño? —Álex se dio cuenta de que había elevado el tono de voz y que seguía estando en una biblioteca, así que bajó el tono cuanto pudo—. ¿Le encontraron? —susurró.

—Por lo visto, el niño se ahogó y la corriente se llevó su cuerpo. Lo encontraron en otro tramo del río dos o tres días después. Unas rocas grandes habían impedido que el cuerpo siguiese yendo río abajo. —La bibliotecaria se acercaba a ella como contándole un secreto—. Fue muy duro para todos.

—He leído que tenía un hermano mayor y que fue él quien avisó a la policía. ¿No se sabe nada de él? —preguntó Álex acercándose aún más a Margarita.

—El pobre se quedó solo. Vivían en uno de los pueblos de al lado, pero, por lo visto, hace no mucho se mudó aquí. —A Álex se le puso la piel de gallina—. Nadie sabe dónde vive y el muchacho siempre anda por ahí solo. Ha venido alguna vez por aquí y siempre ha sido muy educado, aunque bastante reservado también. Pero después de lo que tuvo que pasar, no me extraña. No me explico ni cómo está en sus cabales. La verdad es que algo así...

Margarita siguió hablando, pero ella dejó de escuchar. Todo le daba vueltas y se sentía algo mareada. No podía ser casualidad. Y eso explicaría tantas cosas...

—Niña, ¿estás bien? ¡Te has quedado pálida como la tiza! —El tono de alarma de Margarita alertó a algunas de las personas que estaban en la biblioteca, que se giraron intrigadas para ver

qué ocurría.

—Estoy bien, tranquila. Gracias por la información, me ha sido muy útil —dijo Álex encaminándose hacia la puerta.

Puso rumbo al cementerio inmediatamente. Necesitaba hablar urgentemente con él.

En el cementerio estuvo dando vueltas sin parar y esperó un buen rato, pero Leo no apareció. ¿Por qué le había ocultado algo así? Ella se había abierto con él, ¿y por qué él no confiaba en ella? Le dolía pensarlo. Ella creía en esa conexión que existía entre ambos, la sentía y estaba segura de que él la sentía también. Entonces, ¿por qué la apartaba así de su vida a la mínima de cambio?

La cabeza le echaba humo. Desde luego, estos últimos días habían sido más intensos que toda su vida junta. Tanta información que procesar y tantos asuntos con los que lidiar. Sentía que se iba a romper en mil pedazos de un momento a otro.

Se había hecho tarde y era obvio que Leo no iba a aparecer. Seguramente sabría que ella había ido ahí con la esperanza de encontrarle.

Abrió la mochila y sacó una libreta pequeña y un boli que por suerte siempre llevaba. Escribió en el papel: *Sé lo que ocurrió, Leo. Déjame ayudarte, por favor. Déjame estar contigo en esto.*

Colocó el papel en el poste de las esquelas. Casi nunca iba nadie por allí y el enterrador no solía acercarse al poste, a no ser que tuviese que poner una esquela nueva, así que rezó para que nadie se llevase el papel antes de que él pudiese verlo.

De corazón esperaba que eso funcionase.

CAPÍTULO 20

Ese día había madrugado mucho para ser verano. Iba a necesitar tiempo. Estuvo pensándolo mucho durante la noche y estaba decidida. No sabía muy bien qué se iba a encontrar o siquiera si iba a encontrar algo, pero al menos debía intentarlo. Necesitaba saber más y, claramente, Leo no estaba por la labor de contárselo.

Seguía sin responder a sus mensajes, así que no estaba muy segura de que hubiese respondido a la nota que le dejó el día anterior. Por si acaso, fue a comprobarlo.

Hacía buen día y el sol brillaba con intensidad. Desde luego, solía sentirse fresco en el pueblo, pero cuando en el norte el sol pegaba, lo hacía con fuerza. Corría una brisita fría que iba a agradecer cuando hiciese el camino en bicicleta.

Encontró a su padre en el salón leyendo noticias en su móvil.

—Papá, ¿has visto a mamá? —preguntó Álex desde la puerta del salón.

—Creo que está en el estudio. ¿Pasa algo, hija? —Levantó la vista del periódico y la miró.

Álex se dio cuenta de que no había entrado al salón desde que su hermana no estaba. Una de las pocas cosas que solían hacer en familia, además de comer y cenar en la mesa de la cocina, era ver una película los domingos todos juntos en el salón. Gabi se escaqueaba a veces, pero Álex se quedaba siempre. Menos ese verano. Se había pasado el tiempo entre su habitación, la cocina y el cementerio. Vaya, eso sonaba de lo más extraño.

El salón de sus abuelos siempre le había parecido el lugar más acogedor del mundo porque tenía una enorme chimenea de leña. Estaba amueblado con dos sofás dispuestos en torno a una mesita donde solían tomar café y poner el picoteo cuando era tarde de cine. En el lado opuesto de la estancia había una mesa grande de cristal, pero nunca cenaban ahí, salvo en las ocasiones especiales como Navidad o algún cumpleaños en el que estuviese presente la mayor parte de la familia. Su abuela siempre les decía que había que comer en la cocina y su madre continuó esa tradición una vez que la abuela murió.

Se había quedado atontada en la puerta. Su padre la estaba mirando.

—Está todo bien, papá. Solo quería decirles que voy a ir a pasar la mañana al río, pero que vendré a la hora de comer —dijo en tono desenfadado.

—Vale, hija, pásalo bien. —Su padre volvió a enfrascarse en la lectura de las noticias. Conociéndolo, era probable que olvidara toda la conversación.

Fue hasta el estudio y vio a su madre con el ordenador. Parecía estar ocupada.

—Mamá, no te molestó. Solo quería decirte que voy a ir a pasar la mañana al río —dijo Álex—. Pero a la hora de comer estaré de vuelta.

—Ve con cuidado, cariño, por favor —le advirtió la madre mirando la pantalla.

—Sí, mamá. Si queréis, el domingo vemos una peli. Pero que no sea *Love Actually*. —Sin esperar respuesta, Álex comenzó a caminar hacia el recibidor. Escuchó a su madre gritar a lo lejos:

—¡Si vas con la bici, coge el casco!

Lo que le faltaba. Maldecía aquel día en el que su madre le había comprado el casco más estridente y hortera que había encontrado en la tienda. Tenía flores de todos los colores sobre un fondo rosa que podría haber provocado conjuntivitis. Lo peor es que seguía valiéndole, así que no consideraban necesario comprar otro que no fuese un insulto a la vista.

Bajó hasta el garaje y cogió la bicicleta. Allí, abrió el armario y sacó el casco de su padre. Le estaba algo grande, pero al menos era de color negro y lo más llamativo que tenía era el logo de la marca escrito en blanco en el lado derecho.

La primera parada que hizo fue en el cementerio. No le hizo falta bajar de la bicicleta. Cuando se acercó a la puerta y miró el poste de las esquelas vio que la nota no estaba, pero no había respuesta. No sabía si la habrían quitado o si Leo había decidido llevársela. Pero ahora tenía algo más importante que averiguar.

Atravesó todo el pueblo y en la rotonda del final cogió la segunda salida. La carretera estaba bien asfaltada y, aunque era de un solo carril, resultaba lo suficientemente ancha como para no ir preocupada de que le pasara nada. Después de un cuarto de hora, y de nuevo agradeciendo enormemente la brisa fresca que hacía ese día, detuvo la bicicleta y se anudó la chaqueta fina negra que llevaba en la cintura. Estaba sudando a mares y sus piernas empezaban a resentirse. Hizo acopio de todas sus fuerzas para continuar los diez minutos que quedaban de camino.

Y por fin había llegado. Estaba en el pueblo donde creía que vivía Leo, el pueblo en el que su hermano se había ahogado. No sabía por dónde empezar ni tampoco qué debía buscar, pero había sentido el impulso de ir hasta allí. Quizás, ver dónde se había criado le diese más información sobre él.

El pueblo parecía grande. Se veía algo más moderno que el suyo. Había algunos edificios pequeños que eran más nuevos que los de su pueblo, pero también tenían su encanto. Algunos de los edificios estaban pintados de colores pastel, lo cual le daba ese aspecto de pueblo portuario pintoresco y lleno de color. La diferencia residía en que no era un pueblo portuario, sino uno de interior, y el agua más cercana que tenían era la del río del bosque.

No sabía exactamente qué buscar y se quedó sentada en un banco tratando de averiguar lo que podía hacer. Le parecía muy intrusivo abordar a alguien y preguntarle si sabía dónde estaba la casa del niño que había muerto ahogado. Si hacía eso, iba a parecer una chica morbosa y sin escrúpulos. Al menos a ella se lo habría parecido si una persona le hubiese hecho esa pregunta.

—¿Puedo ayudarte, jovencita? —preguntó una voz extraña y ronca.

Dio un pequeño salto. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no había oído acercarse a nadie. Al mirar hacia arriba se encontró con un señor de pelo blanco y bigote espeso. Llevaba una boina gris que le recordó mucho a la que solía llevar su abuelo, y con la mano se peinaba el lado derecho del bigote. Tenía la otra mano dentro del bolsillo del chaleco de punto, que estaba sufriendo por mantenerse cerrado alrededor de esa tripa redonda. Álex sonrió y pensó que cumplía todos los tópicos del abuelo de pueblo. Le pareció amable y le cayó bien al instante.

—¡Hola! Eh..., sí, verás, estoy recabando información sobre un suceso que ocurrió aquí hace cosa de un año. Escribo una columna en el periódico de la escuela y quería hablar del niño que falleció. —Trató de sonar lo más convincente posible, e incluso sacó un bolígrafo de su mochila como para apuntar. Pareció funcionar.

—El pobre Hugo. Una familia azotada por la mala fortuna, desde luego —dijo el hombre peinándose el bigote con más ímpetu. —Por eso nadie ha querido volver a vivir en esa casa. Lleva años en venta, pero nunca alguien se ha atrevido siquiera a entrar. «La casa maldita», la llaman. Típico, pero efectivo.

—¿Y me podría decir usted dónde está la casa? —preguntó Álex esperanzada.

—Claro, joven —contestó el señor apuntando con el dedo en una dirección—. Está siguiendo este camino hacia abajo y girando a la derecha. Cuando llegues al final de una fila de casas marrones, dirígete a la última porque esa es. Sabrás de cuál se trata en cuanto la veas, aunque no te esperes una casa como en las películas esas de sustos que os gustan a los jóvenes. Es una casa normal, algo abandonada y descuidada, pero nada más. Muchas veces los males se encuentran en lo que no se ve —afirmó el hombre mientras volvía a su camino de nuevo—. Suerte, joven —dijo sin mirar atrás.

—¡Gracias! —le gritó Álex.

Tras esa conversación, cogió la bicicleta de nuevo, se ajustó el casco y emprendió el camino hacia la casa.

El señor estaba en lo cierto. Supo cuál era la casa en cuanto la vio. Y también tenía razón en que era una casa normal y corriente, no una casa tétrica poseída por el mal. Pero resultaba inevitable que la imaginación se disparara.

Al acercarse, se encontró con una parcela pequeña y vio que la puerta que daba a la calle

estaba abierta. La casa tenía un par de ventanas rotas y la pintura estaba algo deteriorada en algunas zonas. En la puerta habían puesto un cartel de «Se vende», aunque también había perdido ligeramente el color.

Se asomó a una de las ventanas. Había muebles y objetos en la casa como si alguien aún viviese allí. Un escalofrío le recorrió la espalda. La ventana daba al salón y casi todo estaba intacto. Era como si hubiesen roto las ventanas para mirar lo que la casa albergaba por dentro y nadie se hubiese atrevido a entrar después. Ella lo entendía. No sabía lo que era, pero algo le hacía sentir miedo. Esa casa tenía una historia muy triste que contar y ella podía sentirla solo con estar cerca. Le dolía pensar en el dolor que Leo había tenido que pasar. Ella había perdido a su hermana hacía apenas unas semanas y era algo que sabía que jamás terminaría de superar. Pero perder a un niño... No podía ni imaginárselo. No quería.

Sintió la necesidad de alejarse de allí. No podía seguir mirando. Cuanto más miraba, más horribles eran los pensamientos que le azotaban.

Se subió en la bicicleta y puso rumbo al cementerio del pueblo. El cementerio, al contrario que el de su pueblo, estaba situado en la parte más baja, a unos cinco minutos de camino. Este no tenía árboles, por lo que daba sensación de espacio y amplitud y lo hacía parecer más grande.

Dejó la bicicleta apoyada en la puerta y entró. Vio a lo lejos a un hombre limpiando rastros y supuso que sería el encargado de cuidar el cementerio. Se acercó hasta él y le preguntó:

—Disculpe, ¿podría indicarme donde está la lápida de un niño llamado Hugo? —dijo Álex, algo nerviosa. No quería sonar impertinente.

El hombre se volvió de inmediato con cara de sorpresa. Era un hombre alto y algo escuálido. Llevaba un mono gris con cremallera y una gorra roja. Debía de tener el pelo largo porque le asomaban algunas greñas por detrás y otras tantas por la parte del flequillo, enmarcando su rostro.

—Hace mucho que nadie viene preguntando por esa familia. ¿Quién eres tú? —preguntó el hombre arqueando una ceja.

¿Acaso Leo no había ido a visitar a su hermano después de lo ocurrido? Eso no podía ser. Imposible.

—Soy una amiga del hermano de Hugo. —No estaba muy segura de qué se suponía que debía decir ni cómo iba a explicar que estaba ahí.

—Llevo mucho tiempo sin ver a Leo. La última vez que lo vi fue un mes después del funeral de Hugo. Nunca más ha vuelto por aquí —dijo mientras seguía apartando rastros—. Y eso que suelo pasar aquí la mayor parte del tiempo.

—Bueno, ha... Ha estado fuera —explicó finalmente. Para lo mal que se le daba mentir, estaba teniendo que hacerlo mucho últimamente.

—Imaginaba que sería algo así —reconoció el hombre dejando el rastrillo apoyado en una de las lápidas—. Ven, te llevaré hasta la tumba de Hugo.

Siguió al hombre tres calles más abajo. Se detuvo ante una tumba situada justo en el centro. Había unas flores que parecían recientes. El hombre debió leerle el pensamiento, porque acto seguido dijo:

—Suelo poner flores en las tumbas que nadie visita. Me gusta que el cementerio tenga color, y todo el mundo se merece que le traigan flores.

Eso era muy bonito. En cierta manera resultaba parecido a lo que Leo hacía. Álex lo miró de reojo, intentando saber si ese hombre tenía el mismo don que Leo.

—Ese es un gesto muy hermoso —dijo sinceramente—. ¿Junto a quién está enterrado Hugo?

—¿No eras amiga de Leo? —preguntó el hombre, suspicaz.

—Eh, sí, sí. Pero, bueno... Leo es una persona que no suele hablar mucho de su pasado. Es bastante reservado con esas cosas —explicó intentando salir del apuro.

—Sí, la verdad es que siempre fue un chico bastante suyo. Y la muerte del hermano solo hizo que se encerrara más en sí mismo. Una lástima —dijo el hombre, negando con la cabeza—. Ah, las tumbas de al lado son las de sus padres y las de sus abuelos. Bueno, muchacha, tengo que seguir con el trabajo. Si me necesitas, estaré por ahí. —Y se perdió entre las lápidas.

Álex se sentó frente a la tumba de Hugo. «2008-2017». Se le encogió el corazón. Era tan pequeño... Miró a los lados. Los padres de Leo y sus abuelos. Era cierto que estaba solo. No pudo contener el impulso de llorar y ponerse la mano en el corazón. Sentía que se le iba a romper aún más de lo que ya lo estaba.

Trató de serenarse, respiró hondo y dijo:

—Tu hermano te quiere más que a nada, Hugo. Perdónale. Yo sé lo que duele enfrentarse a esto. De hecho, yo aún no lo he podido hacer, ¿sabes? Mi hermana mayor murió hace muy poco y todavía no he sido capaz de ir a verla. Ni siquiera sé si voy a hacerlo algún día. Pero Leo te quiere y te recuerda todo el rato. Hace las cosas lo mejor que puede, Hugo, te lo prometo.

De repente, notó un poco de brisa en la cara y una hoja cayó justo encima de la lápida del niño. Una sola hoja. Se le erizó el vello de la nuca. Se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y se puso en pie.

—Y también quiero que sepas que Leo va a estar bien, y que no está solo. No te preocupes, Hugo. No va a estar solo nunca más.

CAPÍTULO 21

Álex se pasó toda la comida ausente. Tenía la cabeza en un lugar perdido, muy lejos de allí. No podía contarles nada a sus padres. Ellos creían que había estado en el río toda la mañana, así que simplemente les dijo que había tenido un bajón y que necesitaba estar sola. Les besó en la mejilla y subió a su habitación.

Le escribió a Leo un nuevo mensaje:

Leo, he estado en tu pueblo. Sé lo que ocurrió y lo duro que debió ser para ti. Por favor, te lo suplico, háblame.

Pulsó la tecla de enviar con un nudo en el estómago y se tumbó en la cama a esperar. Miraba al techo, pero realmente no lo veía. Veía a su hermana. A sus abuelos. Esas cenas en familia disfrutando todos juntos. Las peleas con su hermana cuando no conseguían ponerse de acuerdo. Veía a Leo, solo. Lo imaginaba en aquella casa austera y pequeña. Lo imaginaba caminando solo por el mundo sin nadie a quien recurrir y volvía a estallar el llanto.

Ella había perdido a su hermana. Pero Leo lo había perdido todo. Y ella no quería perderle a él. Se había arrepentido miles de veces desde que Gabi se fue de no haber hecho las cosas mejor, de no haber estado ahí para ella tanto como debería, de no haber aprovechado el tiempo. Ahora se había dado cuenta de que le quedaban sus padres y que debía aprovechar el tiempo con ellos, disfrutarlos y superar esto con su ayuda. Ella misma había creído que la mejor manera de llevar las cosas y de sanar su dolor era hacerlo sola y aislándose. Y gracias a sus padres, a Celia y a Lucía, pero, sobre todo, gracias a Leo, se había dado cuenta de que eso no era así. Que hay que aprender a superar el dolor y enfrentarte a él, pero que es bueno compartirlo con la gente y apoyarse en la gente que te rodea.

Notó la vibración del móvil y se le paró el corazón:

NO TE METAS MÁS. NO ES ASUNTO TUYO, DÉJAME EN PAZ.

Cada palabra fue como una bofetada que le atravesaba el rostro. Dejó caer el móvil de sus manos. Ella solo intentaba ayudarle. Solo quería que confiara en ella. Y lo único que había conseguido era alejar de ella a la única persona que le había hecho sentir.

Unos golpes en la puerta la despertaron.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó su madre abriendo ligeramente la puerta—. Te he estado llamando desde abajo y no contestabas.

—Eh... —Álex trataba de abrir los ojos—. Sí, mamá, perdón —dijo entre bostezos—. Me he quedado dormida. No he dormido muy bien estas últimas noches y parece que mi cuerpo no ha aguantado más.

Su madre se acercó a la cama y se sentó en uno de los lados.

—Es normal, cariño. Son muchas emociones —dijo su madre acariciándole la cabeza—. Y, aunque no te lo creas, tú siempre has sido como yo. Eres muy sensible y sientes mucho las cosas. Y tratar de guardarlo dentro al final nos pasa factura.

—Tienes razón, mamá —reconoció ella con la cabeza apoyada en sus piernas—. ¿Por qué me llamabas? ¿Necesitas algo? —preguntó.

—Era para decirte que tu padre y yo nos vamos a la ciudad. Han venido unos amigos que viven fuera y, bueno, hace mucho que no los vemos y nos vendrá bien despejar la cabeza —dijo su madre más para ella que para Álex—. No creo que llegemos para cenar, pero te iré avisando. —La besó en la frente—. ¿Estarás bien? ¿Quieres venir?

—No, estaré bien. Te quiero, mamá —dijo Álex.

Unos minutos después oyó la puerta de la casa cerrarse y el ruido del motor. Sentía un vacío dentro. Era como si alguien le hubiese quitado algo que debería estar siempre con ella, como esas cosas que, aunque no las necesitas para vivir, hacen tu vida mejor cuando las tienes.

Realmente pensó que ya no tenía nada que perder si lo intentaba. Claramente él no quería verla, pero estaba decidida a hacer lo que estuviese en su mano para ayudarlo, aunque eso significara... No quiso pensarlo.

Marcó el número de Celia. Sus padres siempre habían vivido en el pueblo. Luego, ella se marchó a la ciudad a estudiar, pero su casa siempre había estado ahí. Lucía y su familia se instalaron en el pueblo definitivamente cuando los padres tuvieron a los gemelos. Necesitaban más espacio y la ayuda de los abuelos tampoco venía nada mal. Y, bueno, sus padres y ella acababan de instalarse de manera indefinida. Todo era un poco incierto todavía y no sabía si sería temporal o algo definitivo.

—¿Álex? —preguntó la voz al otro lado del teléfono—. ¿Estás bien?

—Hola, Celia —dijo Álex—. Sí, bueno. Ahí vamos. —A estas alturas ya no podía mentirle.

—¿Qué ha pasado? ¿Quieres que me acerque a tu casa y me lo cuentes con un café? Estaba aquí ordenando la habitación, así que cualquier excusa para salir será muy bien recibida.

A los pocos minutos, Celia estaba llamando a la puerta. La invitó a pasar y preparó dos cafés. Sobre la encimera había un bizcocho de zanahoria que había preparado su padre.

—¿Quieres un trozo de bizcocho? —preguntó Álex girándose hacia donde estaba Celia.

—¿No será ese delicioso bizcocho de zanahoria que prepara tu padre, verdad? —dijo, casi salivando.

—¡El mismo! —Álex no pudo evitar sonreír.

—¡Por Dios, sí! —exclamó alzando las manos en el aire—. ¡Alabado sea el bizcocho de tu padre! La de atracones que me he pegado yo, madre mía, ¡si salía de aquí rodando! —Celia se reía mientras con los brazos hacía la forma de una enorme tripa.

Álex no pudo contener la risa. Cómo agradecía esos momentos. Terminó de preparar los cafés y colocó un par de trozos de bizcocho en dos platos. Se sentó en la mesa con Celia y ambas se lanzaron a comerse el primer trozo.

—Tan delicioso como lo recordaba —dijo Celia cerrando los ojos—. Bueno, basta de hablar de bizcocho. —Los abrió de nuevo—. ¿Qué te ocurre? Tienes los ojos hinchados, ¿has estado llorando?

—Celia... No sé ni por dónde empezar —dijo Álex tratando de ordenar sus pensamientos—. Después de quedar con vosotras el otro día, le escribí a Leo para vernos. Con todo lo que había ocurrido, había muchas cosas que necesitaba descubrir y entender. —Bajó la mirada y la clavó en un punto perdido de la mesa—. Y vaya si descubrí...

—¿Qué descubriste? —preguntó Celia, alterada. Tras los pasados acontecimientos, los nervios estaban a flor de piel.

—Después de lo que había pasado con Diego, recapacité y me di cuenta de que realmente no sabía prácticamente nada de él —explicó, aún mirando el mismo punto de la mesa que antes—. Le pregunté directamente. Le dije que no sabía nada de su pasado, de su vida. No me quiso contar. Sé mostró completamente distante conmigo y me dijo que sabía todo lo que tenía que saber. Pero yo le insistí en que no era suficiente. Que necesitaba confiar en él... Y se marchó. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos mientras hablaba, y Álex se agarró más fuerte a la mano de Celia.

—Álex, tenías derecho a preguntarle. Tenías derecho a querer saber cosas de la persona con la que pasabas tanto tiempo, no debes culparte por eso. —Celia le cogió la mano.

—Ahora entiendo tantas cosas, Celia. Ahora entiendo por qué no quería abrirse conmigo. No sabes lo mal que lo ha debido de pasar. Nadie se merece eso. —Levantó la mirada y clavó los ojos en Celia, casi sollozando.

—¿De qué estás hablando, Álex? ¿Nadie se merece el qué? —Celia fruncía el ceño con preocupación.

Álex sacó el móvil del bolsillo, abrió el archivo de fotos y amplió el recorte que había fotografiado en la biblioteca. Se lo tendió a Celia y esta lo leyó con detenimiento. Su cara se fue transformando y se quedó pálida.

—El niño..., este niño... —Celia no podía ni hablar.

—Sí. Era su hermano pequeño. Él es el hermano mayor del niño del que habla el artículo. Esto pasó hace tan solo un año —dijo Álex, rota.

—Dios mío... Es horrible. Es una verdadera tragedia. Celia estaba horrorizada, pero Álex no había terminado.

—Esta mañana he ido al pueblo donde vivían —dijo.

—¡Álex! ¿Has ido tú sola? ¿Por qué no me has avisado para que te acompañara? ¿Podía haber pasado algo!

—Es que esto era algo que tenía que hacer yo. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Simplemente creí que, de alguna manera, yendo allí, sabría algo más de él. De su historia. —Álex no podía dejar de pensar en la casa abandonada. Recordaba cada tablón de madera, los cristales rotos, el comedor con los muebles polvorientos.

—¿Y lograste averiguar algo más? —Celia, con la cabeza inclinada hacia ella, no perdía detalle.

—Fui hasta la casa. Un hombre muy amable me supo indicar dónde estaba. Lleva años a la venta. La gente del pueblo la llama «la casa maldita», como si su vida fuese una película cutre de serie B... La casa rezumaba abandono. Era como si pudieras sentir que algo muy triste había ocurrido allí. —Celia asintió, con los ojos abiertos como platos mientras Álex hablaba—. Sentí la necesidad de irme, pero antes me acerqué al cementerio. Y ahí comprobé que sí, que la casa tenía un halo de tristeza difícil de ignorar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Celia.

—Junto a la lápida de su hermano estaban también las de sus padres y abuelos. —Álex lloraba—. Celia, Leo está solo. No tiene a nadie.

—Eso no es cierto, Álex —dijo Celia cogiendo su rostro con las manos y limpiándole las lágrimas—. ¡Te tiene a ti! Tú has estado ahí para él cuando nadie más lo ha estado.

—¡No, Celia, ese es el problema! Desde la pelea no había vuelto a saber nada de él. No me respondía a los mensajes, le estuve esperando en el cementerio y ¡nada! Hoy le he escrito para contarle que había estado en el pueblo y me ha contestado esto. —Álex le mostró el mensaje a Celia y se levantó, incapaz de quedarse sentada—. Por eso necesito tu ayuda. Tú llevas viviendo aquí toda la vida. ¿Por casualidad no sabrías dónde se ha mudado, en qué casa vive ahora...? —Casi sonaba a súplica.

—Álex, lo siento... Yo... no tengo ni idea. —Celia bajó la mirada, abatida—. Me gustaría ayudarte, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Qué voy a hacer, Celia? Necesito decirle que no está solo. Necesito ayudarlo. Ya perdí a una persona por no haberme dado cuenta de que necesitaba ayuda y no quiero perder a otra. —
Álex no podía parar de llorar. Celia se levantó para abrazarla y le acarició la cabeza.

—Lo sé, Álex, lo sé. Encontraremos una solución.

CAPÍTULO 22

Cuando Celia se marchó, estuvo un rato tratando de buscar medios para encontrar a Leo. Sus padres avisaron de que cenarían fuera, así que aprovechó para picar algo rápido y subió a la habitación para usar el ordenador.

Siempre se le había dado muy bien investigar, pero a Leo se le daba mejor esconderse.

Había llorado tanto ese día que cayó rendida en la cama. No recordaba haberse quedado dormida, pero ni siquiera se había puesto el pijama. Se despertó con la sensación de que el día anterior no había pasado, pero un mensaje de Celia en la pantalla la devolvió a la realidad.

Hola, querida. Espero que hayas podido descansar algo. Le he preguntado a mi madre si ella sabía algo de Leo (tranqui, no le he dicho el motivo ni nada) y, por desgracia, no ha podido decirme más de lo que ya sabíamos. Es como si fuese un fantasma. :(Seguiré intentándolo. Un beso.

Le dio las gracias por todo y bajó a desayunar. Eran las diez de la mañana y sus padres aún estaban dormidos, por lo que dedujo que habían llegado tarde. Mejor. A los dos les encantaba cenar fuera, y era bueno que salieran de casa para hacer algo más que la compra.

El cuerpo le pesaba y sentía que llevaba encima una mochila cargada de piedras. Todo le costaba mucho y solo tenía ganas de hacerse un ovillo y no volver a salir de la cama. Pero esa mañana se había levantado con un propósito. Hoy era el día.

Una hora después estaba ahí plantada, de pie y con el corazón a tres mil por hora. Era como si la hubiesen arrastrado hasta allí. No sabía ni cómo había llegado y de repente era como si se hubiese quedado congelada. Trató de relajarse y respirar hondo. Las pulsaciones le fueron disminuyendo, aunque seguía notando el martilleo en el pecho. Ya no había vuelta atrás. Nadie más podía ayudarle. Era la única persona en la que podía confiar.

—Hola, Gabi —dijo mientras se sentaba justo delante de la lápida de su hermana. Le pasó la mano por encima como si la acariciara—. No sé cómo empezar, ¿sabes? —dijo con las lágrimas ya en los ojos—. Lo siento tanto.

Álex rompió a llorar. Apoyó los brazos sobre la lápida y hundió la cabeza en ellos.

Estuvo un buen rato llorando sin decir una palabra. Había tardado tanto y tenía tanto que decir. Por fin consiguió serenarse lo suficiente como para dejar de balbucear y empezar a articular frases con sentido.

—Me haces tanta falta, Gabi. No te imaginas cuánta. —Álex tenía la vista clavada en sus manos—. Sé que no fui la mejor hermana del mundo y que discutíamos mucho, pero te quería muchísimo, Gabi. Te quiero tanto... Siempre te querré y jamás nadie podrá reemplazar la luz que tú dabas a nuestra vida. —Las palabras salían de su boca como una cascada angustiada que ya nadie podía controlar—. Pienso en ti a todas horas, y Celia y Lucía me han dicho que resulta que nos parecemos mucho más de lo que yo creía —dijo riendo mientras las lágrimas caían y se sonaba la nariz. ¿Quién nos lo iba a decir, verdad? Nosotras, que éramos como el yin y el yang, el día y la noche... Ojalá hubiese sabido entenderte mejor. Y ojalá yo me hubiese apoyado en ti más —dijo, negando con la cabeza—. Hay tantas cosas que no sabía, hermana.

Estuvo hablándole a Gabi de la visita que hizo a casa del malnacido de Diego. De todas las cosas que había descubierto y también del blog. Le habló de todo lo que había encontrado en él. Y le contó entre sollozos lo culpable que se sentía por no haber sabido ver algo así, por no haber estado ahí para ella cuando más la necesitaba. Al final, le habló de sus padres y le contó que su padre solía preparar sus platos favoritos para que de alguna manera estuviera con ellos cuando comían todos juntos, como siempre.

Le dijo que sus padres habían sido más valientes que ella y que se habían enfrentado al hecho de que su hija nunca más iba a volver. Habían venido a verla frecuentemente y le traían flores bonitas, como el ramo de rosas que había justo encima de la lápida. Su madre se iba siempre al mercado a comprar esas rosas de color azul que a ella tantísimo le gustaban.

Le habló de Celia y Lucía. De lo felices que eran juntas y lo muchísimo que la echaban de menos cada día que pasaba. También le contó lo pacientes que habían sido con ella y cómo la habían ayudado.

Y le habló de Leo. O al menos lo intentó. Ella sabía que su hermana la entendería. Que entendería las locuras que estaba haciendo y no la juzgaría.

—Tú luchabas por lo que querías, Gabi, y yo siempre quise ser tan fuerte como tú —dijo Álex acariciando la lápida—. No te rendías y hacías lo que hiciese falta. Eres la persona más fuerte que he conocido jamás y te marchaste luchando por recuperar tu vida. Luchaste hasta el final como una verdadera amazona.

Álex suspiró y se secó las lágrimas de nuevo para seguir hablándole.

—No sé si estoy haciendo lo correcto, ¿sabes? —confesó mirando al suelo—. Solo sé que el corazón me dice que tengo que hacerlo. Ya te he perdido a ti. Ya he llegado tarde una vez —dijo sollozando—. No puedo volver a hacerlo de nuevo. —Miró directamente al nombre grabado de su hermana como si le estuviese mirando a los ojos—. Dime que hago lo correcto. Dime que no estoy cometiendo un error, por favor. —Las lágrimas caían por sus mejillas como si compitiesen unas contra otras en una carrera hasta su barbilla.

Entonces bajó ligeramente la mirada. Se quedó allí sentada sin saber qué estaba esperando exactamente que ocurriera. De repente alzó la vista. No daba crédito. A una de las rosas

empezaron a caérsele los pétalos uno a uno, cayendo sobre su regazo. Las rosas eran frescas, no debían de tener más de tres días. Todas las demás estaban intactas y no hacía viento.

Eso fue todo lo que necesitó. La sensación de paz que sintió era indescriptible. Era como si una parte de ella hubiese vuelto a cobrar vida y a funcionar. Gabi era esa parte. Ahora estaba con ella y Álex lo sabía.

CAPÍTULO 23

Se quedó un rato largo sentada delante de la tumba, en silencio, disfrutando de la sensación de paz que le daba estar cerca de su hermana. Sentía que ella le daba fuerzas y que la protegería de todo. Gabi seguía viva dentro de cada persona que la quería, y así iba a ser siempre.

—He de irme, Gabi. Volveré pronto, te lo prometo, pero tengo que intentar solucionar esto de alguna manera —dijo Álex poniéndose en pie—. Te quiero.

Estaba a punto de marcharse cuando algo le hizo darse la vuelta y acercarse al poste de las esquelas. Y ahí estaba, justo en el lugar donde el otro día ella puso la suya.

NADIE PUEDE AYUDARME, ÁLEX. ES DEMASIADO TARDE. ESTOY SOLO EN ESTO. ADIÓS.

La calma que había sentido minutos antes había desaparecido.

¿Cómo que era demasiado tarde? ¿Demasiado tarde para qué? ¿Por qué demonios se empeñaba en creer que no podía ayudarle? Era cierto que había estado solo mucho tiempo, pero ya no iba a estar solo y tenía que darse cuenta de una vez. Ella no iba a rendirse tan fácilmente.

De repente le vibró el bolsillo y vio un mensaje nuevo de Celia:

¡Álex, creo que tengo algo! Mi madre me ha dicho que una amiga suya ha visto a Leo salir y entrar varias veces de una casa que está situada a la derecha de la suya. Dice que está segura de que es el muchacho que siempre va solo por ahí y se pasa el día en el cementerio. Es la calle que está justo enfrente de los establos del señor Ramón y es la cuarta casa empezando por la izquierda. ¡Espero haberte sido de ayuda! Ve con cuidado, porfa. Un beso.

¡No podía creerlo! Sintió la necesidad de darle las gracias a su hermana. No sabía muy bien por qué, pero era como si ella le hubiese iluminado el camino con la luz que siempre había desprendido cuando estaba viva.

¡Mil gracias, Celia! ¡Me has ayudado muchísimo, eres la mejor! Un beso.

Cogió el camino a casa y corrió como si no hubiese un mañana. Por una vez, su necesidad de llegar se antepuso a su pésima forma física, aunque cuando llegó a la puerta de su casa, jadeando como si fuese a dar su último aliento, se arrepintió un poco de haber forzado tanto la maquinaria. ¡Pero no había tiempo! Fue directamente al garaje para ahorrarse una buena tanda de preguntas que en ese momento no podía responder. Ya habría tiempo para eso. Cogió la bicicleta y el casco de su padre y puso rumbo a los establos.

Los establos del señor Ramón estaban situados en uno de los confines del pueblo. Era una enorme explanada y allí había montado dos establos y una pista de equitación. Justo delante había una fila de casas. Celia le había dado indicaciones de dónde estaba la casa de la madre de su amiga y, menos mal, porque, como pasaba con casi todas las casas del pueblo, estas eran prácticamente iguales, salvo en algunos detalles que los dueños ponían para distinguirlas y darles su toque personal.

La cuarta empezando por la izquierda. Se paró delante de una casa que tenía muchísimos maceteros en el balcón del piso de arriba. Cualquiera día de esos el balcón vencería y todo se vendría abajo. Continuó tres casas más y se detuvo. Bajó de la bicicleta y la apoyó en el caballete.

Las persianas estaban medio entornadas y no parecía que hubiese nadie. Pensó en ir a preguntarle a la mujer de la casa si ella sabía quién vivía allí anteriormente, pero no quería darle más motivos para chismorrear. Por suerte no le hizo falta, porque justo salía un hombre dos casas más allá. Se acercó y educadamente le preguntó.

—Disculpe, ¿usted sabría decirme quién vive en esa casa de ahí? —preguntó ella señalando la supuesta casa de Leo.

—Pues lo cierto es que esa casa es de un hombre, pero actualmente vive en Suiza. Al parecer, tiene negocios allí y se compró esta casa para venir de vez en cuando. Hará cosa de un año que no lo veo por aquí.

Bueno, al menos la fecha cuadraba, pensó Álex para sus adentros.

—Comprendo. ¿Y sabe si hay alguien viviendo ahí actualmente? —dijo, tratando de no parecer más entrometida de lo que ya parecía.

—Por lo que tengo entendido, hay un joven viviendo ahí desde no hace mucho. Si te soy sincero, yo no le he visto, pero dicen que anda siempre solo por ahí, que es algo sombrío.

Le dolía que la gente tuviese esa impresión de Leo porque él no era así. Ahora más que nunca estaba convencida de que era una buena persona que simplemente había sufrido mucho. Nadie se merecía sufrir tanto, y mucho menos siendo tan joven.

—Le agradezco mucho su ayuda, señor —dijo Álex volviendo a subir en la bicicleta—. Que pase un buen día.

El hombre se despidió de ella mientras se montaba en su coche.

¿Quién era el propietario de la casa y por qué Leo vivía allí? Sacudió la cabeza. No era momento de hacer suposiciones. Lo más importante era averiguar dónde estaba Leo. Empezó a pedalear de nuevo, pero se detuvo otra vez al llegar al cruce de calles.

¿Dónde estaba yendo? No tenía ni idea de dónde se encontraba Leo. Estaba claro que en el

cementerio no, y en la casa no parecía haber nadie. Volvió hasta la entrada y llamó al timbre para cerciorarse. Nada. Lo intentó dos o tres veces más, hasta que una mujer asomó la cabeza por la ventana de la casa de al lado:

—Niña, yo que tú dejaría de intentarlo. He visto al muchacho irse temprano por la mañana, cuando estaba regando las plantas del jardín, y no ha vuelto a aparecer —dijo, justo antes de volver a meter la cabeza por la ventana.

¿Dónde habría ido? Y, más urgente aún, ¿demasiado tarde para qué? Cuanto más tiempo pasaba, más miedo le daba el mensaje de Leo.

De pronto, abrió los ojos de par en par. ¿Cómo no había caído antes? Tenía que estar allí.

Volvió a montar en la bicicleta, esta vez convencida del lugar en el que encontraría a Leo. No podía estar en otro sitio. O eso esperaba ella.

Al cabo de media hora larga, había llegado. Estaba jadeando, para no variar, y el casco hacía que la cabeza le ardiese como un horno. Se le había quedado pegado el flequillo a la frente del sudor. Por Dios, cuánto odiaba que le pasase eso, pero en ese momento le daba igual. Dejó la bicicleta apoyada en la pared y corrió hacia la puerta.

No podía ser. Estaba tan segura de que estaría ahí... Habría apostado todo a que le encontraría en la tumba de Hugo, pero no. Allí no había nadie. Solo ella y el silencio. La inundó un gran sentimiento de frustración y decepción, pero no desistió. Volvió en sí misma y corrió hacia la salida para coger la bicicleta de nuevo. Si no estaba allí, solo había otro lugar en el que podría estar.

Le latía el corazón a mil por hora, por los nervios y por el esfuerzo físico a partes iguales. Giró al final de la avenida a la derecha y llegó hasta el final de la calle. Su antigua casa.

Pero, de nuevo, había vuelto a fallar. Buscó por la parte de atrás, se asomó a las ventanas y gritó su nombre con todas sus fuerzas. Aunque, a decir verdad, le habría parecido muy extraño que él hubiese decidido volver. Entrar a un sitio que te recuerda tanto todo lo que has perdido... Ella no habría sido capaz.

Pero, si no estaba en el cementerio y no estaba en la casa, ¿dónde demonios podía estar? No podía desaparecer así, sin más. La inundó una sensación de pánico al pensar que podría haberse marchado a otro lugar, lejos de todo. Lejos de ella.

No podía ser, no podía hacerle eso. No después de todo lo que habían compartido juntos. Después de todo lo que había sucedido. No podía marcharse sin decirle nada...

Entonces lo vio claro. Claro como el agua. El río. ¿Cómo había estado tan ciega? No podía estar en otro lugar. El lugar que le quitó todo. El lugar que le dejó solo.

De repente se sintió abrumada por el miedo. El río era enorme. ¿Cómo iba a saber ella en qué

parte buscar? ¡Podía tardar horas!

No, no. Tenía que pensar. La bibliotecaria le había dicho: «Unas rocas grandes habían impedido que el cuerpo siguiese yendo río abajo». La parte del río que estaba cerca de este pueblo era una de las más caudalosas. Había rocas desde donde los niños se tiraban y algunas otras que habían ido cayendo de la montaña sobre el río y formando algunas pequeñas presas. En el artículo había una imagen en blanco y negro que mostraba el lugar en el que habían encontrado el cuerpo.

Sintió náuseas. Se contuvo y respiró hondo. Solo pensar en aquella imagen le revolvía la tripa y le encogía el corazón. Pedaleó con todas sus fuerzas y trató de concentrarse en Leo. El camino hasta el río era bastante complicado. Había muchas piedrecitas que hacían tambalear la bicicleta y una o dos veces estuvo a punto de tragarse una rama saliente de un árbol. Los troncos cortados y las raíces grandes de los enormes árboles que poblaban el bosque tampoco facilitaban el trabajo. Caminar por ahí ya era una tarea que exigía concentración, pero, desde luego, ir con la bicicleta debería considerarse deporte de riesgo.

Al llegar, frenó en seco y estuvo a punto de caerse. Sacó el móvil para abrir la foto del artículo y comprobó que era el mismo lugar. Habían estado cerca de esa zona alguna vez siendo ella muy pequeña, cuando su abuelo las llevaba de excursión a Gabi y a ella.

Recordó también que río arriba, no mucho más lejos, había un sitio donde ambas solían bañarse cuando hacían una parada para descansar. El agua tenía más profundidad que en el resto de tramos, por lo que solían llevar una pelota para que el abuelo la tirara lo más lejos posible, y entonces su hermana y ella nadaban para tratar de ser las primeras en alcanzarla. No hacía falta decir quién llegaba siempre antes...

Puede que fuese ahí donde sucedió. No perdía nada por intentarlo. Sentía que iba en una carrera contrarreloj, como si alguien le hubiese dado la vuelta a un reloj de arena y cada minuto fuera crucial. Siguió el camino por el sendero que había justo a la vera del río, pedaleando con cuidado, ya que el camino era aún peor.

No sabía cuánto tiempo llevaba de camino, pero se le hizo eterno. Era como si no llegara nunca y fuese montada sobre una bicicleta estática en la que por mucho que pedalease no avanzaba nada. Pero entonces le vio. Estaba ahí. Estaba metido en el río, de espaldas a ella, y el agua le llegaba por la cintura.

Bajó de la bicicleta y la dejó caer en el suelo para salir corriendo. Se detuvo en la orilla. No estaba segura de que él la hubiese oído llegar, pero entonces él dijo:

—¿Qué haces aquí, Álex? ¿Cómo has sabido encontrarme? —Su voz sonaba calmada, pero ella podía sentir que escondía la mayor de las tormentas.

—No ha sido nada fácil —contestó con la voz a punto de quebrarse. Respiró hondo varias veces y mantuvo la compostura—. Estaba muy preocupada, Leo.

—Ya te dije que no debías mezclarte en esto. Esto es asunto mío y nadie puede ayudarme —dijo él, visiblemente más nervioso que antes.

—Leo, yo quiero ayudarte. No sé si puedo o no, pero quiero hacerlo. Déjame hacer por ti lo que tú has hecho por mí. Has sido la única persona que me ha comprendido de verdad y nunca había sentido nada así... —Álex lo decía de corazón. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por Leo—. Y sé por lo que estás pasando...

—No sabes nada, Álex —la interrumpió Leo, casi escupiendo las palabras. Se había dado la vuelta para mirarla con aquellos ojos terribles. Estaba muy pálido y a Álex se le encogió el corazón. —Si supieras la verdad, no estarías aquí. Porque, si supieras la verdad, no querrías ayudarme.

¿Cómo podía decir eso? Que dudara de ella de esa manera le hacía daño. A pesar de todo lo ocurrido, en el fondo de su corazón ella nunca había dudado de él. De lo que existía entre ambos. ¿Cómo podía cuestionarlo él tan fácilmente?

—Si estoy aquí es porque quiero ayudarte. Sabes que haré lo que esté en mi mano para...

—¡¡¡Yo maté a mi hermano, Álex!!! ¡¡¡Yo lo maté!!! —El grito de Leo resonó en todo el bosque como si fuese el aullido de un lobo. Un lobo al que acababan de disparar en el corazón.

CAPÍTULO 24

Álex se sentía como si se fuese a desmayar. Respiraba como podía y le temblaban las piernas. Eso no podía ser cierto. Su corazón se lo decía. Leo jamás haría algo así, y ella habría apostado su brazo si hubiese hecho falta. Se repetía que Leo no era el monstruo que él creía ser, y ella lo sabía, lo sentía...

—Eso no es cierto —dijo Álex, intentando desesperadamente sonar tranquila.

—Sí que lo es. Si Hugo está muerto es por mi culpa. —Volvía a estar de espaldas a ella, pero oyó cómo se le rompía la voz. Estaba llorando.

—No me voy a mover de aquí, Leo —afirmó Álex más calmada—. Me quedo aquí contigo.

Estaba tan al borde del agua que se estaba mojando los pies, pero no se atrevía a acercarse más a él. Leo se dio la vuelta y la miró:

—¿Cómo puedes quedarte aquí después de lo que te he dicho? ¿Es que no me has oído bien? ¡Sal corriendo! —Sonaba furioso, pero tenía los ojos rojos y las lágrimas le caían por las mejillas—. Eso es lo que ha hecho siempre todo el mundo —dijo como para sí mismo.

—Yo no voy a salir corriendo. No tengo nada de lo que huir. Pero, por favor, ven aquí conmigo. Háblame. Puede que no pueda ayudarte, pero prometo escucharte. Siempre se me ha dado bien. —Álex le tendió la mano.

Tras unos segundos, Leo comenzó a caminar hacia ella. Estaba un poco alejado de la orilla, y ella podía ver el terror en sus ojos. Andaba cauteloso y despacio, como si se cerciorara de cada paso que daba. Finalmente le cogió la mano y salió del agua. Ella le sostuvo la mirada. Sus ojos jamás le habían parecido tan negros.

—No me tienes miedo. —Leo parecía sorprendido.

—No tengo motivos para tenerte miedo. —Álex hablaba sosegada—. Estás empapado. —Le miró los pantalones vaqueros, que estaban chorreando, y la parte de debajo de la camiseta se le ceñía al cuerpo.

—Estoy bien, no tengo frío.

Se sentaron cerca de la orilla, en unas rocas que estaban al sol. Con suerte, la ropa se le podría secar algo antes de que cogiese un resfriado.

—He hablado con mi hermana esta mañana, ¿sabes? —le contó Álex intentando tranquilizarle un poco—. Ha sido reparador. La siento conmigo. —Todo lo que decía era verdad. Sabía que su hermana estaba con ella y que la estaba ayudando en toda esta locura.

—Se te ve en paz —dijo Leo después de un breve silencio—. Me alegro mucho por ti, Álex, te mereces ser feliz. Y tu hermana también lo necesitaba.

—Tú también te mereces ser feliz, Leo. Y haré todo lo que esté en mi mano para que así sea —afirmó poniendo su mano sobre la suya—. Estoy aquí para ti. Puedes liberarte de esta carga, la llevas encima desde hace mucho tiempo —dijo, al tiempo que le limpiaba una lágrima y le alzaba la cabeza para encontrarse con sus ojos.

Esos ojos negros. Esos ojos oscuros que habían empezado todo. Que la habían arrastrado hasta ahí. Que le habían parecido tan desconocidos, tan extraños, tan llenos de secretos y que por fin empezaban a mostrar la luz que albergaban.

—Todo fue por mi culpa, Álex —dijo al fin, con la mirada perdida—. Yo debía cuidar de él y no lo hice. Él era lo único que me quedaba y no le protegí. Era mi deber.

Leo estuvo hablando un buen rato. Le contó todo lo que había sucedido en su vida. Le contó que sus padres fallecieron al poco de nacer Hugo. Él tenía once años y su hermano solo dos. Fue un accidente náutico; su barco se hundió. Desde aquel día, él le cogió pánico al agua. Pero, al contrario que él, su hermano adoraba nadar. Claro que Hugo era muy pequeño cuando ocurrió lo de sus padres y no fue tan consciente como él.

Se fueron a vivir con su abuela materna a la casa del pueblo, a la que ahora llamaban «la casa maldita». Vivieron con ella cerca de siete años, hasta que falleció de causas naturales. Por aquel entonces, Leo tenía diecinueve años y Hugo, nueve.

A Hugo le encantaba ir a nadar y su abuela le había llevado a clases de natación. Después de lo de sus padres, Leo no había vuelto a meterse en el agua, ni siquiera en el río, y nunca aprendió a nadar bien del todo. Pero en verano solía llevar a Hugo al río. Sabía que disfrutaba mucho y solo quería hacerle feliz.

Pero un día ocurrió lo que él había estado temiendo todo ese tiempo. Hugo siempre insistía en que le dejara tirarse desde la roca grande, pero Leo se lo tenía prohibido. Aquel día, Leo había quedado con unos amigos y le dijo a Hugo que tenían que irse. El niño cogió un berrinche porque habían estado muy poco tiempo y se negó a salir del agua, sabiendo que Leo no entraría a por él.

Leo terminó hartándose y le dijo que entonces se iría sin él. Cogió las cosas y empezó a caminar hacia el bosque. Habían pasado unos dos minutos cuando vio que Hugo no iba detrás, así que volvió para echarle una buena bronca y decirle que estaba castigado. Cuando llegó a la orilla, comenzó a gritar incluso antes de procesar qué había pasado.

Hugo se había lanzado desde la roca y estaba flotando en el agua, inconsciente. Leo estaba

completamente paralizado. El agua era su punto débil, pero Hugo le necesitaba.

En un impulso, se metió en el agua y comenzó a caminar hacia su hermano. Cuando empezaba a cubrirle, comenzó a sentir el pánico de nuevo, apenas podía moverse. Y entonces vio cómo la corriente comenzaba a arrastrar el cuerpo de Hugo. Poco a poco se iba acercando a una de las cascadas que formaban los rápidos. Se le paró el corazón.

—Hice todo lo que pude, Álex. Te lo juro —dijo sollozando. Se tapaba la cara con las manos—. Traté de llegar hasta él, pero no pude. La corriente se lo llevó y yo no pude alcanzarle. Debería haberle protegido y me fui. Lo último que le dije a mi hermano es que ahí se quedaba, que yo me iba. Eso no me lo perdonaré en la vida.

—Leo. Escucha. —Levantó su barbilla y le miró a los ojos—. No fue culpa tuya, ¿me oyes? Tú no podías saber que Hugo iría a la roca. Lo tenía prohibido. Fue un arrebato para hacerte rabiar. Tú no podías intuir lo que pasaría.

—No llegué a tiempo. No pude nadar. Por mucho que lo intenté, no llegué. —Más que hablar, le imploraba.

—Ahora ya no puedes hacer nada por cambiar lo que pasó. La vida puede ser muy cruel, pero no tiene sentido mirar hacia el pasado. Ahora lo único que puedes es mirar hacia delante. —Álex le hablaba tranquila, pero segura. En algún momento, le había pasado el brazo por los hombros y había empezado a tocarle el pelo con la otra mano—. Has pasado por mucho, Leo. Es normal que te hayas aislado del mundo. La vida te lo ha puesto muy difícil, pero tú has sabido salir adelante. Ahora debes avanzar. Tú mejor que nadie sabes que debes hacerlo. Yo estaré contigo.

—¿Me lo prometes? —dijo Leo clavando sus ojos en los de ella.

—Te lo prometo —sentenció Álex.

CAPÍTULO 25

Casi habían llegado. Era un camino muy largo, y lo hicieron en silencio, pero a veces el silencio decía muchas cosas.

Hay momentos en la vida en los que debemos enfrentarnos de cara a las cosas que más nos duelen y que nos hacen jirones el alma.

Detectar los problemas en los demás y aportar soluciones es algo que al ser humano se le da sumamente bien. Enfrentarnos a nuestros propios demonios ya es otra historia. Es mucho más fácil mirar a otro lado y centrarnos en los problemas de los demás. Quizás creemos que así los nuestros desaparecen.

Esa es una filosofía de vida bastante nefasta. Álex había tardado en darse cuenta, pero finalmente decidió seguir la luz que desprenden los seres que nos quieren. Ya no iba a dejarse embaucar por la oscuridad de un dolor en solitario.

Le había costado mucho trabajo hacerlo. Destruir ese muro tras el que se había escudado y en el que se sentía protegida fue una ardua tarea, pero cuando se liberó de eso, cuando dejó que la gente que la quería entrara en su interior, sintió que era una sensación maravillosa. La vida le había arrebatado una de las cosas más importantes, pero eso le había enseñado a valorarla mucho más. Sabía que su hermana la acompañaría siempre, y que seguiría viva siempre que ellos lo intentaran. Tenía unos padres que la querían y unas nuevas amigas que se preocupaban por ella. Y le tenía a él. Era un momento muy triste de su vida, pero, de alguna manera, se sentía la persona más afortunada.

Miró hacia arriba. Habían llegado. Álex le cogió la mano con fuerza. Él le devolvió el apretón y le besó los nudillos sin soltarla. La corriente era más fuerte que nunca. Cruzaron juntos la puerta del cementerio donde Hugo los esperaba.

Era el momento de Leo. El momento de luchar contra sus demonios. Pero jamás volvería a hacerlo solo.

CAPÍTULO 26

Luz. Eso eras, Gabi, luz. Iluminabas cada paso del camino y a todos los que caminábamos contigo. Fuiste vida, amor, rabia, fuerza, sueños, logros y muerte. Pero hay algo que jamás dejarás de ser: luz.

Oyó la voz de Leo junto a la de sus padres en el piso de abajo. Era domingo. Podía oler las palomitas. Sonriendo, cerró su libreta y fue hacia ellos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerles este libro a las personas que han hecho que yo sepa lo que es querer de verdad, sin condiciones y sin exigencias. Dándolo todo y sin esperar nada a cambio.

A mi familia y a esos amigos de verdad que puedes contar con los dedos de una mano y por los que pondría la mía en el fuego.

A mis yayos, de nuevo, por haberme cuidado y haberme dado todo el amor que era posible darle a alguien mientras vivían y seguir protegiéndome desde donde estén ahora.

Gracias también a todas las personas que han confiado en mí y también a las que han intentado hundirme y solo han conseguido que crea más en mí misma.

Un especial «gracias» a Javier y a Marta, por ayudarme a lanzarme en este proyecto y a darle la forma más bonita posible.

Y, por último, gracias a quienes me habéis seguido desde hace tanto tiempo y apoyado en mis locuras, y a los que no me conocéis y os incorporáis ahora a esta aventura. ¡Bienvenidos!

Misterio, amor y superación se unen en esta primera novela de María Herrejón, influencer estrella de YouTube y de Instagram.



Álex acaba de perder a su hermana Gabi. Ella era la hija perfecta y todo el mundo la adoraba. Álex se siente incapaz de asumir su pérdida o de suplir su ausencia. Pero todo cambia cuando conoce a Leo, el chico de las mil almas.

Una desbordante historia de amor, en todas sus facetas, que llevará a Álex a descubrir la verdad sobre su hermana y sobre sí misma, y, quizás, a salvar a Leo antes de que sea demasiado tarde.

SOBRE LA AUTORA



María Herrejón es una muchacha valenciana de 27 años que actualmente vive en Madrid. Estudió Publicidad y se trasladó a la capital para terminar su máster y para empezar a estudiar lo que de verdad le apasiona, la interpretación. También es una enamorada de los libros y tiene un canal de YouTube donde, además de otras cosas *random*, también habla de los libros y las sagas que más le han marcado.

© 2019, María Herrejón
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-5176-3

© Nicolae Negura, por la ilustración de cubierta

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Paola Timonet

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

ÍNDICE

[El chico de las mil almas](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)